

León Bienvenido Weffer

Marta




EL PERRO
y LARANA

narrativa



Marta

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

2.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

1.ª edición, Coro, Tipografía Coriana, 1907.

© León Bienvenido Weffer

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana<

Edición y corrección

Morella Cabrera / Juan Pedro Herraiz / Francisca Ruiz / Juan Carlos Torres

Diagramación

David Herrera / Roberto Chávez Pabón

Diseño y composición de portada

Roberto Chávez Pabón

Imagen de portada

Cortesía de la colección del BCV / *Retrato de Emilia Alcalá* (1889).

Óleo sobre tela, 110 x 97 cm.

Arturo Michelena

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN:978-980-14-5330-7

Depósito legal: DC2023001194

León Bienvenido Weffer

Marta

Marta, historia de una insumisión

El periodista León Bienvenido Weffer (Pueblo Nuevo, Paraguaná 1885 - Coro 1917) no hubiera escrito esta novela, publicada en una imprenta de Coro en 1907, si no hubiese abrigado convicciones anticlericales tan fuertes como para no verse encarnado en el personaje central de su obra, el estudiante y revolucionario Alfredo Blanco, en quien los críticos actuales de este extraño relato han creído ver el autorretrato del autor.

Prevaricador y panfletario, de Weffer se afirma que cuestionaba a viva voz los sermones de los curas en el momento mismo de oírse los pronunciar durante la misa.

La novela está estructurada según el patrón narrativo del modernismo de fin del siglo XIX, tal como lo apreciamos, por ejemplo, en la obra de Manuel Díaz Rodríguez, con sus resabios de romanticismo y su carga de contenido nacionalista, del que luego sacó partido el criollismo. El drama entre barbarie y civilización está claramente delineado en el mensaje civilizatorio del héroe en conflicto con una sociedad rural en la cual, aparte de que prevalecen en ella hábitos y prejuicios heredados del sistema de opresión colonial, permanecen

enquistados los vicios de corrupción y abusos de autoridad propios del régimen caudillista imperante.

Aunque pareciera una novela circunstancial, que responde a necesidades expresivas del momento, cónsonas con el carácter polémico y atrabiliario del Weffer, la novela *Marta* abona a la historia de nuestra novela criollista, el hecho de plantear en términos más radicales y, si se quiere, más revolucionarios que los de sus colegas, el conflicto social que para la época en que fue escrita esta novela se presenta entre el progreso y la civilización y por otra parte, el oscurantismo y las miserias del poder caudillista aliado con las formas de dominación de la iglesia católica.

Weffer debió conocer las teorías del socialismo utópico y, por sus estudios de filosofía, estar influido por estas teorías en mayor proporción que sus colegas novelistas de la época, y hasta es presumible que haya estado al corriente de la doctrina populista de Zamora.

Mas no parece ser su estilo literario de corte modernista, a la vera de Díaz Rodríguez o Romero García, con sus diálogos grandilocuentes imbuidos de filosofía positivista, lo que nos atrapa en la lectura de esta novela imperfecta e intrépida, sino el impulso vital y, por decirlo así, expresionista de que se nutre Weffer para poner al descubierto la hipocresía de la iglesia y su complicidad criminal con el sistema colonialista que ella prohíja a la sombra del régimen caudillista de la época a que nos remonta el relato (1892).

El carácter panfletario y testimonial, por lo que toca a la parte política de la novela, puede hallarse también en obras de Pío Gil y en Pocaterra, pero nunca con la vehemencia visionaria que comunica Weffer en su ataque frontal al catolicismo y sus perversiones.

Marta podría decirse que es uno de los relatos más autobiográficos del criollismo venezolano si hacemos abstracción de la novela testimonial de Pocaterra. Porque más allá de la parsimoniosa trama amorosa de signo romántico que sirve de fondo argumental a la novela, y alrededor de la cual se cifra el interés por su lectura, el eje de la novela de Weffer es la convicción de que el mal no puede ser vencido si antes no es identificado y desenmascarado, y esta identificación pasa por construir un discurso de la verdad, cuestión que en la obra de Weffer ofrece un elemento novedoso a la narrativa venezolana: la denuncia del cisma moral de la iglesia, en el seno de una sociedad

corrompida por ella, tal como puede observarse en los tiempos actuales con los episodios de pedofilia y en la entrega del clero a las oligarquías nacionales y a los poderes imperiales.

Así que estamos ante una novela de interés actual, que nos deja perplejos por la fuerza con que ha resistido a factores externos empeñados desde afuera en calificarla como blasfema y en conspirar para sacarla de circulación por considerarla herejía.

Juan Calzadilla
Caracas, agosto, 2012

León Bienvenido Weffer, poeta maldito

*A Silvia González Longoria,
quien recién llega de tierras aztecas
y ya sabe dónde queda la quebrada de Sibalié.*

Los viejos habitantes de *esos lados* aún refieren el cuento, que debe datar de hace más de siglo y medio. Se dice que siendo un jovencito, Julián Weffer desobedeció a sus padres y se fue para una fiesta en El Vínculo. Después de buscarlo por todo el pueblo, el padre conoció su paradero y fue a encontrarlo en el camino. Rejo en mano iba aguantando la rabia, hasta que en la quebrada entre Pueblo Nuevo y El Balzamar venía el muchacho. Se le fue encima y dándole una cueriza le preguntó: “¿Tabas pa la fiesta, no?”. “Si, papá”, contestó el joven sollozando. “¿Y bailaste?”, volvía a inquirir su progenitor enfurecido. Y el muchacho tratando de frenar el ir y venir del *mandador* exclamó atribulado: “No, no papá, yo no bailé”. “Ah, no bailó, y qué fue a hacer a esa fiesta entonces, carás”. “Mentira, papá, mentira. Si balié, si balié, sibalié, sibalié...”. De allí provino el sobrenombre que llevó Julián Weffer para el resto de su vida y que hemos encontrado identificándole en pronunciamientos periodísticos de finales del

siglo XIX, también el nombre de la quebrada donde su padre lo azotó por desobediente y fiestero.

Hijo de Julián *Sibalié Weffer* y Rosalía Oduber fue el poeta León Bienvenido Weffer Oduber, nacido en la antigua capital de Paraguaná. Descendiente de holandeses, como se evidencia de los apellidos de sus padres, León Bienvenido escribió profusamente en periódicos corianos entre 1905 y 1912. Luis Arturo Domínguez en su *Antología de escritores del estado Falcón*, señala que: "El bachiller León B. Weffer nació en Pueblo Nuevo, Península de Paraguaná, estado Falcón, el 29 de junio de 1885 y murió en Coro el 26 de agosto de 1917... Era periodista combativo y poseedor de una prosa cortante. En sus creaciones poéticas se observa un carácter viril, y su inspiración de artista es poco común entre los poetas de la región falconiana". Suponemos un error en la información del autor, pues para inicio de 1900 el poeta de quince años, si nos atenemos a lo señalado por Domínguez, causó revuelo al publicar en Coro la hoja titulada "Cinismo" en defensa de la comunidad judía ante los ataques publicados en la *Revista Católica*, por el presbítero Dávila González, al parecer vicario de la ciudad.

En la hoja, que no pasquín como la define Isidoro Aizemberg en su obra *La comunidad judía de Coro, 1824-1900*, León Bienvenido Weffer suscribe con su firma el 17 de febrero de 1900 que "soy católico; pero también soy coriano, y como tal, no puedo permitir que sean ultrajados mis hermanos por cuatro o cinco desgraciados acaudillados por un hombre que arribó a nuestras costas en busca del pan que tal vez se le negara en su patria." Y más adelante, ante los señalamientos expuestos en la publicación religiosa, que llama a expeler de Coro a los hebreos: "¿Cómo supone el Sr. Pro. Dávila que se expulse a aquellos que tienen más derecho que él en este suelo regado con nuestra sangre y abonado con los cadáveres de sus hijos, que sacrificaron todo por desprenderse de las oprobiosas garras del León Ibero? ¿Estamos acaso en aquellos tiempos en que se sacrificaba a quien diese un paso hacia la civilización? ¿Estamos acaso en aquellos tiempos en que, bajo el pretexto de implantar la fe católica llegaron a nuestras tierras a explotarnos, llevándose hasta los habitantes de ellas como mercaderías? No, hoy estamos en el siglo de las luces; hoy nuestros cerebros traslucen mucho más; hoy se comprende al vuelo vuestro cinismo, Padre Dávila".

Participante en el interesante movimiento intelectual de la ciudad de Coro de entre siglos, en 1901 encontramos a León Bienvenido Weffer, junto a otros jóvenes falconianos como Carlos Díez del Ciervo, Nicolás Ollarves, Aníbal Sierraalta Tellería, Jesús María Urosa y Víctor Raúl Soto, protestando por el cierre de la Universidad Central de Venezuela por el gobierno de Cipriano Castro. En 1905 apareció publicado por la Tipografía Económica, de Coro, su extenso poema titulado *Peregrinación*; firmado en Pueblo Nuevo y dedicado a *Eltás David Curiel en homenaje de admiración, aprecio y confraternidad literaria*, lo que muestra una vez más la relación que unía a los hombres de letras de la península y de la ciudad capital. Reafirmando además con esta dedicatoria quiénes eran los “hermanos” a los cuales se refería en su hoja de 1900.

El texto de *Peregrinación* se divide en cuatro partes: Proemio, Dios, Luzbel, y La Razón, en clara parodia a la travesía de *la Divina Comedia*. Comienza el poema con estas estrofas: "Una noche soñaba!... y como Dante, con fuerzas me sentí; remonté el vuelo, y anduve en sueños por un tiempo errante./ En alas de la fiebre subí al cielo y descendí a los antros infernales, de mis dudas correr queriendo el velo/ Me asaltaron neurosis cerebrales; y ante mí presentáronse otros mundos, así como también nuevos fangales./ Vi alzarse mil espectros vagabundos; y escuché imprecaciones horribles en los abismos negros y profundos./ Sentí crujir los huesos en las fosas, y la música de ayes lastimeros que partían de cuevas tenebrosas"...

En su *Peregrinación*, el poeta recorre senderos por donde encuentra victoriosa a la adulación y caída a la virtud, “y trocarse la lucha portentosa, infectada por sucia podredumbre, en una lucha necia y asquerosa”. También en su viaje ve imperar la mentira. “Miré el ara derrumbarse al impulso del que un día ante ella con respeto consagrara;/ hecha reina del mundo la falsía,/ y bajar, en el lodo del pantano/ sus alas a manchar la poesía.” En medio de sus dudas, el poeta vaga por “el caos tenebroso”. Para él, Dios habita en una “región inmunda”, en un “abismo aletargado”, en “el vacío oscuro del misterio”. Por eso quizás no lo convencen sus ofrecimientos y soluciones. Luzbel se presenta a su encuentro como el “otro Señor del Infinito”, un duende anciano a quien el poeta solicita le enseñe su poderío. Satanás no habita en los infiernos, sino en “el lodazal del

mundo”. Conforme a la de Dios, su existencia es dudosa; y como la de él, su potencia “es soberana, misteriosa e invencible”. Sin embargo, el poeta es escéptico, busca la luz más allá de la ciega creencia, por eso la razón mata a Dios y a Luzbel. El bardo observa en su tránsito la desolación del mundo. Más allá de creencias, de dioses y demonios, está para él la razón. Así dirá “Y contemplé la redentora mano/ que blandiera el acero en la pelea/ el incienso quemar ante el tirano./ Mas, cual diamante de inmortal presea, miré también flotar lo único eterno/ la diosa de la luz: la sana idea./ La vi erguirse en su trono sempiterno,/ mientras vencido el mito en ese instante,/ desplomábase el cielo y el infierno ante el poder de la razón triunfante”.

El poeta va buscando comprensión y Dios es el misterio infinito, el poeta desprecia lo que envuelve el misticismo. Debe proseguir su búsqueda, no quedarse anclado en el lamento y la penumbra del mundo. Busca “la augusta voz del pensamiento humano”, la razón necesita que el mito muera para poder existir. El poeta prefiere la razón, ese es el final de su viaje. La razón le dice “Aquellos que me quieren se levantan;/ desdeñan los azares del presente;/ vencen lo bajo y lo grandioso implantan”. Por eso, culminará expresando con la razón: “que nunca en mis imperios soberanos,/ puede existir el despota insolente/ y Dios y Satán eran tiranos”.

Puede suponerse lo que semejante texto pudo significar para las sociedades de Paraguaná y Coro de comienzos del siglo XX. De lo menos que León Bienvenido Weffer pudo ser tildado, y ya él lo avizoraba en su poema, fue de loco. Así lo hemos recogido en testimonios orales. De particular interés, el texto de *Peregrinación*, como la totalidad de la obra de este singular autor, es comúnmente ignorado y desconocido en textos referenciales de la literatura peninsular.

El investigador falconiano Sénemig Giménez, en su profuso trabajo *Periódicos y periodistas falconianos. 1843-1953*, rescata a León Bienvenido Weffer como “fino poeta y periodista vehemente”, encargado de la redacción del semanario coriano *La Prensa* en 1907, cuyo lema era “tratará de todo. Tortura de todo semanario”. Giménez detecta la escritura del autor en los periódicos *La Esperanza*, *La Unión*, *El Águila*, *La Prensa*, *Nardos* y *Auras de Occidente* entre 1905 y 1912. En su trabajo *Periódicos y revistas del estado Falcón*, Miguel Ángel Paz indica la presencia de Weffer como redactor del periódico *Luz* y

Progreso, junto a Ildefonso Romero, en 1908 en Pueblo Nuevo, pero lamentablemente no hemos podido localizar ejemplares de dicha publicación.

Revisando en la sección ‘Libros Raros’ de la Biblioteca Nacional, localizamos la novela *Marta*, publicada por León Bienvenido en 1907 en la Tipografía Coriana de Eugenio Blanco Salzedo. Con diez capítulos y ciento sesenta y un páginas, *Marta* es un testimonio más del anticlericalismo del autor. Testimonios orales señalan que su aversión a los sacerdotes lo llevó hasta contradecir sus sermones en pleno templo. Otros indican que sus apasionadas polémicas religiosas y políticas lo llevaron a vivir una temporada fuera de la región coriana. La acción de la novela *Marta* transcurre en el año 1892 en un lugar llamado Guarapaná, en los prolegómenos de una revolución, y muestra la situación vivida ante la llegada del protagonista, Alfredo Blanco, desde la capital, “estudiante esforzado y pensador por temperamento”, quien parece estar ligado a la revuelta. La trama presenta una división de buenos y malos. Entre los primeros: don Antonio Ramos, “furibundo guzmancista” y su esposa doña Anselma, padres adoptivos de Marta, su amiga Dalia, y Manuel Mendoza, amigo de Alfredo. Por otra parte, doña Mónica, viuda del general González, y su hija Carmencita, don Justo Calatrava, el padre Bartolomé Yépez y su sobrino Ambrosio.

Si al principio la novela se orienta a presentar el sufrimiento de Marta por considerarse indigna de las pretensiones amorosas de Alfredo debido a su condición de expósita, después el interés recae en la relación del joven con el movimiento subversivo que se prepara y el acuerdo urdido para conseguir pruebas a fin de denunciarlo ante las autoridades. Doña Mónica de González es gente de confianza del general H, caudillo afiliado al gobierno de turno, a quien le interesaba entregar información incriminatoria contra Alfredo. El círculo conformado alrededor de la viuda es el objeto de las críticas del autor, en especial las tertulias de chismes y maledicencias que escenifica, a una de las cuales es invitado el joven protagonista, expresando “principios completamente liberales” que le ganaron la aversión del padre Yépez y su sobrino, quien ya le profesaba antipatía debido a su atracción por Marta.

En la reunión y ante las preguntas capciosas de los presentes, el joven señala: “Yo no creo ni en el premio ni en el castigo futuros de un *Más allá*, sólo venero la virtud y condeno todo aquello que contribuya directa o indirectamente a proteger la injusticia”... “ya que el Dios personalista de ustedes está dondequiera viendo nuestros actos, no ha de necesitar intermediarios que precisamente no pueden juzgar como él, puesto que no tienen su videncia”. “Miles de ejemplos se pueden citar sobre la desmoralización del sacerdocio actual. No hablo de todos, porque en toda regla hay excepciones; pero sí de la mayor parte...” León Bienvenido traza las características de Alfredo Blanco, como si se tratara de un autorretrato: “Su religión no tenía fetiches que adorar, ni incomprensibles milagros religiosos. Adorador de Apolo, sugestionado por esa maga terrible que se llama poesía...”

Marta es una novela para la denuncia, para la corrección de males sociales, así lo advierte su autor en el prólogo. “Marta es simplemente un pequeño ensayo de mi pluma rebelde, ya acostumbrada a la lucha. Al suscribir este librito no me ha guiado la necia presunción de aparecer como novelista, sino la noble aspiración que he abrigado siempre de ver corregidas por cualquier medio ciertas malas costumbres y ciertas prácticas rancias que en nuestros pueblos se acentúan...” Y más adelante expresa: “No se me escapa que aquellos espíritus débiles que todo lo ven a través de un prisma de conveniencias, fórmulas e intransigencias, lo motejaron tildándolo de inmoral; pero nada me importa la opinión de esos críticos. El público ilustrado, el público pensador, el público libre, el público que sabe comprender, lo juzgará, y en él hallará un mérito: el mérito de la verdad”. Sabía el escritor la recepción que podía tener una obra cuya escena final es la despedida entre los enamorados y la incorporación de Alfredo a la revolución, quedando Marta sola en la sala de su casa a merced de una turba conducida por el sacerdote del pueblo, el padre Yépez, quien termina violándola. Aspiraba el escritor a la acogida de un público que pudiera encontrar la verdad en sus planteamientos.

Para 1909 se publica el folleto *Dr. José María Gil. Oblación a su memoria*, el cual recoge textos de destacados escritores de la región falconiana, noticias de la prensa, y poemas, así como la programación concebida para la repatriación de los restos de Gil desde Curazao.

Dicha programación contenía entre otros actos, la participación de algunos distritos con disertaciones ante el féretro en “el Panteón Regional”. Allí pronunció León Bienvenido Weffer unas palabras como representante del distrito Falcón. De acuerdo a lo expresado por el poeta, él compartió con José María Gil, a quien considera un maestro, el encarcelamiento en el Castillo de San Carlos y el destierro en Curazao. “Así es como nuestra Península —la humilde enamorada de la Gloria— contribuye a solemnizar estos momentos en que todos abrimos los brazos para recibir esas cenizas... Así es como la Paraguaná legendaria venera la memoria del doctor José María Gil. Así es como el distrito Falcón rinde su homenaje al que fue apóstol incorruptible de la redentora doctrina liberal...” Ese mismo año se publica la *Apoteosis del Dr. José María Gil*, donde aparece un trabajo firmado por León Bienvenido Weffer junto a los de Pedro Manuel Arcaya, Pedro Miguel Queremel, José Ladislao Andará, Maximiliano Iturbe, Rafael Cayama Martínez, José Faustino Fortique y Virginia Gil de Hermoso, es decir, parte de las firmas más destacadas de las letras corianas del momento.

De 1909 es también la semblanza escrita por el poeta paraguano sobre el general Juan P. Blanco, que aparece igualmente en una ofrenda filial con motivo de su fallecimiento. El general Blanco era el padre de Eugenio Blanco Salcedo, poeta, periodista y editor coriano, raigalmente unido a Paraguaná y en cuya imprenta el poeta Weffer había publicado la novela *Marta*. Para 1911 se publica bajo la coordinación de Manuel V. Nucete la recopilación *Libro del Centenario. Mérida en el primer centenario de la Independencia Nacional*, donde se incluye el texto “Venezuela” de León Weffer. Ángel Raúl Villasana en su imprescindible *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano*, lo define como “monólogo patriótico”. Efectivamente, el poeta asume la voz de la patria para exaltar la Independencia, condenar el despotismo español y magnificar a los principales héroes: Miranda, Bolívar, Páez y Sucre. Entre las firmas presentes en la recopilación de Nucete podemos citar a Juan N.P. Monsant, Domingo Sardi, y M. Felipe Tejera. Llama la atención que los únicos textos de escritores no merideños pertenezcan a León Bienvenido Weffer y a Elías David Curiel.

En 1912 se publica *Álbum de Letras* en la Tipografía Coriana, de Blanco Salcedo. En esa compilación aparece el texto de León Bienvenido Weffer titulado “Oraciones mías. Yo pecador”, el cual se inicia expresando: “Madre mía! En este mundo de verdades y mentiras, de afinidades y divergencias, eres el ser único que puede sondear mi conciencia —especie de lago tranquilo, cuyas ondas encrespan a veces ciertas ráfagas de tempestades morales”. Así se define el poeta. No es León Bienvenido un no creyente, un ateo, pero su comunión con el Dios de los cristianos supone la libertad de la razón y de la idea, contra el atavismo de la creencia ciega. Por eso dirá en este texto de 1912: “Me confieso a ti, madre mía. Me confieso a ti, imagen de ese Dios, a quien ni mi razón ni mis principios han rebajado nunca; de ese Dios Infinito, que mi mente concibe en la sublimidad de una idea, apartándole por completo del catálogo vulgar de los mitos: de ese Dios que nos legó sus leyes, y que palpita en mi espíritu, si fuese este, en verdad, el que en la psicología de la vida determina la fuerza directriz que guía al punto de los efectos morales...” En un mar de contradicciones parecía moverse el alma del escritor. Así señala en esta oración del pecador: “Ese Cielo tan alto, ha dependido también de esta Tierra tan baja. Esa Gloria tan luminosa, ha tenido que aguardar los mandatos de este Infierno tan oscuro.”

Gracias a la generosidad de Dalia Gotopo, amiga nuestra de toda la vida, tuvimos acceso al *álbum de poesías* de Dorila Primero, hermana de su abuelo y quien frecuentó al poeta Weffer y a sus hermanas. Entre las tarjetas y dedicatorias del álbum encontramos una nota firmada en Pueblo Nuevo en 1906 por León B. Weffer, que expresa: “Dorila: En mi espíritu se ha operado una metamorfosis extraña y triste. Aquellas estrofas de ensueño se han trocado en rugidos sordos, y la pluma que en otros tiempos delineó mis ilusiones cruje con rabia. Es, amiga mía, que he visto y comprendido que la felicidad es una mentira, y no quiero engañarme, y que el dolor es la única verdad, nuestro eterno amigo. Sin embargo, aún siento en mi mente brillar algo aunque mi alma está aletargada. De esos fulgores te consagro uno en esta página amarga. ¿Sabéis cuál es?... Mi recuerdo”. Esta dedicatoria fue escrita por el poeta un año después de la publicación de *Peregrinación*. El tono lastimero, de profunda decepción,

reafirma las conclusiones de su tránsito por el cielo y el infierno, así como las desventuras de su empeño tras la razón.

De 1914 es el soneto de León Bienvenido titulado “Honores a Virginia”, publicado en el *Álbum fúnebre* de la destacada escritora falconiana. Para el autor escribir era un compromiso con su tiempo, una toma de conciencia ante los males de la sociedad. Así señala en el prólogo de su novela *Marta* que “hay que mostrar los vicios con la mano de la sanción; señalar las llagas sociales y desnudar la hipocresía para que todo se palpe y se vea. Esa es la misión más grande de los escritores honrados. Hoy empiezo a cumplirla, y continuaré con la fe del convencido en cuya mente no cabe la cobardía ridícula”.

Hermano de Blanca Margarita, Engracia Dolores y Cristiana Dolores Weffer Oduber, a quienes recordamos ya muy ancianas cuando comenzábamos a asistir a la escuela de primeras letras; casado en 1907 con Aída Rosa Leyba, padre de María Rosalía y de León Antonio de Jesús Weffer Leyba, hemos obtenido gracias a la cordialidad de su nieto, el profesor Gabriel Bufferi Weffer, una fotografía del escritor con una dedicatoria para las mujeres de su casa.

Hombre de letras con una obra particularmente atractiva, eslabón del diálogo entre Paraguaná y Coro, unido a nombres como los de Elías David Curiel, Virginia Gil de Hermoso o Eugenio Blanco Salcedo, desconocido para las nuevas generaciones de paraguayeros y falconianos, León Bienvenido Weffer es sin lugar a dudas uno de los intelectuales más importantes de su tiempo, cuya obra es necesario rescatar y difundir como parte de nuestro patrimonio cultural. Muerto a los treinta y dos años de edad, si nos atenemos a la información suministrada por Luis Arturo Domínguez, la localización de sus artículos, poemas y alegatos presentes en la prensa regional constituye un requerimiento indispensable para conformar el necesario mapa de las expresiones de nuestra literatura regional, paso necesario para la posterior valoración. Su casa, ubicada en las inmediaciones de la iglesia de la Inmaculada Concepción de Pueblo Nuevo, donde en la actualidad reside la familia Dávila Gómez, es parte del rico patrimonio arquitectónico que a duras penas guarda la antigua capital de Paraguaná.

Como Justiniano Madriz, Telasco Sierralta, Guillermo Croes, y Genoveva de Castro, entre otros, León Bienvenido Weffer forma

parte de una herencia que por mucho tiempo ha estado olvidada y menospreciada, quizás por la corta visión de aquellos para quienes toda expresión importante en Paraguaná sólo puede ser resultado de la bonanza petrolera. Algo tiene que decirnos aún este poeta rebelde y combativo de hace más de cien años, algo que lo hace profundamente paraguano y universal: “Todo fanatismo, social, personal, político o religioso, es odioso, como es detestable la tiranía; él constituye la incondicionalidad en el alma y el despotismo en el pensamiento; los fanáticos intransigentes son dignos de lástima por ignorantes...”

Con el grupo Tiquiba y en las jóvenes voces de Daniel Gotopo, Nandy García y Anthony Alvarado, hemos llevado desde 1993 los textos de León Bienvenido Weffer por toda Paraguaná, en el empeño por que no muera la memoria. Por eso, no puede culminar esta semblanza sino con uno de los textos que consideramos más define al autor y que significativamente lleva el título de “Rebeldías”: “El tedio cansa, y al cansar, me hiere/ pero eterna rebelde a la agonía sus alas batirá la estrofa mía/ clamando siempre la verdad que quiere./ Sé que el fastidio la tristeza inquiere,/ mas nunca seré un mito en la porfía. /¡En mi ser hay poderes de energía, y si hay valor, el corazón no muere!/ ¡Nada me importa el mundo!... / En el interno/ calor de mi alma grande y altanera,/ escucho carcajadas del Infierno;/ y aunque el tedio prosiga, no me abate./ ¡Continúo tranquilo, cual la fiera,/ dispuesto a los furores del combate.”

Isaac López,
en *Rostros de Paraguaná*,
Mérida, 2002

Mi prólogo

Marta es simplemente un pequeño ensayo de mi pluma rebelde, ya acostumbrada a la lucha.

Al escribir este librito no me ha guiado la necia presunción de aparecer como novelista, sino la noble aspiración que he abrigado siempre de ver corregidas por cualquier medio ciertas malas costumbres y ciertas prácticas rancias que en nuestros pueblos se acentúan cada vez más y más, como arraigándose con mayor fuerza entre nuestros coterráneos.

No se me escapa que aquellos espíritus débiles que todo lo ven a través de un prisma de conveniencias, fórmulas e intransigencias, lo motejarán tildándolo de inmoral; pero nada me importa la opinión de esos criterios. El público ilustrado, el público pensador, el público libre, el público que sabe comprender, lo juzgará, y en él hallará un mérito: el mérito de la verdad.

Hay que mostrar los vicios con la mano de la sanción; señalar las llagas sociales y desnudar la hipocresía para que todo se palpe y se vea. Esa es la misión más grande de los escritores honrados. Hoy empiezo a cumplirla, y continuaré con la fe del convencido en cuya mente no bulle sino la razón y en cuyo pecho no cabe la cobardía ridícula.

Marta queda pues en el anfiteatro de la crítica. Paséense por sus formas los escarpelos de la opinión.

León B. Weffer,
Coro, 1907

I

Corrían los años de 1892:

Marta —la chica de ojos apasionados y cabellos negros que en Guarapaná pasaba por hija de don Antonio Ramos y de su esposa doña Anselma, uno de los matrimonios más ricos y respetados del pueblo— era alta, esbelta, graciosa, sencilla, y de alma buena y generosa, al decir de sus obras. La curiosidad había pretendido más de una vez conocer el secreto de su origen, pero cual si lo envolviese un velo impenetrable, aparecía encubierto por un misterio, cuya clave llegó a ignorar por mucho tiempo hasta la misma niña que, rodeada de todas las comodidades apetecibles en su casita tranquila, parecía ser muy feliz, a pesar de ser presa de cierta melancolía en la cual se vislumbraba un presentimiento oculto y doloroso que la torturaba sin que su débil espíritu de mujer pudiese dominarlo.

El día en que la presentamos a nuestros lectores, Guarapaná rebotaba de felicidad y júbilo. Las fiestas con que allí se acostumbra celebrar el día de la Asunción iban a comenzar con su misa, su procesión y sus carreras de cintas.

El irregular cuadrado —al cual los guarapaneros dan el pomposo nombre de plaza—, limitado por la iglesia, el cuartel de policía y

algunas casas particulares, lucía en sus ángulos sendos improvisados arcos forrados con hojas de los árboles llamados en el lugar coralito y guaraba. En todas las casas de personas regularmente acomodadas se veían flotar en toscas astas, sostenidas de las ventanas por una serie de cabestros, una variedad de banderas entre las cuales predominaba la nacional, que momentáneamente pasaba a dar realce a una festividad de almanaque con sus tres colores; gualda, azul y grana.

En el templo imperaba ese burdo lujo de los pueblos. El púlpito estaba convenientemente adornado con flores naturales y artificiales, y en todas las puertas y ventanas se mecían largas cortinas blancas. Una orquesta de aficionados, compuesta de un clarinete, un cornetín, un violín y una de esas guitarras pequeñas que en Venezuela llamamos cuatro, se encontraba apostada en el coro, presta a sacar de apuros al organista y a interrumpir, a una señal del sacristán, el místico silencio con alguna marcha. En el centro del recinto se extendían dos hileras de sillas —la mayor parte viejas, pero muy limpias— destinadas a las autoridades, a las organizadoras de la fiesta y a la aristocracia de Guarapaná, que aunque poca, allí también la hay como en las grandes ciudades... ¡y qué clase de aristocracia!

Aquella mañana despertó Marta muy temprano, bajo las impresiones de un sueño triste como sus pensamientos. Permaneció en el lecho por algunos minutos todavía, presa de una fiebre hija de sus reflexiones, se puso al fin de pie, convulsiva y lánguida, sobre la alfombra de su alcoba, hizo un gesto de duda, exhaló un suspiro, y la sábana que la envolvía cayó a sus pies, permitiendo ver, a través de una larga dormilona de batista, sus formas blancas, cinceladas y excitantes, sobre las cuales paseaba la aurora sus primeros besos tibios, como esclava voluptuosa que enamorada de aquella Khrysis criolla quisiera transmitirle el ardor de su pasión. Con la sábana fue a unirse la importuna tela que velaba sus encantos, y entonces, cual la Venus de la leyenda surgiendo de la concha nacarina, apareció la reina de la belleza en Guarapaná en toda la esplendidez de su desnudez; y el sol, avaro de aquel tesoro, siguió lamiendo con avidez creciente el cuerpo que parecía allí servir de modelo al pintor misterioso de los deseos. Su cuello escultural y marmóreo, sus pechos erectos y duros, cuyos pezones semejabán sonrosados botones en flor que determinarían los polos anteriores de dos globos de alabastro encajados en el seno, sus

brazos velludos, sus muslos rollizos, y su delgada cintura de donde se desprendían dos caderas mórbidas, provocando la tentación con sus carnes sedosas, constituían un conjunto estético de grandes atractivos. No sin antes contemplar en el espejo su belleza plástica, con esa coquetería innata en las mujeres, se vistió y se encaminó al templo.

La iglesia estaba completamente llena. Sus antiguos y remendados muros apenas podían contener ese heterogéneo cortejo de seres humanos que en todos los pueblos están siempre dispuestos a participar de las festividades religiosas. Hombres de todos los círculos sociales, mujeres gastando trajes fuera de moda, y los más de colores extravagantes, niños llorones, y hasta los perros de los asistentes, habían invadido, llamados por las campanas que desde temprano repicaban, la silenciosa mansión conocida con el nombre de “casa de Dios”.

Cuando Marta llegó, aquella muralla humana que cerraba la puerta mayor se abrió para darle paso. Todos los ojos se fijaron en ella, y luego se miraron, como preguntándose quién sería el dichoso dueño del corazón de aquella diosa. A tanta atención, Marta contestó con una ligera inclinación de cabeza y penetró en el recinto, yéndose a colocar enfrente de una de las puertas laterales, en tanto que entre dos caballeros se entablaba el siguiente diálogo:

- ¿Quién es ella?
- Marta Ramos, la hija de don Antonio.
- ¡Vaya que se ha vuelto una real hembra!
- ¿Aún no has ido a visitarlos?
- No; llegué ayer muy tarde, como lo sabes. Iré esta noche.
- ¿Quieres acompañarme?
- Con gusto.
- A las siete.
- Corriente.
- No creía encontrar tanta hermosura en nuestro pueblo.
- Pues ya ves que no estamos tan escasos.
- Sin duda.
- Te debes acordar de ella.
- Ya lo creo; no se olvidan muy fácilmente los recuerdos juveniles, quizás por lo mismo que son los más sinceros. Cuando me fui para Caracas dejé a Marta muy niña, apenas tendría de siete a ocho

años, y en diez que tenía yo ausente es grande la metamorfosis que se ha efectuado en ella. No es extraño, pues, que no la haya conocido.

—Naturalmente.

—¿Tiene muchos pretendientes?

—Eso no se pregunta. ¿Pueden existir las flores sin verse cortejadas por colibríes?

—Sin duda que eres uno de ellos.

—Te equivocas. La quiero mucho, como antes, con el cariño de un hermano; pero, según se dice, hay otros que la solicitan. Ella que es hermosa, y la dote de don Antonio que la espera, son alicientes muy poderosos para nuestros enamorados.

—Tienes razón. Parece que con el siglo la corrupción ha invadido todo: política, sociedad, religión y hasta los sentimientos. Hoy no se busca en la mujer la virtud, sino la parte material, y principalmente la monetaria. No es de extrañarse, pues, que esos señores pretendientes estén más enamorados de las arcas de don Antonio que de Marta, y ella merecerá sin duda algo superior a esos mercaderes de corazones.

—Y quizás sea porque ella lo ha comprendido así que ha preferido a ninguno.

—¿De veras?

—Estoy seguro de ello. La plaza ha sido sitiada, pero nadie la ha ocupado; tengo pruebas.

La conversación se interrumpió al sonido metálico de la campanilla, y los dos jóvenes fueron a colocarse en la puerta junto a la cual se hallaba Marta.

La chillona y destemplada voz del organista se dejó oír, el incienso comenzó a esparcir sus perfumes, envolviendo en blancas nubes el altar mayor, los labios devotos empezaron a balbucear oraciones, y las siempre hipócritas beatas a darse golpes de pecho con tal fuerza que cualquiera les hubiese pronosticado una aneurisma u otra enfermedad por el estilo.

Después del Evangelio, el padre Ambrosio —que así se llamaba el párroco de Guarapaná— subió al púlpito, y estropeando a más y mejor el idioma castellano, con una elocuencia rústica, encomió el motivo de la fiesta, sin olvidarse deregonar el celo de sus

organizadoras, ni de pedir al Cielo protegiese a las autoridades y a toda su generación para bien del lugar.

La ceremonia continuaba entre el constante balanceo del incensario, el repiquetear intermitente de las campanillas y el chisporroteo de los cirios que, elevándose en líneas convergentes por los flancos del altar, formaban un triángulo de luces con las largas velas encendidas que, en relucientes candeleros de cobre, reposaban sobre el ara.

De rodillas, con la cabeza inclinada, recorriendo con sus dedos delicados las diminutas cuentas de su rosario; con la vista en su pequeño libro de misa encuadrado en nácar, y levantando de vez en cuando los ojos para fijarlos en la Virgen que en su trono sembrado de flores y de luces se destacaba en el fondo de la nave, había permanecido Marta, hasta entonces, durante la ceremonia. La brisa que se colaba por las puertas y ventanas del santuario jugueteaba con su cabellera undosa, cuyas crenchas de ébano caían negligentemente sobre la frente que encuadraba una finísima toca azul, de los pliegues de la cual parecía surgir una rosa roja semejando una mancha de un crepúsculo estival que sobre un cielo purísimo de zafir anunciase la proximidad de una noche sin luna. De sus labios frescos y pequeños brotaba la oración sincera, como aroma de mirra quemada en un pebetero de coral; una de sus manos golpeaba ligera y suavemente su pecho; y así, en ese abandono religioso, entre el mutismo de su veneración mística, todo su ser se hallaba envuelto en una mirada de amor que, sin profanar el recogimiento de la niña, delataba los ideales exóticos de un alma subyugada ante el altar de Dios.

A las diez el templo quedó completamente vacío. El *Ite missa est* y la bendición sacerdotal a manera de despedida, desbandaron la multitud; y las visitas —mujeres en su mayor parte— invadieron las casas amigas, especie de *ren-dez-vous* donde se iba a hablar del traje de menganita, de la cara poco halagüeña de fulanita, de la irreverencia del novio de zutanita; a hacer, en fin, una crítica sin conciencia, dando soltura a la lengua, mientras saboreaban el rico café con leche y los bizcochos o roscas que de antemano se les había preparado, pues en Guarapaná nunca falta este obsequio en fiestas de tanta magnificencia como las de la Asunción.

—Cuando Marta llegó a su casa, casi al mismo tiempo entró Dalia, hermosa rubia de ojos azules, amiga de su infancia e íntima compañera de colegio.

—Chica —le dijo esta— ¡qué de prisa viniste! Te vi en la iglesia, y esperé juntarme contigo cuando terminara la misa; pero ya habías desaparecido cuando quise buscarte.

—Hacia mucho calor, me regresé inmediatamente después de la bendición.

—¡Así hubieras cogido para otra parte!

—Sabes que, con excepción de tu casa, visito muy raramente.

Un abrazo y un beso fue el saludo de las dos amigas; y luego, despojándose de sus tocas respectivas, se sentaron en el sofá de la sala, cual tórtolas que en un mismo nido se dispusieran a contarse mutuamente las varias impresiones recogidas en su peregrinación aérea.

Marta, con su vestido encarnado que hacía ligeramente visible por la transparencia del corpiño el nacimiento de su garganta, lánguidamente reclinada sobre el cojín, con los brazos desnudos hasta el codo cruzados tras la espalda, semejaba la imagen de los ardientes mediodías de nuestra zona; y Dalia, con su traje celeste claro completamente cerrado y como adherido a sus formas helénicas, era el tipo de aquellos ángeles del Tiziano.

—¿Qué te pareció la misa? —continuó Dalia.

—¡Muy bonita! —repuso Marta— ¡Qué de gente!

—Jamás había visto yo la iglesia tan llena.

—La novedad, chica.

—Hasta los hombres que casi nunca van al templo se acordaron hoy de la Virgen.

—Y a propósito, ¿quién era aquel que estaba con Manuel?

—¿Con Manuel Mendoza?

—Sí.

—¿No le conociste?

—No te preguntara.

—¡Vaya una memoria la tuya!

—No recuerdo haberle visto nunca.

—Adivina.

—No atino.

—Es muy amigo nuestro.

—¿Amigo nuestro?

—Sí. Verdad que como yo estaba muy pequeña cuando se fue a estudiar a Caracas, y como no había vuelto hasta ahora, no es extraño que no lo recuerdes. Es Alfredo Blanco.

—¿Alfredo?... ¡Qué cambiado está!

—Ayer tarde cuando llegó me hallaba de visita donde misia Matilde; si lo hubiese encontrado en otra parte no le hubiera conocido.

—Pues lo mismo me hubiera pasado a mí. Si parece otro.

—Los aires caraqueños.

—Sin embargo, no era feo que digamos cuando se fue de aquí.

—¿Te acuerdas cuando nos regalaba versos?

—¡Cómo no! Creo que mamá conserva algunos todavía. ¿Seguirá como antes?

—Casi te puedo asegurar que no ha cambiado de carácter. El mismo Alfredo de siempre. ¿No ha venido por aquí?

—No.

—¡Milagro!

—Le mandamos a saludar, como era natural, y ofreció venir esta noche. Quédate para que veamos desde aquí las carreras de cintas y le recibamos juntas.

—Bueno; pero mándaselo decir a mamá para que no me espere.

—Enseguida.

Marta salió a satisfacer los deseos de su amiga, y ésta, entre tanto, se sentó al piano y se puso a tocar una romanza de Meyerbeer, su pieza favorita. Los sonidos se esparcían melódicos y tiernos, y ella parecía subir con las notas a la región de los ensueños, donde las ilusiones se enlazan con la esperanza como los perfumes de la selva con la brisa del follaje. El eco de los arpegios se perdía en la calle desierta, y su alma iba como presa de un vértigo, a encontrar un corazón no menos febril. Sus pensamientos, inquietos como las manos que recorrían el teclado, volaban, se aletargaban y despertaban de nuevo, trayendo una y otra vez a su mente la imagen de un hombre que le recordaba las horas de su niñez, y que ahora quería para compartir los instantes apasionados de su vida de mujer.

—Ya estás complacida —dijo Marta entrando.

Dalia no contestó. La romanza de Meyerbeer la extasiaba, sus sueños se sucedían cada vez más bellos, su espíritu sentíase halagado

por las dulces ilusiones que se forjaba, y toda su alma se fundía en los argentinos sonidos del piano.

—¡Qué dulce es soñar! —exclamó de repente, haciendo girar el taburete.

—¡Muy hermoso debe de ser! —repuso Marta.

—¡Vaya, no te había sentido! —agregó Dalia, fijándose en su amiga.

—¿Tan abstraída estabas?

—Ésa romanza sume mi alma en una especie de paroxismo dulce y extraño a la vez, y sueño mucho... mucho.

—Dichosa tú que a lo menos gozas, aunque momentáneamente, de la felicidad, y no estás como yo, que aunque la veo a mi alrededor, no me la puedo apropiarse completamente.

—No puedes quejarte.

—¿Por qué?

—¡Vamos! ¿Quién está mejor que tú en el pueblo?

—¿Quién sabe?

—Tienes todas las comodidades que puede apetecer una mujer, y don Antonio y doña Anselma te miman que es un contento.

—Sobre eso, sería injusta y hasta ingrata si me quejara; pero nada valen los goces exteriores cuando la pena nos tortura interiormente; no hay equilibrio entre lo uno y lo otro.

—¿Sufres?

—Sí.

—Eso me huele a amoríos contrariados.

—No. Hay en mí un presentimiento muy triste que me anuncia sinsabores para el porvenir.

—¡Tonta!

—Sabes muy bien que jamás he tenido amores. Todavía tú...

—¿Vas a salir con lo de siempre?

—Como ello se ruge en nuestro círculo, y no teniendo eso nada de particular, no me he atrevido a dudarlo.

—Pues, chica, despreocúpate; no hay tal cosa.

—Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Marta; luego añadió:

—¿Me lo niegas?

—¿Para qué te lo iba a ocultar si fuese cierto? Eres siempre la primera en conocer mis secretos.

—Algunos; porque ya ves que ese no ha merecido mi confianza.

—Si no lo hay.

—Aunque quizás lo hayas dejado para cuando se formalice el asunto.

—¡Bah! ¿Qué gracia tendría decírtelo cuando lo supiese todo el mundo? No sería tu amiga si después de haberlo ocultado te lo negara.

—Y te alabo el gusto.

—¡Vaya un empeño el tuyo! No hay tal, créeme. De todo lo que se dice no se puede creer la novena parte. ¿No conoces todavía nuestro pueblo? Aquí está el chismoso y el ocioso que no vale nada.

—Ya que tan renuente te muestras a confesarlo, sea.

Las dos amigas continuaron su conversación hasta la hora de almuerzo; y aun en la mesa, en compañía de los esposos Ramos, siguieron charlando, departiendo con aquellos viejos las horas de felicidad, entre cuentos, chistes y bromas propios de dos niñas de su edad.

Don Anselmo frisaba en los cincuenta años y doña Anselma en los cuarenta y dos. La tez tostada y los cabellos casi completamente canos del uno, como hombre que había empleado la mayor parte de su tiempo en rudas faenas, contrastaban con el aspecto de la otra que, aun cuando de edad algo avanzada, conservaba su cutis blanco, si bien surcado por algunas arrugas, y sus cabellos casi negros, cual mujer dada solamente a los quehaceres de la casa. Ambos robustos y siempre joviales, participaban de una dicha envidiable, agasajados por la fortuna que, no contenta con colmarlos de bienes, había traído a su hogar, estéril en frutos, una hija en Marta, quien como ángel bienhechor, hacía gratos los momentos de aquellos respetados y excelentes esposos.

Las risas se sucedían, y los manjares desaparecían poco a poco de las bandejas, a la voz de doña Anselma que a cada instante exclamaba, sonriente y satisfecha:

—No haya cumplimientos, cada quien que se sirva lo que quiera; todos somos de la casa.

A los postres, don Antonio habló de la guerra del 70 —asunto sobre el cual siempre le gustaba llamar la atención—, exaltándose en

la narración de los hechos con el entusiasmo de un veterano viejo que había militado bajo la bandera federal, accionando, acompañando sus palabras con maniobras de campaña, explicando minuciosamente las batallas a que había asistido desde que fue soldado hasta que le hicieron capitán, pues antes no era como ahora que cualquiera es general de papelitos —según su propia expresión—; bendiciendo la memoria del Ilustre Americano con el respeto de un guzmancista furibundo y haciendo flecos a esos perros de los godos, como los llamaba; historias que casi siempre terminaban con la clásica frase de “¡aquellos eran otros tiempos!”. En esas narraciones llegaba a ser algunas veces hasta egotista, y a nadie cedía la palabra mientras no terminaba con sus consideraciones que eran como corolarios de sus relatos.

Doña Anselma, con el orgullo de una esposa amante, sonreía a cada heroicidad que refería su marido, y hasta le acompañaba en sus acciones sin darse cuenta, no sin pedirle a veces alguna palomita, para hablar también de sus tiempos de moza, en que salían a luz la crinolina, el polisón y todas las modas de entonces.

—¡Ah! —decía a Marta y a Dalia— a mí me encantaba la crinolina; verdad que me lucía mucho. ¿Te acuerdas, Antonio?

—Sí —respondió el aludido.

—Era necesario saberla llevar, sobre todo al sentarse. La mía era de las que llamaban crinolinas de esqueleto. Por el 72 fue que se extinguió esa moda.

—¡A Dios gracias! —exclamó Marta.

—¿Por qué? —repuso la señora de Ramos, algo contrariada.

—Porque era muy fea.

—¡Boba!... Hoy las muchachas andan ajustadas, incómodas sin duda, y expuestas a que una ráfaga indiscreta dibuje en las faldas sus formas, haciéndolas visibles a los transeúntes, en tanto que con la crinolina no pasaría eso.

—Entonces todas las mujeres andaban esponjadas como los pavos —murmuró don Antonio, guiñando el ojo a las dos niñas.

—Sin embargo... —repuso su esposa.

—Me pescaste —le interrumpió el viejo militar.

—Pero eso de andar con un globo bajo las faldas no tiene nada de bonito —dijo Marta, entre la risa que había provocado la polémica de los dos viejos.

—Además, la ráfaga indiscreta podía meterse por otra parte, y entonces sí que era grande el susto —agregó Dalia.

—Naturalmente. ¡Me parecería que iba a volar!

—Yo lo mismo.

—Prefiero bajo todos respectos la moda actual.

—Participo de la opinión de Marta —arguyó Dalia—. La mujer debe lucir sus formas, sobre todo las jóvenes. Nada de artificios, eso queda para las viejas.

—¡Bravo! —exclamó palmoteando, don Antonio— ¡Bien, Dalia, muy bien!... Eres hija de tu padre, que siempre nos decía en los momentos de entrar al plomo: los valientes pelean a pecho limpio.

—¡Cuidado que te entusiasmas! —dijo doña Anselma, algo picada.

—¿Quieres que permanezca indiferente ante tan soberbia opinión?

—¡Ojalá implantaran de nuevo la moda en Europa! —agregó la señora de Ramos— A ver si no se la ponían.

—Por mi parte le daban las doce a los reformistas, porque yo ¿ponerme eso?... ¡Cuándo, Dios mío!

—Por la mía también; no me la pondría ni que me pagaran.

—Serían las únicas.

—Bueno, seríamos la excepción, pero lo que no nos gusta, no nos gusta.

—¡Uy, qué horror!

—Compromiso, Marta —continuó Dalia— ¡Guerra contra la crinolina!

—¡Guerra contra ella! —repuso la joven Ramos, estrechando la mano de su amiga.

—¡Zonzas! —arguyo doña Anselma— ¡Si hubieran ustedes vivido en mi tiempo!

Con un picaresco chiste del señor Ramos terminó el almuerzo. Don Antonio encendió su cigarro y fue a dormir su siesta cotidiana. Doña Anselma no quiso quedarse atrás en este justo descanso del cuerpo, y tomando un voluminoso tomo de “Guzmán el Bueno” por Ramón Ortega y Frías, encaminose a su dormitorio. Dalia y Marta, pretextando que se acercaba la hora de las carreras de cintas, se fueron a la alcoba de ésta a prepararse para las fiestas de la tarde,

recitando unos versos eróticos de Julio Flores, que de vez en cuando interrumpían estas frases:

—¿Qué camisón te vas a poner?

—El encarnado de esta mañana. ¿Y tú?

—El mismo azul. Me sienta muy bien, según me dicen. No hay a quien no le guste.

—Y sobre todo a...

—¿A quién?

—¿Lo nombro?

—¡Tonta!... Nunca te acabarás de convencer de que todo es mentira.

—Sin embargo...

—¿Tienes celos?

Una carcajada fue la contestación de Marta; y saltando como dos chiquillas traviesas, fueron a caer con las manos entrelazadas sobre el mullido lecho, cuyas almohadas recibieron sus dos cabecitas donde bullían ideas diversas, empapándose en los delicados perfumes que exhalaban sus cabellos, y cuyo colchón de plumas se envolvió en el calor voluptuoso que emanaba de las carnes palpitantes de la Friné y de la Afrodita de Guarapaná.

Allí permanecieron tendidas perezosa y negligentemente, confiándose sus secretos de niñas inexpertas, extasiadas unas veces y sonrientes otras, sin más testigos que el cefrillo curioso, que al penetrar por la entrejunta ventana, iba a lamer el descubierto nacimiento de sus pantorrillas, invitándolas a gozar de sus besos con más expansión.

Sus desabrochados corpiños y corsés dieron entonces ensanche a los pulmones comprimidos, y las rítmicas y onduladas palpitations de sus turgentes senos, semiencubiertos por los finos encajes de dos camisas blancas, se sucedieron con el descuido a que invita el silencioso recogimiento de la alcoba.

II

El golpe de las cuatro les hizo abandonar ese éxtasis delicioso en que se hallaban sumidas, ponerse de pie, aprisionar de nuevo sus formas y engalanarse con ese empeño de la mujer en parecer cada vez más y más hermosa, para presenciar las carreras de cintas.

Cuando llegaron a la ventana ya el bullicio imperaba en la plaza, ante la presencia de un bello enjambre de gente femenina, de chicas más o menos graciosas que ora con una modesta sencillez innata o con una coquetería fingida, parecían alentar a los galanes que desfilaran, reclamándoles de antemano alguna de sus conquistas.

Las miradas que se buscaban con astucia; las sonrisas que se sucedían, reclamando el cumplimiento de alguna promesa; los caballos que galopaban, ávidos del momento de las carreras; los corrillos de los granujas; éste que se detenía a conversar en alguna ventana; aquel que llegaba; este otro que se perdía con un compañero por algún callejón, apareciendo de nuevo; la charla chusca y curiosa de los espectadores; todo, en fin, era una batahola indescriptible, un movimiento incesante.

—Julio me ofreció una cinta roja —se decía en una ventana.

—Si la gana —respondían desde otra vecina.

—No tengas cuidado, que hará todo lo posible.

—Cuenta con ella.

—Hoy te has propuesto.

—No, niña, no creas que lo hago con intención, pero como por aquí cerca hay una persona a quien le han ofrecido varias, no sería su amiga si no deseara que ninguna le faltara.

—¡Ya, ya!

—Comprendo la alusión —decía otra—. Allá está, Conchita.

—¿Quién?

—El del caballito blanco.

—¡Déjate de esas chanzas, porque no me gusta, ya te lo he dicho!

—¡Jesús!

—¿Has visto qué pretenciosa está Julia?

—De veras. Esta mañana no cabía en la iglesia...

—Desde que es novia...

—Como el bocado no es despreciable...

—Y como es grande...

—Se le ha atravesado en la garganta.

—¡Qué ridícula está María!

—Y qué mona.

—Mírala en aquella ventana. ¡Qué de morisquetas!

—¡Cuántas piruetas!

—Ya me explico, es que acaba de acercársele Andresito.

—Te felicito, Josefita.

—¿Por qué?

—Mira quién viene allí.

—¡Bah!

—¡Ja, ja, ja!...

Diálogos como estos eran los que se entablaban, entre el murmurio de la fiesta.

En uno de los extremos de la plaza apareció Alfredo Blanco, caballero en un negro corcel.

—Ahí tienes ya a nuestro antiguo amigo —dijo Dalia a Marta mientras señalaba al recién llegado.

Las dos amigas se fijaron en él; Dalia con indiferencia, buscando más bien entre los concurrentes el hombre cuya imagen le venía a la mente cuando tocaba la romanza de Meyerbeer; Marta, por el

contrario, le miró con insistencia, como vislumbrando a lo lejos una esperanza, sin saber por qué. Un cambio repentino empezaba a operarse en su alma, el presentimiento que la acompañaba comenzaba a ceder.

Alfredo pasó junto a la ventana, hizo una ligera inclinación de cabeza, y sofrenando su caballo con el pretexto de conversar con Manuel Mendoza que en ese instante iba en sentido contrario, abarcó con su mirada soñadora de poeta aquella ventana que, como extraño jarrón, guardaba una linda espiga y una hermosa flor de los campos de la estética.

Ambas eran bellas, ambas eran tiernas y virtuosas, ambas eran apasionadas, porque su mirada escudriñadora de fisonomista se lo decía. Sintió sed por los besos de las dos bocas rojas, anhelo por los dos corazones; pero si en las regiones de la materia había el equilibrio, la balanza de su alma se inclinaba de un lado. Cualquiera de ellas podía satisfacer la vehemencia de sus deseos, una nada más podía brindarle sueños; las tentaciones de la bestia humana y las aspiraciones del romanticismo se encontraban. Un solo pensamiento palpitó en el cerebro de Alfredo, un solo ideal se agitó en su alma, una sola estrofa vagó por sus labios; una sola visión se destacó ante sus ansias de hombre y de artista. Espoleó su caballo, corrió —llevado por una idea, y al pasar por debajo de uno de los arcos quedó presa una cinta en sus manos. Era el primero que conquistaba un trofeo y los aplausos le saludaron.

—¿Para quién será? —dijo Dalia.

—¿Quién sabe? —repuso Marta.

—Veremos quién es la preferida.

—No será muy tarde.

—Esperemos, que allá viene.

La creencia de las dos amigas de que Alfredo adjudicaría su cinta en la corrida, quedó burlada, pues el vencedor se había contentado con guardarla en su bolsillo.

—Esa sale por el correo del lunes —exclamó Dalia, muy lejos de conocer las intenciones de Alfredo.

—¿Cómo lo sabes? —repuso Marta.

—Lo supongo. ¿Crees que Alfredo no ha dejado alguna por allá?

—Es posible.

—Casi estoy segura de ello. Los hombres son muy zánganos, chica, y estos que salen de aquí como que se perfeccionan.

—Sin embargo, no tienes razones para juzgar así a Alfredo.

—Ya verás como salgo con las mías. En cuestiones de esa clase todos parecen cortados por la misma tijera.

—Veremos.

Mientras Dalia y Marta sostenían este diálogo, Alfredo se decía: “Las mujeres son muy susceptibles. Si le doy esta cinta a Marta se resiente Dalia, y viceversa. Tratemos de conseguir el par”.

Aguijó de nuevo su caballo, otra cinta quedó en sus manos, y en el mismo bolsillo se juntaron las dos. ¿Serían ellas un presagio de la conquista que aguardaba?

—Van dos —dijo Marta, haciendo ostensible su interés por Alfredo.

—Quisiera ser una de esas cintas —arguyó Dalia.

—¿Para qué?

—Para ir a aspirar las brisas caraqueñas.

—¿Persistes en tu idea?

—Sin duda alguna.

—Sin embargo...

—Sería una casualidad que me equivocara.

—¡Quién sabe!

—De ser para alguna de las que aquí estamos, ya las hubiera adjudicado.

—Tienes razón.

Ya la tarde empezaba a caer... El sol hundía como un dios su frente ensangrentada, y ante las bellezas de un crepúsculo, se esparcía ese letargo que se apodera de la naturaleza cuando se van las últimas luces con que Febo, como poeta decadente de larga melena blanca, se despide de sus bellas amantes de un día.

Los jinetes se desbandaban poco a poco, y muy raros eran los que insistían aún por cosechar el último lauro, ofrecido quizás a alguna guarapanera. Las horas pasaban rápidamente como todos los momentos de placer, y las ventanas comenzaban a quedar vacías...

La plaza quedó al cabo desierta, y lo que poco antes fuera teatro de animación se convirtió en panorama de tristeza, alumbrado solamente por el tenue titilar de las estrellas que, a manera de grageas de

oro arrojadas a puñados sobre un manto negro, sembraban el crespón de sombras con que se enlutaba el firmamento.

¡La reina melancólica de los misterios, la lánguida enamorada de los trovadores errantes, el hada silenciosa de los secretos, la augusta matrona de las meditaciones, la confidenta que dio calor en su regazo a la inmortal tragedia de Verona, extendió sus alas negras sobre el casi desconocido pueblecito de Guarapaná!...

III

Alfredo era quien más ansiaba aquella noche. La deseaba con la avidez del matemático que va a plantear un problema, con el frenesí del artista que se prepara a hundir en el duro bloque su cincel para darle la forma de su visión soñada, con el delirio de la amante que, presa de la incertidumbre, ve llegar la hora de descorrerse el velo que le oculta la realidad.

Era él delgado, alto, de frente ancha, de nariz saliente, de cabellos largos y flexibles, blanco, de mirada escudriñadora, de imaginación viva y ardiente, de carácter rebelde, vehemente, apasionado, hasta cierto punto neurótico.

Hijo de padres regularmente acomodados, y en atención a que la única escuela de Guarapaná era por demás deficiente, abandonó desde muy temprana edad su pueblo natal para ir a saborear más allá las dulces y preciadas mieles de la instrucción. Caracas, en donde necesariamente había de haber lo que buscaba, fue el lugar escogido por los esposos Blanco para la educación de su único hijo. Apenas tenía trece años cuando se vio privado de las caricias de la familia, las cuales fueron sustituidas por las severas reprensiones de los celadores

del colegio donde entró en calidad de interno, y en el cual permaneció hasta que terminó el trienio filosófico. Una conducta ejemplar, una aplicación constante y el cariño acendrado que sentía por sus compañeros, le granjearon la estimación de sus profesores y el amor sincero de aquellos, quienes sintieron hondamente su separación cuando nuevos ideales le llamaron a ocupar un puesto más alto en sus estudios.

El bachillerato le colocó en una nueva espera, y la Universidad Central le abrió sus puertas. El arte de Hipócrates le entusiasmó al principio, y en él esperaba contribuir al alivio de la humanidad doliente con un esfuerzo continuado; sus mayores anhelos se cifraban en ver llegar el día en que, a la cabecera de un enfermo, pudiese luchar contra la muerte, y arrancarle a lo desconocido una víctima de las manos; pero, a medida que avanzaba en sus estudios, se iba dando cuenta de las pocas facultades que poseía para la medicina. En esta profesión no realizaría sus sueños, no sería nadie entre los discípulos de Galeno. Después del segundo año no se le vio más por el Hospital Vargas, adonde concurría con frecuencia más a admirar que a presenciar por el provecho que más tarde le aportaría, las difíciles operaciones quirúrgicas que continuamente se confiaban al cuchillo hábil y diestro del doctor Acosta Ortiz; había entrado a estudiar Jurisprudencia.

Eran demasiado para Alfredo diez años de ausencia continuada, y al terminar el primer trienio de Derecho, volvía a Guarapaná a pasar sus dos meses de vacaciones. El tiempo no había logrado ni siquiera debilitar en él los grandes afectos, éstos habían aumentado, y el calor del hogar se le hacía necesario. Tenía para entonces veintitrés años, edad en que las ilusiones son más ardientes y el deseo por la lucha más intenso.

Estudiante esforzado y pensador por temperamento, desechó aquellas ideas erróneas que le habían inspirado cuando niño y abrazó los sabios principios del siglo. Su religión no tenía fetiches que adorar, ni incomprensibles milagros legendarios. Adorador ferviente de Apolo, sugestionado por esa maga sublime que se llama poesía, empezó a cantar. Sus versos fueron desde un principio sencillos, sin efugios literarios, ajenos a todo decadentismo, y aunque en su mayor parte tiernos, siempre se adivinaba en ellos la rebeldía

de su autor. Como todos aquellos que no nacieron para humillarse, como todo corazón noble y valiente, odiaba lo que fuese despotismo, le repugnaba lo que hediese a adulación. Su teatro era el teatro de la lucha, detestaba el reposo. Su carácter era de acero, su espíritu, hijo del siglo.

Ya hemos vislumbrado sus impresiones cuando se encontró con Marta en la puerta de la iglesia, y cómo aumentaron ellas cuando la vio en compañía de Dalia en una de las ventanas de la casa de los esposos Ramos; la pasión se desbordaba en su alma, y su voz subyugadora despertaba en el joven Blanco un solo pensamiento, un solo deseo: poseer a la hija de don Antonio. Cuando abandonó su hogar la había dejado muy niña, y ahora que regresaba a él la encontraba hecha una mujer, tal como la había soñado la Musa de sus cantos. Y aquellos ojos negros de Marta que en las felices horas de su niñez le miraban con el candor de la inocencia, le parecían ahora preñados de apasionados ardores; aquellas manos que más de una vez había estrechado cuando jugaban a los novios, se las imaginaba transmisoras del fluido eléctrico que despierta las convulsiones nerviosas en los momentos de delirio; y ansiaba que aquellos labios que en un tiempo se contentaban con hacerle preguntas baladíes, se posasen sobre los suyos e imprimieran en ellos sus dulces y amorosos besos, especie de arrullos de las almas que se quieren.

Alfredo adoraba a Marta con la adoración del hombre y del artista, admiraba sus formas con los anhelos de la voluptuosidad y se extasiaba al adivinar la pureza de su alma, con el fervor de un idealismo exótico, apetecía la hermosura material y la belleza psíquica. ¡La mujer, Eva o María, Cleopatra o Susana, será siempre la hembra, bien instando la tentación o sacrificando su pureza por la ambición de ser madre, ora yendo, voluntaria, a caer en los brazos de Antonio o triunfando ante las amenazas de los jueces de Babilonia! No es extraño, pues, que Alfredo se viera por un momento abandonado de su idealismo para ver en Marta la perfección plástica de la sugestión sensual.

Ávido, aguardaba aquella noche; la vehemencia de su amor le impulsaba a obrar en seguida. Amaba a la señorita Ramos, era preciso que lo supiera ella. Comió casi precipitadamente, se vistió con el escrúpulo del hombre enamorado, fue en busca de Manuel, y ambos,

entre las frases de un diálogo entrecortado, se dirigieron como llevados por una misma fuerza misteriosa a la casa de la familia Ramos.

Don Antonio, doña Anselma, Marta y Dalia le aguardaban; aquellos con el cariño sincero de una amistad casi paternal, éstas con la curiosidad de las mujeres cuando se disponen a saber cosas nuevas.

Cuando Alfredo y Manuel pisaron el umbral, los corazones de Marta y Dalia palpitaron de un modo extraño; y como esclavas de un vértigo indescriptible, sintieron vagar sus ideas por las dulces y apacibles regiones de un sueño; algo pasaba por las dos jóvenes, algo secreto que solamente ellas conocían.

Después de los cumplimientos de estilo, en los cuales no faltaron para Alfredo los abrazos expansivos de los esposos Ramos, y en que los dos amigos sintieron gratas y diferentes sensaciones al aprisionar entre sus manos las de Marta y Dalia, don Antonio entabló la siguiente conversación:

—Y ¿qué tal, Alfredo?... ¿Cómo te ha ido por esas tierras?

—Regular.

—Por no decir bien.

—Nunca se está como usted cree, cuando se halla uno ausente de los suyos, siempre recordando al terruño con sus horas agradables, y a los antiguos amigos con su cariño franco.

—No tanto que digamos, porque tus diez años largos te pasaste por allá sin venir a vernos.

—Culpa mía no fue, don Antonio; bien hubiera deseado aprovechar hasta mis más cortos momentos de ocio para venir a recordar al lado de ustedes mis horas más felices; pero mamá, con ese empeño natural que tiene en que sirva yo para algo, no quería que perdiese ni las vacaciones, y a cada carta en que le pedía permiso para dejar Caracas me contestaba que aprovechara el tiempo, pues ocasiones tendría después para pasear.

—El niño que era llorón, y la madre que lo pellizcaba...

—Así es, don Antonio —exclamó Dalia. ¡Sabe Dios qué imán le sostenía por allá!

—No sería tan poderoso como los que hay por aquí —arguyó Manuel.

—Sin duda alguna —repuso Alfredo. Además de que Dalia se equivoca en su apreciación, las venus caraqueñas, si es verdad que son

muy atractivas, no aventajan a ciertas princesitas nuestras... ¿No es verdad, Marta?

—No lo creo; la fama de que gozan dice tanto en favor de ellas, que aun sin conocerlas, no me atrevería a compararlas con las pobres guarapaneras —contestó modestamente la aludida, mientras Alfredo aprovechaba el momento para envolverla en una de esas miradas que delataban lo que por él pasaba.

—Aquí mismo en esta sala hay pruebas de lo que acabo de manifestarles.

—Gracias por las muchachas —exclamó don Antonio, guiñando el ojo—, pues supongo que no lo dirás por Anselma.

—¡Vaya una gracia! —replicó su esposa.

—No te incomodes, hija, que quizás aún te quede algo de tus atractivos, que no haya notado yo.

—¡Grosero!

—¿Y cómo ha encontrado el pueblo? ¿Muy cambiado? —dijo Marta, cortando la disputa promovida por don Antonio.

—Lo mismo que siempre.

—Debe haberle parecido muy triste —agregó Dalia.

—Verdad que el cambio ha sido brusco, y mentiría si negase que me hace falta la vida de Caracas; de una agitación constante he venido a caer en una apatía enervante, propia de nuestros pueblos pequeños; pero todo se compensa en el mundo, y la admiración de las hermosuras caraqueñas la ha sustituido la veneración a la belleza y la virtud de nuestras mujeres.

—No hay que fiarse en las apariencias —replicó doña Anselma, con aire sentencioso.

—Naturalmente que no; pero la voz de la sinceridad es muy distinta a la de la ficción. Seguro estoy de que usted no ve en mis palabras sino la verdad.

—Pero muchas veces, unas por cortesía y otras por interés, se disfrazan tan bien la ficción, que el más perito se deja engañar fácilmente.

—No lo dudo, pero eso es según y cómo la clase de persona; todos no somos iguales, y por consiguiente no pensamos lo mismo; unos creen que la apariencia les es provechosa, y yo creo lo contrario.

—Eres hijo de tu padre —arguyó, maliciosamente, don Antonio—. ¡Lástima y hasta extraño fuera que no te hubiesen pescado por allá!

—Pues le aseguro que no. Entre el internado, el hospital y la universidad empleaba todo mi tiempo.

—Y a propósito, ¿seguiste estudiando medicina?

—No, después que terminé el segundo año me dediqué a estudiar derecho.

—Y ¿por qué?

—Porque comprendí que no había nacido para médico.

—Pero quizás con el tiempo...

—No, ni hoy ni después hubiera servido yo para esas luchas; y para ser simplemente una mediocridad, valía más abandonar la carrera con anticipación.

—¡Perdió entonces la humanidad un bienhechor!

—Absolutamente, don Antonio. En tanto que mis fuerzas y mis facultades me lo permitan, ella lo tendrá siempre en mí, si acaso soy digno de que se puedan utilizar mis servicios.

—Muy digno eres, y creo que nada esquivarás por su bien.

—No solamente se ayuda a la humanidad aliviando los males físicos, sino que también coadyuvando a poner vallas a las enfermedades morales, destruyéndolas e impidiendo su contagio. Así como hay el bacilus de Kock que mina los pulmones, y miles más de microbios que atacan de varios modos el organismo humano, existen también otras bacterias que engendran una tuberculosis depravante en los sentimientos y que corroen el organismo de la sociedad.

—Es cierto.

—Cada quién en su esfera. El médico en su laboratorio sorprendiendo los gérmenes de la infección e investigando el medio de terminar con ellos, y nosotros combatiendo con nuestras ideas desde la prensa, la tribuna o el foro, la iniquidad, la perfidia y el vicio, que como úlceras purulentas parecen aniquilar hoy más que nunca ciertos miembros sociales.

—Ideas bellísimas son esas; pero dudo que por ese medio se llegue a alcanzar un resultado favorable, dada nuestra decadencia actual.

—Verdad que algunas capas de la atmósfera que rodea nuestra política, nuestra sociedad y hasta nuestra religión, parecen empapadas en ciertos hedores de putrefacción que cada día se van haciendo más perceptibles; pero no hay que desmayar en el propósito de desinfectarlas, secando poco a poco, pero con constancia, los pozos de donde emanan esos miasmas.

—Sin duda alguna.

—Necesariamente que eso no se podrá hacer de un golpe. Hay que luchar mucho, es cierto, pero la victoria será más grande.

—Si la hay.

—Sí la habrá, tengamos fe; y si acaso nos hiere el escepticismo en ciertas cosas, no seamos tan pesimistas hasta el punto de creer que no será nuestro el triunfo.

—En fin, esperemos; ¡quién sabe!

—Esperemos, pero con confianza en el éxito. En el mundo se ha iniciado una era de reformas que van invadiendo todos los círculos, y no es de creer que el destino nos sea tan adverso hasta impedir que lleguen a nosotros.

Alfredo, con ese espíritu revolucionario que le poseía, se había olvidado por un momento de Marta para ocuparse de sus ideas, en la práctica de las cuales veía el remedio eficaz contra el mal que invadía paulatinamente a las masas sociales.

La señorita Ramos era la única que había seguido, sin perder una sílaba, el hilo de la conversación sostenida entre don Antonio y Alfredo, más por el interés que hacia éste sentía que por espíritu de investigación. La mujer, con su carácter mediocre, es por lo regular poco dada a esas cuestiones que, lejos de despertar en ella siquiera curiosidad, le causan fastidio y tedio; por lo cual no era de extrañarse que Dalia y doña Anselma se ocuparan en un grupo distinto acompañadas por Manuel, que más de un motivo tenía para estar al lado de la rubia, de otras cosas varias¹.

¹Esta es una novela que hace fiel testimonio de dos formas de pensamiento características y antagónicas a principios del siglo XIX: el pensamiento liberal, que apela a la razón, y el ortodoxo, que se encierra en el oscurantismo religioso y la moral hipócrita. (Nota del editor).

—Tú, Manuel, que has tratado ya bastante a Alfredo, dinos en qué estado viene, qué ideas trae —decía doña Anselma, insinuando la conversación para no dejar de tratar algo.

—Las mejores, aunque algo cambiadas con respecto a religión; quizás fuera su poca edad la que nos hiciese creer que sería un católico ferviente, pero como con el tiempo se desarrollan las facultades, no es de extrañarse que hoy sea distinto su modo de pensar. Por lo demás, es el mismo Alfredo de siempre.

—¿De modo que nos ha venido ateo? —dijo Dalia.

—No tanto como eso; pero se muestra reacio a transigir con ciertas creencias.

—¡Él, que era tan religioso! —continuó la señora de Ramos.

—¿Qué quiere usted?... El tiempo hace a los hombres.

—Es que por esas tierras, a fuerza de ver continuamente las locuras de los otros, acaban por pensar como ellos, dejándose engañar por sus teorías.

—¿Y quién le dice a usted que no seamos nosotros los engañados?

En ambos corrillos la conversación se animaba a cada instante más y más; don Antonio, alentado por las ideas del joven Blanco, había comenzado con sus acostumbradas comparaciones entre los tiempos presentes y los pasados; doña Anselma sostenía un diálogo acalorado con Dalia sobre cuestión de modas; Manuel escuchaba y sonreía ante el empeño de la vieja en convencer a la joven y el de ésta en hacer predominar sus opiniones; en tanto que las miradas de Marta y Alfredo se encontraban, como rayos luminosos que se cruzaran para ir a reflejarse en dos superficies distintas, contándose al abrazarse en el espacio la relación mutua que los atraía.

Así pasaban las primeras horas de la noche en la sala de la casa de la familia Ramos, cuando a una pregunta de Marta, que hasta entonces había permanecido como pensativa, empezó Alfredo a describir con minuciosidad y gusto los atractivos de la capital. Habló de los variados y espléndidos paseos públicos, haciendo hincapié en la plaza Bolívar con sus extensas avenidas y sus artísticas habitaciones; de sus edificios construidos con solidez y estética; de sus bellezas, entre las cuales ocupan puesto preferente los cuadros de Martín Tovar y Tovar y Arturo Michelena, que adornan el Salón Elíptico, la Academia de Bellas Artes, y algunos templos; de sus hombres de letras como Luis

Razetti, el revolucionario tenaz que triunfa en la Academia de Medicina y ataca por la prensa a sus antagonistas defendiendo sus principios con la razón científica; Acosta Ortiz, el maestro del escalpelo, Manuel Clemente Urbaneja y Grisanti, potencias del foro, y tantos otros más; de todo aquello, en fin, que pudiera satisfacer de algún modo la curiosidad femenina. Sus ojos se paseaban por su pequeño auditorio, como queriendo apropiarlo a sus opiniones y embriagarlo con su entusiasmo; pero al llegar donde Marta se fijaban con indiscreta insistencia, sondeaban el corazón de la joven, y hasta ella llevaban los secretos de su alma fundidos en el crisol de sus sueños.

—¿Quién sabe cuál de esos sitios es el que más gratos recuerdos le ha dejado, Alfredo! —exclamó Marta.

—Para mí todos han sido iguales, Marta.

—No lo creo; alguno ha debido de ser preferido por algo que sólo usted conoce.

—Se equivoca usted. Lo que jamás tropecé en los varios lugares que he recorrido, lo he venido a encontrar en un pueblecito casi desconocido, pero dos veces querido para mí.

—Es extraño.

—¿Por qué? ¿Quién le ha dicho a usted que en lo pequeño no se pueden satisfacer sus grandes anhelos?...

—Usted es joven y sus aspiraciones necesariamente han de ser muchas. Casualidad, y muy grande, será que haya usted encontrado donde nada hay lo que no halló donde hay que escoger.

—Mis aspiraciones se reducen a la realización de un ideal que constituirá la base de otro mayor. Usted se sorprende porque le digo que en un pueblecito he encontrado lo que no hallé más allá. Pues bien, es así. ¿Se sentirá más feliz la avecilla cuando vaga sola y errante por las espaciosas regiones del firmamento, o cuando en la estrecha habitación de su nido les da calor a sus polluelos, compartiendo sus afanes de madre con su alado compañero? Sin duda que en el segundo caso, porque entonces ve cumplido, junto con una ley eterna y natural, su deseo soñado. A mí me ha pasado lo mismo. Mi espíritu bohemio se ha paseado por los ámbitos estéticos de una ciudad populosa donde las bellezas son múltiples; y sólo al llegar a la tierrita donde nací es que he empezado a sentir halagadas mis esperanzas y mis anhelos de hombre, y quizás llegue a verlos satisfechos algún día.

—Eres más digno del éxito que del fracaso —dijo don Antonio.

—Sin embargo, ¿quién puede responder de las imposiciones de la suerte, y más cuando los resultados dependen de la voluntad de un corazón femenino, tal vez caprichoso?

—Esos caprichos son los más fáciles de vencer —arguyó Dalia.

—Si al pensar en ello no me viniera cierta incertidumbre, me aventuraría a considerarme el hombre más feliz del mundo.

—¿Y dónde fue que te enamoraste tan ligero, muchacho? —exclamó doña Anselma.

—En la puerta de la iglesia.

—Para eso sí están ustedes dispuestos a ir al templo; pero no para rezar una Ave María siquiera.

—Pero si la contemplación de una mujer pura y hermosa equivale a una oración elevada a Dios, pues la admiración de la obra es la veneración al autor, y ya que Él instituyó el amor como un mandato inexorable, en el átomo como en la molécula, en el cuerpo inorgánico como en el organizado, en el bruto como en el hombre, nada importa que nosotros lo vayamos a buscar a su casa donde necesariamente ha de estar santificado y ajeno a toda falsía mundial. Se nos critica esto, pero no se reflexiona sobre la causa. Queremos lo mejor, pues acudamos a encontrarlo donde debe estar. Se nos condena con la profanación, pero se pasan por alto los amores históricos de Santa Teresa de Jesús con el Cristo de su oratorio.

—Esos fueron amores místicos.

—Estos también lo son, puesto que en ellos todo es contemplativo, y más cuando la causa determinante del amor espiritual es misteriosa, ¿Podría usted decirme cuál es el germen de la simpatía en los seres? Indudablemente que no. No es la belleza psíquica ni la belleza plástica, puesto que hay mujeres que no son tiernas, virtuosas, dulces ni hermosas, y sin embargo subyugan a ciertos hombres; no es la identidad de caracteres, porque cansados estamos de ver matrimonios en que aquellos son incompatibles, y a pesar de todo, los esposos se quieren. ¿Qué puede ser entonces? O una atracción nerviosa o algo misterioso. Mientras lo primero no se dilucide por completo queda en pie lo segundo.

—Pero nos decía Manuel hace poco que usted viene peleado con la iglesia —dijo Dalia.

—No del todo, señorita. Hay en ella ciertas prácticas, cierto fanatismo y hasta cierto nihilismo que están en pugna con los cerebros que piensan, y por consiguiente con mis ideas; pero soy en esto reservado en mi modo de pensar, en tanto que se presente el momento de contribuir al bien de la sociedad, haciendo visibles mis opiniones.

Alfredo volvía de nuevo a sus disertaciones revolucionarias, sin darse cuenta de ello. A cada pregunta contestaba según su saber y entender y como las linfas del arroyo que van aumentando hasta formar el río, así sus ideas se deslizaban hasta llegar a hacer una relación clara de sus principios. Cuando los pregonaba se olvidaba de todo; pero al pasar la fiebre de que era presa en esos instantes, un solo pensamiento venía a su mente, un solo ideal a su alma: Marta.

Acordándose que no había sido la idea de hacer su profesión de fe, sino otra muy distinta, la que le había llevado a casa de don Antonio, se reprochó a sí mismo su olvido, y aprovechando que doña Anselma había abandonado su asiento, instó a Dalia a que tocara algo y a la accesión de ésta, se vio obligado a sentarse al lado de Marta para darle el frente al piano.

El aria de la locura de “Lucía” con sus notas cristalinas, sus compases ideales y sus arpegios nostálgicos, brotó del teclado invadiendo la sala, dominando los corazones sensibles y despertando recuerdos. Los sonidos repetían la escala en constante y repentina transición; ora agudos o graves, se pasaban lánguidamente, y a cada conmoción de las cuerdas del instrumento, se sucedían las convulsiones neuróticas en el alma de la interpretadora.

Alfredo no sabía cómo entablar conversación con Marta. Se hallaba en uno de esos instantes en que la misma sinceridad del amor trueca la vehemencia en timidez; quería hablar, pero las palabras se detenían en sus labios. De pronto, como iluminado por su mismo deseo, dijo:

—¿Conserva usted todavía, Marta, aquellos versos de pascuas que copiaba yo de los aguinaldos?

—Casualmente esta mañana hablábamos de ellos Dalia y yo; creo que mamá los tiene. ¿Pero no eran originales de usted, Alfredo?

—¿Originales míos?... No, solamente los genios llegan a escribir a la edad que entonces tenía yo. A los ocho años es muy difícil sentir, y la poesía no es otra cosa que la tierna expresión del sentimiento. ¿Cree usted que para entonces podía existir en mí la pasión que ahora?

—Naturalmente que no.

—Ayer, por ejemplo, veía yo en usted a una hermana que compartía conmigo las dulces horas de la niñez, y hoy no puedo limitarme a ello; el afecto ha cambiado.

—¿Y por qué?... ¿No soy la misma Marta? ¿Han cambiado en algo mis sentimientos?

—No, nada de eso. Como antes, es usted pura, cariñosa, tierna y virtuosa; pero el prisma por el cual la miraba lo ha trocado el tiempo, encargado cual está de influir en el destino de los seres.

—¿Cómo así?

—¿Qué era yo entonces para usted?... Un niño que cifraba todas sus aspiraciones en triunfar en los juegos y en hacer predominar sus deseos; y hoy soy un hombre, cuyas esperanzas aumentan más y más en la persecución de un ideal mayor.

—Verdad.

—¿Y usted para mí? Una niña ayer, y hoy una mujer llamada a cumplir un destino impuesto por la naturaleza. Somos los mismos para los extraños; nuestros sentimientos no han variado; pero para los dos la situación no es idéntica.

—Explíqueme por qué.

—Porque usted en esa transición de la niña a la mujer ha sufrido no solamente una metamorfosis física, sino que también una moral; sus pensamientos son distintos, han variado tanto cuanto se ha ensanchado su cerebro. Hoy no cree usted como en otros tiempos que nació únicamente para ocuparse de sus muñecas; cree que en el mundo tiene una misión infinitamente más grande, más racional y de goces más bellos que llenar. ¿Y eso por qué? Porque ahora piensa de otro modo. Los pesares que la hieran en la vida no serán iguales a los que usted sentía entonces por alguna de nuestras travesuras de chiquillos. No; ellos, además de distintos, serán más intensos, porque la apreciación del dolor la determina la facultad intelectual que se desarrolla con la edad. Cuando niños, vegetamos simplemente como

las plantas, sin darnos cuenta de nuestros actos, y queriendo someterlo todo a nuestros caprichos infantiles; no es sino cuando la reflexión madura en nuestros cerebros que vivimos, porque la vida no la constituye verdaderamente sino el conjunto de nuestras acciones cuando obramos con conciencia. Ahora, pues, si usted piensa hoy distinto a ayer, es lógico suponer y hasta afirmar que en mí se haya operado el mismo cambio; y así como usted no ve ya en mí al niño inexperto, no veo yo tampoco en usted a la niña traviesa, hermana en los juegos, sino a la mujer buena, espiritual y hermosa que el alma y la razón me señalan para satisfacer una de mis mayores aspiraciones, y ver cumplido, junto con mis deseos, uno de mis principales deberes de hombre.

Alfredo hizo una ligera pausa, queriendo ver la impresión que causaban sus palabras en Marta; pero ésta nada contestó. Se limitó a inclinar la cabeza, mientras jugueteaba con un fino pañuelito bordado, en lo cual se atrevió a ver nuestro amigo una prueba de asentimiento. ¿Tan afortunado había sido que ya Marta le amaba también?

—A poco le dije que en lo pequeño había encontrado lo grande, y que este pueblecito me era dos veces querido —continuó el joven Blanco—. Pues bien, es así. Aquí he hallado en usted la visión que hace tiempo acompaña mis sueños, y el hecho de que las mismas auras que mecieron mi cuna la acaricien a usted, ha duplicado mi cariño por el terruño. ¿Quiere usted aceptar las promesas de mi amor?

—Va usted muy de prisa, Alfredo.

—¿Por qué?

—Usted mismo me acaba de decir que aunque somos los de siempre en sentimientos, nuestros pensamientos han variado.

—Sin duda.

—Debemos pues conocernos de nuevo para poder determinar la voluntad.

—Pero si el amor es hijo del sentimiento, no habiendo variado éste, no veo el porqué de ese nuevo conocimiento.

—La razón nos dicta lo que nos conviene, y sin la reflexión no podemos darnos cuenta de ello.

—Es cierto; pero si usted piensa como yo que nacimos el uno para el otro, la reflexión está hecha y el resultado no se debe hacer esperar.

—Supongamos que como usted piense yo, ¿y si nos equivocamos?

—No nos equivocamos, Marta. El amor nace, aumenta su caudal como el río, y a su impulso presentimos muchas cosas bellas. La razón interviene, es verdad; pero es para medirlo y sofrenarlo algunas veces cuando quiere desbordarse, pues siempre los extremos son viciosos.

—Los presentimientos son simplemente hijos del deseo.

—El mío no me engaña, me anuncia él una felicidad suprema si accede usted a mi súplica. ¿Siente usted simpatías por mí?

—Mi cariño no ha variado, usted lo ha dicho.

—¿Por qué, entonces, permanece indiferente?

—No es indiferencia. Soy muy franca, Alfredo; déjeme estudiarlo. Si obrar con rapidez es en unas cosas provechoso, en otras es contraproducente.

—¿Pero puedo abrigar siquiera una esperanza?

—No lo autorizo, pero tiene derecho de hacerlo.

—¿Y su confesión no equivale a una autorización?

—Creer no es saber. Esperemos.

—¡Ah, Marta, no sea cruel conmigo!... Yo la amo con todo el amor que puede caber en el corazón de un hombre, la adoro como el creyente a su Dios.

—No blasfeme, Alfredo.

—¿Me ama usted?... Dígamelo...

Marta inclinó de nuevo la frente, y aunque sus labios permanecían mudos, sus facciones delataban la lucha que sostenían sus deberes de mujer con los mandatos de su alma. Darse por vencida en tan poco tiempo era hasta peligroso; negar que le quería, una mentira. Preferible era la expectativa.

—Respóndame, Marta, ¿me ama usted?

—Después le contestaré.

—¿No se marchitará mi esperanza?

—¿Quién puede responder del porvenir?

Aquí llegaba el diálogo de los dos jóvenes cuando finalizó el aria de “Lucía”, cuyas últimas vibraciones dejaron huella en el corazón de Alfredo, como promesas musicales que hiciera el destino a sus ilusiones.

Don Antonio y Manuel, que desde el principio de la pieza habían permanecido tratando sobre asuntos indiferentes relativos a la política, tomaron parte de nuevo en la conversación general.

—La felicito, Dalia —dijo cortésmente Alfredo—. Toca usted el piano no sólo con perfección, sino también con delicadeza y expansión; interpreta magistralmente los sentimientos del compositor.

—Gracias, Alfredo.

—Con dos chicas como ustedes sí que se pasan bien estas veladas de la Asunción.

—Y a propósito, me dijeron que estuviste muy afortunado en las carreras de cintas —exclamó doña Anselma que ya había vuelto a la sala.

—¡Pero qué memoria la mía!... Fui a las carreras a buscar dos cintas, sólo dos. ¿Saben ustedes para quienes?

—Alguna de ellas sale por el correo del lunes —repuso Dalia.

—Pues se equivoca usted, porque las dos personas a quienes las destiné desde el principio están en esta sala.

—Y sacando de su cartera las dos cintas, las presentó a Marta que se hallaba más cerca.

—Escoja usted, Marta.

Esta se apoderó de una azul; y por contestación a las gracias que ella le dio, el joven Blanco balbuceó casi a su oído en voz apenas perceptible.

—Esa cinta es el símbolo de mis esperanzas; no deje que el tiempo la deteriore... ¡Ya lo sabe!

La otra rosada pasó a las manos de Dalia, y los dos amigos se dispusieron a partir.

—Déjate ver con frecuencia por aquí, Alfredo, para que charlemos— dijo don Antonio.

—Sí, no se vaya a perder —se aventuró a agregar Marta.

—Lo haré cuantas veces pueda —repuso el aludido, no sin antes envolver a Marta en una mirada apasionada, a la cual contestó la señorita Ramos con una sonrisa halagadora que solamente Alfredo pudo comprender.

Nada hay que nos haga meditar más que el amor... Entre las reflexiones que se pasan, la esperanza sonríe, las ilusiones despiertan, los proyectos se suceden, y el sueño huye de nosotros como

queriéndonos brindar la soledad nocturna para el ensanche de ese otro sueño más dulce: el sueño ideal.

En ese caso se hallaban Alfredo y Marta. Esa noche no pudieron dormir.

IV

Muchos eran los pretendientes a la mano de Marta, sin que ninguno hubiese llegado al fin de su objeto, o —según la expresión de Manuel— la plaza había sido sitiada, pero no tomada.

Entre estos se encontraba Bartolomé Yépez, sobrino del padre Ambrosio, cuyo carácter despótico y su modo de ser para con los que él llamaba sus inferiores le habían granjeado ciertas enemistades, lo cual no impedía que figurase en los altos círculos sociales de Guarapaná. No había fiesta donde no estuviera, y donde quiera se metía atisbando hipócritamente todo para ir a contarle más adelante, según los caprichos variados de su lengua maldiciente. Era un cricicón de oficio para el cual nadie servía. Las recomendaciones del párroco, quien no perdía ocasión de hacerlas, eran el pasaporte único que tenía para frecuentar las casas respetables del pueblo, aunque ya algunas le habían cerrado las puertas, pues jamás se daba él por notificado de que sus visitas además de molestar repugnaban de cierto modo, a pesar de que así lo comprendiera.

Tío y sobrino vivían juntos. La casa que habitaban era de construcción antigua, se reducía a un zaguán y una galería estrechos, una salita, dos cuartos interiores y un chiribitil donde actuaba de

cocinera una de esas viejas enjutas y habladoras que al mismo tiempo era la diversión de los dos huéspedes.

De una de aquellas habitaciones había hecho el cura su dormitorio, en uno de cuyos rincones se levantaba un pequeño oratorio formado con unas tablas sostenidas de dos barriles y cubiertas por una sábana que se sustituía trimestralmente, un crucifijo propiedad del templo, cuatro imágenes más facilitadas a los feligreses, y dos candelabros de cobre manchados de verde y sucios de esperma, que como el crucifijo habían venido a poder del párroco por donación forzada de la iglesia. La otra era la habitación de Bartolomé, y en ella, junto con una suciedad que parecía característica de los hábitos de este nuevo personaje, se notaba un abandono demasiado manifiesto.

La sala que destinaban para recibir a sus amistades, y que más de una vez había hecho el papel de laboratorio de calumnias, estaba burdamente amueblada. Todo su mobiliario se reducía a una tosca mesa de pino, una lámpara de las llamadas de huracán, y una colección de sillas criollas de modelos y tamaños diferentes, únicos útiles propios que poseían, porque en Guarapaná no son tan abundantes estos enseres como para ser facilitados sin esperanzas de recuperarlos.

Cualquiera que sin conocer profundamente a nuestros personajes hubiese llegado allí, no habría vacilado en contar la humildad entre las tantas virtudes que algunos les atribuían, o en considerarlos víctimas de la pobreza; pero digámoslo de una vez para que el lector no vaya a caer en ese error: ni el tío ni el sobrino eran humildes, y mucho menos pobres, antes por el contrario; y si se habían impuesto una vida nada cómoda, era simplemente porque en el cortejo de vicios que les acompañaba se destacaba el detestable de la avaricia. Amaban el oro con un amor indefinible, aquellas eran dos almas completamente metalizadas.

Los bolívaes que continuamente caían en las manos del párroco, provenientes en su mayor parte de bautizos, entierros y misas a las ánimas y a san Gregorio, además de algunos otros que traía a la casa Bartolomé, después de pasar gran parte de la noche en compañía de los asistentes a un garito situado en un barrio del pueblo, donde se reunían los tahúres con toda libertad a pesar de la terminante prohibición dictada por la autoridad, pues en Guarapaná como en muchas partes de Venezuela, se toleran los mayores desórdenes mediante

algunas monedas deslizadas con cautela en las manos de los agentes del orden público, iban a parar a una grande alcancía que ocultaban en el fondo de un baúl, mueble propio y resistente que se habían conseguido con empeño, por lo mismo que lo necesitaban para la seguridad de su tesoro común. Solamente se abría para satisfacer los más indispensables gastos que reclama la nutrición del cuerpo, y si en este respecto la despensa del cura se encontraba casi siempre bien provista, era debido a que aún, por desgracia o por fortuna, hay tontos en el mundo que aspiran a ganarse la vida eterna llenando con tortas y ensaladas algún estómago clerical.

A decir verdad, Bartolomé no era tan avaro como el párroco, le gustaba gastar cuando era necesario, y si se había sometido a ese régimen, demostrando a su tío la herencia de un atavismo de familia, era porque comprendía que el cura había de morir por una ley lógica primero que él, y que toda la fortuna pasaría entonces a sus manos. Entraba en los cálculos del joven Yépez no desagradar en nada al padre Ambrosio para sus proyectos del porvenir.

Ninguno de los dos era de Venezuela, y aun cuando se llamaban colombianos, su verdadera patria era desconocida aun por aquellos que de más cerca les trataban. Ambos eran de mediana estatura y regordetes, y aunque con poca diferencia, en Bartolomé era más notable que en el cura una cara ancha, nariz más bien chata que saliente, cabellos castaños y erizados, ojos pardos y cráneo hasta cierto punto comprimido. Tan semejantes eran el tío y el sobrino que parecían tener un parentesco más cercano, y si la atención de los guarapaneros se había fijado tan sólo en el parecimiento físico para imaginarse eso, la malicia hubiera llegado más allá si hubiesen sorprendido alguna de sus conversaciones cuando hablaban a solas. Uno era el complemento del otro; habían nacido para la maldad y perdurarían en ella, no obstante ciertas apariencias con que se disfraza el vicio.

A pesar de su grotesco conjunto, afirmaban con descarado orgullo que por sus venas, como por las de sus antepasados, corría esa mentida sangre azul con que han pretendido distinguirse, al igual de la fanática nobleza europea, algunos de los miembros de nuestras aristocracias; hecho que por sí solo les había granjeado la valiosa amistad de una de las principales familias de Guarapaná, la cual se había convertido no solamente en defensora sino que hasta

en protectora del padre Ambrosio y de su sobrino; y como uno de sus miembros era por entonces jefe civil del pueblo, nuestros dos personajes se hallaban escudados por la religión y la política, los dos grandes poderes cuya dominación amenazante sobre los espíritus débiles e ignorantes habría de influir mucho en la realización de los planes de Bartolomé.

¿Conocían los guarapaneros a fondo al sobrino del cura? No, pero tampoco ignoraban por completo su índole. ¿Por qué le aceptaban entonces en su seno? La incautela de unos, la falta de observación de otros y la pasión de los más, le habían sostenido en el puesto de distinción que ocupaba entre las personas dignas del pueblo. Los malos, como las prostitutas, tienen también mantos de seda tejidos en los talleres de la ficción con que encubren las llagas sifilíticas de sus vicios; y cuando alguno quiere hacer la punción para que brote el pus, los embaucados y los crédulos en los juicios de otros detienen la mano bienhechora. Eso era lo que pasaba en Guarapaná. Varios habían querido quitarle la máscara a Bartolomé, pero la opinión autorizada de otros lo había impedido, arrojando sobre aquellos las piedras de sus dicitos. El canto delator de las avejillas no podía llegar a la cumbre donde anidaban los engañados cóndores sociales, la verdad se estrellaba contra las vallas de un poder sordo a sus gritos. ¿Cómo iba la sociedad de Guarapaná a negarle un puesto de honor en su seno cuando era tan recomendado por la familia H.? ¡Imposible! El sol hubiese dejado de salir, el agua de correr, el cielo de ser cielo, fenómenos horribles se hubieran sucedido y el pueblecito hubiera desaparecido como por un castigo de Dios, si tal cosa hubiese sucedido. La familia H. era una especie de ídolo para la mayor parte de los guarapaneros, y ante sus opiniones había que inclinar la cabeza como el esclavo ante su señor. Sus juicios eran mandatos y sus protestas, ley. ¡Ay de quien se hubiera atrevido a contrariarla!... Le hubiese esperado la condenación eterna. Muy pocas eran las familias que no participaban de esas creencias, eran casi contadas; entre ellas se encontraban los padres de Dalia, Manuel, Alfredo, los esposos Ramos, y por consiguiente Marta, por lo cual el sobrino del cura no tenía buena acogida en el círculo de nuestros amigos, para quienes era —según la frase del joven Blanco— un hipócrita estúpido y presuntuoso.

La sociedad de Guarapaná, que no perdía ocasión para averiguar los defectos de los verdaderos hijos del pueblo, y que rehusaba en su seno a algún joven laborioso por el solo derecho de no ser hijo legítimo, como si la existencia tuviese jerarquías para que dejase de ser, abría los brazos para agasajar a ese huésped, sin saber quién era ni de dónde venía, pero que tenía en su favor, además de ser sobrino del padre Ambrosio, y por consiguiente heredero de Su Santidad, la absurda creencia que tenemos de que lo extraño es lo que vale, creencia que se va extendiendo cada día más y más, y que llegará a hacer de nosotros, si no se ahoga con tiempo, una multitud ridícula de tontos minados por los engaños constantes y debilitados por un germen destructor, pues la credulidad absoluta es un vicio como cualquiera que corrompe y mata la facultad intelectual.

La vez que Alfredo le conoció, se hallaba Bartolomé de visita donde la viuda de González, una de las furibundas adoradoras de la familia H.; adoración fanática que llegaba hasta el punto de no atreverse a mirar en los miembros de aquella ningún defecto, y en ver como lo más natural del mundo hasta que se exterminara media humanidad si el exterminio era provechoso a los H.; pero, ¡cuidado como algún otro se atreviera a arrancar una hebra de pelo! Entonces la lengua viperina de la viuda de González se rebelaba indignada y no le dejaba parte del cuerpo que no le destrozara. Todo fanatismo, social, personal, político o religioso es odioso, como es detestable la tiranía; él constituye la incondicionalidad en el alma y el despotismo en el pensamiento; los fanáticos intransigentes son dignos de lástima por ignorantes, y la viuda era uno de ellos. De más está decir que el sobrino del cura era para ella un joven espléndido, de reputación acrisolada, dechado de todas las virtudes y hasta inteligentísimo, por más que le costaba trabajo aun dictar una carta.

Bartolomé era otro fanático; fanático en la maldad y en la religión, en todas aquellas prácticas que están en pugna con la razón, con la justicia y por consiguiente con todos los cerebros pensantes y con todos los caracteres nobles. Alfredo lo comprendió así tan pronto como cruzó algunas palabras con él y se le hizo repulsivo; no podía transigir con esa clase de hombres, y se propuso engendrar entre ellos cierta antipatía que fuera como una valla invencible.

En la conversación que se sostenía se tocó el punto religioso con motivo de la próxima primera comunión que haría una de las hijas de la viuda; y como quiera que Yépez encumbrara el mérito de la confesión con las ideas del párroco que de memoria se había aprendido, ante el entusiasta asentimiento de la señora de González, Alfredo no pudo disimular una sonrisa irónica.

—¿Como que no piensa usted de ese modo? —dijo Carmencita, la hija mayor de la viuda.

—No, señorita; para mí la confesión es una tiranía terrible, y en nuestros tiempos, una asechanza abominable.

—¿Cómo así? —exclamó Bartolomé, creyendo embarazar al joven Blanco con un tonito amenazador.

—Le diré. Es una tiranía porque es un absolutismo permanente y odioso que es perjudicial a la sociedad. La absolución, que se impone por el solo hecho de que el pecador se arrepienta, es un pasaporte para ciertos malvados y muchas veces una condenación para un inocente, y su secreto en algunos casos un delito.

—¿Por qué?

—Vamos con calma, y llegaremos al fin deseado. Supongamos que se cometa un crimen en que todas las circunstancias acusen a un inocente, y que el sacerdote conozca por la confesión al verdadero culpable... ¿No es esto verosímil?

—Sí, muchas veces ha sucedido.

—Pues bien, el sacerdote no puede decirlo porque le está prohibido: he allí un despotismo contra la conciencia; el criminal entre tanto se puede pasear libremente y con la frente alta, porque el arrepentimiento le ha descargado de la culpa: he allí un engaño inaudito hecho a la sociedad que abre los brazos al malvado, creyéndolo inocente, y rehúsa el bueno, suponiéndolo culpable, y si hay engaño hay perjuicio; la invulnerabilidad del secreto impide cumplir con una ley natural que obliga a implantar la justicia en todo terreno: he allí el delito, porque se quebranta la ley.

—Pero usted escoge para su comprobación hechos excepcionales.

—Sean o no excepcionales, son verosímiles y por consiguiente factibles de suceder. Ahora bien, ¿puede ser meritoria una institución que prohíba quitarle la máscara al malhechor y hasta obligue a dejar sacrificar al bueno? Indudablemente que no. Eso no es solamente

contrario a las prácticas de Jesucristo, sino que también es contraproducente, como ya he dicho, a la buena marcha de la sociedad, y en consecuencia al bien de la humanidad. Acepto que el sacerdote, si es sobre él que cae la condenación, se inmole en aras de su deber, eso sería una virtud que no dejaría de ser tampoco una vulneración a la ley natural; ¿pero tiene él derecho sobre la suerte de los demás? ¿No es, pues, una abominación intolerable, una iniquidad, la conservación del secreto cuya divulgación habría de ser lógicamente más provechosa? Y si es en ello que estriba el mérito de la confesión, ese mérito es odioso. ¿Qué se puede pensar de un precepto irremediablemente contrario a la justicia y a la probidad?

—Pero ella es una disposición de la iglesia y, como tal, provechosa a las almas para su salvación.

—Eso es lo que ustedes se imaginan o aparentan creer. Toda imposición de la iglesia debe ser buena, porque es un mandato de ella. Esa es la razón del porque sí, y semejante absurdo no puede caber en los cerebros que piensan. Determinarse a vivir sujeto a semejante idea, sería renegar de la razón y someterse a la esclavitud de la ignorancia. La salvación del alma debe estibar en las obras de ella y no en una fórmula, como es la confesión del pecado. Yo no creo ni en el premio ni en el castigo futuros de un más allá, sólo venero la virtud y condeno todo aquello que contribuya directa o indirectamente a proteger la injusticia.

—¿De modo que el moribundo tampoco debe, según usted, confesar sus culpas antes de presentarse a Dios?

—Tampoco; ¿para qué? El reo no tiene que vindicarse ante un juez de parroquia en los momentos en que la Alta Corte le espera para escucharlo, porque la sentencia del inferior es nula ante la del superior; y ya que el Dios personalista de ustedes está dondequiera viendo nuestros actos, no ha de necesitar de intermediarios que precisamente no pueden juzgar como él, puesto que no tienen su videncia. Al sacerdote se le puede engañar, a Dios no. No es menester confesar la falta para arrepentirse, y si el arrepentimiento es lo que salva, ¿para qué la confesión aquí abajo? Además, el clero actual está hasta cierto punto desmoralizado, y es ello lo que constituye la asechanza de la confesión. Llegará un día en que perderá hasta la confianza de los mismos que hoy le creen a ojos cerrados.

—¡No diga eso, Alfredo, que es una herejía; y en presencia de Bartolomé! —exclamó la Señora de González, como aterrorizada.

—Pregono mis ideas, señora, sin temor ninguno, porque publicándolas es que pueden combatirlas, y combatiéndolas es que se me da campo para triunfar y hacerlas predominar sobre ese cúmulo de creencias erróneas, absurdas y caducas. Miles de ejemplos se pueden citar sobre la desmoralización del sacerdocio actual. No hablo de todos, porque en toda regla hay sus excepciones, pero sí de la mayor parte.

—No crea usted eso —replicó Bartolomé.

—¿Que no lo crea? Pero si constantemente lo estamos viendo. Los curas no son ya los escrupulosos representantes del Mártir del Calvario, no. Se han convertido en mercaderes de sotana que comercian con aquellas almas sometidas voluntariamente al yugo de la ignorancia, al hacerse creyentes furibundos del sofisma y teniendo la verdad como una herejía; y ya vemos, especialmente en nuestros pueblos, cómo abandonan en la cátedra sagrada su verdadera misión. El púlpito se ha convertido actualmente en una tribuna política; la paloma blanca que sobre él se cierne, lejos de servir de escudo a la predicación del Evangelio y de la moral, contribuye actualmente, por lo que simboliza, a dar más fuerza a los corazones débiles para abrigar ridículos sentimientos. ¿No es esto una desmoralización?

—No habrá visto usted eso aquí —dijo Bartolomé.

—Es donde lo he visto con más frecuencia.

—No sería el padre Ambrosio quien tal hizo.

—Imposible, ese es un santo varón —agregó la señora de González.

Alfredo sonrió con una sonrisa maliciosa ante las palabras de la viuda mientras se fijaba de un modo extraño en Bartolomé, quien vio en ello el alerta de un enemigo terrible.

—No hago alusión personal —continuó Alfredo sonriendo—. He generalizado mis ideas, y como he hablado de una hablaré de todas, ya que me hallo en presencia de dos contendores. Si hoy encuentro la cátedra sagrada corrompida, más lo está el confesionario, por lo mismo que en él se esconde el misterio. Es irremisiblemente un sitio de perdición.

—¡Jesús! —exclamó la viuda.

—No se asuste, mi señora, pero escúcheme. La iglesia ordena la confesión desde que la joven llega a una edad en que, por ley natural, es imposible que conozca ni se dé cuenta de ciertas faltas mundanales. El confesor para cumplir estrictamente con su obligación tiene necesariamente que entrar a averiguar si han sido cometidas o no, y al hacerlo instruye involuntariamente de ellas a la joven que ha llegado al confesionario inocente y que sale de él sin pureza de alma; un instante ha bastado para que el encargado de conducir sus ovejas por el camino de la moral eche por tierra el candor que ha sido alimentado y vigilado en el templo del hogar. Usted se ha confesado y no ignora nada de esto. ¿Es o no un sitio de perdición el confesionario? Además, el sacerdote es un hombre sujeto a las flaquezas humanas, y expuesto se está a que llegue un momento en que le falte voluntad para vencerlas; entonces se olvida de todo, hasta de su ministerio, y el confesionario pasa a ser el mostrador de una gran pulpería donde se truecan absoluciones nada sinceras, especie de monedas falsas, por los goces impuros; el honor rueda al abismo, el crimen queda envuelto en el misterio, y el tigre, ya enviciado, continúa en su guarida esperando nuevas ovejas; he allí la acechanza de la confesión. Esa es, no lo dude, la situación de esas almas que viven embaucadas, sujetas solamente a las lecturas del libro de misa, almas que ven en la reflexión un fantasma y en las ideas que combaten los principios contraproducentes de la iglesia, una profanación.

—La iglesia es la mansión de la justicia, porque allí todos son iguales —exclamó estúpidamente el sobrino del cura, aturrido ante las palabras de Alfredo.

—¿Igualdad?... No la veo. La cabeza, el centro común de esos que se llaman apóstoles del cristianismo, el representante de aquel que nació en un sencillo pesebre de Nazareth, y que hizo su peregrinación por la Judea descalzo, y acompañado tan sólo por doce enamorados de sus palabras y bohemios como él, vive entre millones, vistiendo zapatillas bordadas en piedras preciosas, gastando lujosas carrozas, cuidado por guardas, en confortables habitaciones y saboreando manjares exquisitos; y si es en la iglesia, se consagra en cálices de oro, se visten casullas de fina seda y se usan muelles cojines; en tanto que el pobre, el eterno mártir de la humanidad, la víctima del

infortunio, se muere de hambre sin hallar un mendrugo de pan que llevar a la boca. ¿Dónde está entonces la igualdad?

—En algo debe distinguirse el superior del inferior.

—Luego en la iglesia católica hay jerarquías, y la existencia de éstas es incompatible con la igualdad. Además, la superioridad de aquellas estriba en el lujo; no puede haber pues humildad, y como tal no puede ser esa autocracia religiosa la representante fiel del Cristo. ¿Por qué no se funda ella en ser más caritativa, más condescendiente y más generosa que el resto? Si cifra su orgullo en la ostentación humana, es esclava de la vanidad, y si está expuesta a la flaqueza, sus miembros como los de los demás hombres son capaces del error, de la perfidia, de la iniquidad, y no pueden creerse superiores a los demás. De nosotros los diferencia solamente el ropón negro que gastan y muchas veces el vicio que es en ellos más acentuado cuando nuestras virtudes son más grandes. ¿No es cierto, señor Yépez?

Bartolomé iba a replicar, pero la sonrisa maliciosa que de nuevo vagó por los labios de Alfredo, le contuvo.

—En cuestión religiosa nadie convence a otro —dijo la viuda.

—Pero los principios se deben divulgar para que se conozcan, y más cuando nos encontramos en presencia de un antagonista. De la discusión sale la luz, y sin la lucha no puede haber victoria ni derrota.

La intención del joven Blanco empezó a alcanzar el resultado apetecido, y desde esa noche se tuvieron por enemigos, aunque sin comunicárselo. Cada uno comenzó a prepararse para una lucha que se hacía irremediable, y en la cual había de pronunciarse necesariamente el *vae victis* del galo. La superioridad de Alfredo sobre Bartolomé era manifiesta; pero éste se preparaba para vivir alerta, por aquello de que no hay enemigo pequeño y que los contrarios de esa clase no dan el frente sino que hieren a mansalva. Yépez contaba con la palanca del padre Ambrosio que había de ayudarle a propagar en la sociedad del pueblo las ideas con que contaba para desacreditar al joven Blanco, dándoles fuerza con la autoridad que ejercía sobre las mujeres especialmente. Le rebajaría a los ojos de los guarapaneros, tenía que inutilizarlo.

La conversación siguió versando sobre asuntos diversos, en la cual las miradas de los futuros contrincantes se encontraron más de una vez como provocando la lid.

Cuando Bartolomé se paró para despedirse, estrechó la mano de la viuda, y como ésta se esforzara en realzar las virtudes del cura y de su sobrino, mientras le recomendaba saludase a aquel, el joven Blanco sonrió con la misma sonrisita maliciosa e irónica de antes, y cuando Bartolomé le hizo una ligera inclinación de cabeza ya para retirarse, repitió la sonrisa y le envolvió en una mirada penetrante que hizo temblar ligeramente al llamado sobrino del párroco.

V

En tanto el tiempo corría con sensible rapidez. Pasaban los últimos días del mes de septiembre; ya las vacaciones de la Universidad Central habían terminado, y al joven Blanco sólo le quedaba de plazo hasta el 15 de octubre para poder incorporarse al curso del ya comenzado cuarto año de derecho; pasado ese tiempo, y con él la prórroga que en tales casos concede el reglamento universitario, no podría, a menos que ciertas influencias políticas le ayudasen, continuar sus estudios con la regularidad de antes.

Su salud se quebrantaba, sus carnes se enflaquecían, una palidez, cada día más y más intensa, invadía su rostro, y hasta algunas canas habían aparecido entre sus cabellos negros. De expansivo que era, se había vuelto retraído; a la neurosis había sucedido una especie de apatía.

Hay ciertas afecciones morales que debilitan las naturalezas mejor constituidas; la de Alfredo no era muy vigorosa, y la contrariedad que sufría su carácter al sentirse impotente para vencer la pasión que le dominaba, la minaba soberanamente. Misia Matilde, con esa preocupación que despierta en las madres el menor achaque del hijo, y atribuyendo ese cambio al calor sofocante de esos días, le instaba a

que se fuera al campo, pues Caracas estaba muy lejos, y ella le quería tener a su lado hasta que recobrase la salud perdida. ¿Quién le podría cuidar mejor que ella? ¿Qué importaba que perdiese uno o dos años de estudio, cuando era joven y muy bien podría recuperarlos más tarde?

Alfredo había intentado por varias veces seguir los consejos de su madre; pero tras la intención venían casi al mismo tiempo el arrepentimiento y los reproches a sí mismo. ¿Cómo abandonar la lucha amorosa que sostenía con Marta desde su llegada al pueblo? Irse era declararse vencido, pregonar una debilidad que no existía en él; y si hasta entonces habían sido insuficientes sus súplicas, quizás después, si se ausentaba del teatro de la lid, llegaría a verse despreciado por la linda guarapanera. La elección no era dudosa, tal como él se presentaba su situación; permanecería allí hasta lograr dominar aquel corazón, en el cual parecía anidarse más bien un capricho que la indiferencia.

Ambos se veían con frecuencia, pero si los ojos de Marta hablaban harto elocuentemente, sus labios permanecían mudos; como que le escudriñaba en el estudio que hacía de él, pero con un escudriñamiento minucioso, con una escrupulosidad nada común. Ya hemos visto la esperanza que concibió Alfredo la noche de las fiestas de la Asunción, pero Marta no había traspasado ese límite; se había contentado con sonreír a cada galanteo del poeta, y contestar con un ‘después le responderé’ a cada frase amorosa, a cada nueva súplica que aquel le hacía.

Alfredo se desesperaba; la pasión de su alma, cada vez más intensa, se apoderaba de todo su ser; y al oír las contestaciones de la señorita Ramos, sentía muchas veces hasta miedo de no haber aparecido a ésta digno de su amor. Luchaba consigo mismo porque se veía esclavo de una flaqueza humana; sentía que en su cerebro se operaba un desequilibrio, porque amaba. Jamás había creído que llegaría un día en que su carácter se vería inútil para vencer una valla; nunca se hubiera ni siquiera imaginado que le faltaría voluntad para establecer el equilibrio en su espíritu. ¿No era el mismo Alfredo de siempre, el revolucionario audaz que nada temía, el luchador constante e infatigable que se robustecía en el combate? Sí, era el mismo, pero sus fuerzas físicas le abandonaban poco a poco, le iban dejando solo

en aquel laberinto de ideas que se aglomeraban en su mente cuando quería darse cuenta de su situación. ¿Por qué se dejaba dominar por la vehemencia de una pasión? ¡Oh, débil naturaleza humana! ¡La potencia moral falta cuando la física se aniquila, el espíritu sucumbe cuando la carne muere! ¡El hombre será eternamente esclavo de la materia, su eliminación es incompatible con la vida!

A medida que las contrariedades se le presentaran, lucharía con más anhelo; a las ansias de su alma se aunaría el amor propio contrariado, no cedería un palmo de terreno. Marta sería de él, aunque el primer beso que le diese fuera el canto apoteósico en el festín de la muerte. Esos eran sus propósitos.

Las noches las pasaba casi en vela, examinándose, escudriñando sus actos con la minuciosidad del pecador que se dispone a confesar sus culpas, recordando su vida pasada y comparándola con la presente. Nada encontraba en él de reprochable, sus mismos principios sanos, hermosos, sublimes, eran una certificación de su modo de ser; no los pregonaba con hipocresía: la práctica constante que de ellos hacía, decía que obraba con franqueza. ¿Sería que su mismo deseo le engañaba, impulsándole a ver como bueno lo malo? No, él había medido sus acciones antes de sentirse presa de esa crisis que le poseía, y siempre había optado por lo mejor... ¿Era que Marta no le quería? ¿Se habría equivocado en sus apreciaciones?... ¡Tampoco!... Con sus miradas cuando se hallaba cerca, con ese empeño que parecía mostrar en buscarle, con esa constancia en venir a la ventana cuando escuchaba sus pasos, con todo aquello, en fin, que, aunque indiferente para los extraños, es en el hombre que ama un aliciente poderosísimo para sus esperanzas de enamorado, le había dicho lo contrario. ¿Pero por qué sus labios no se entreabrían para pronunciar la frase que tantas veces le había pedido, y que deseaba como un sostén de su vida? ¿Por qué no hablar si le amaba, cuando el sentimiento sincero, puro e irreprochable se ha de delatar para que todo el mundo pueda conocerlo y sepa apreciarlo? Sí, Marta debía de quererle con un amor desinteresado, porque en su alma no podía haber la hipocresía. Sin embargo permanecía callada. ¿Era que ella, a quien había soñado distinta a la mayor parte de las mujeres, se gozaba con la mortificación? No, Marta no podía ser cruel, no era un verdugo. Alguna causa desconocida por él determinaba esa actitud que engendraba ya

una situación insostenible. ¿Cuál sería esa causa?... Los pensamientos golpeaban su frente, la duda se ensanchaba, las suposiciones se hacían más terribles, y el pesar debilitaba su corazón como un puñal que se clavara en él y lo hiciera chorrear sangre; y así, de reflexión en reflexión, de presentimiento en presentimiento, de incertidumbre en incertidumbre, con la vista perdida en el vacío como buscando algo que no encontraba en sí, y que le era necesario, Alfredo veía pasar las horas entre la soledad de su cuarto, mientras sus ilusiones subían más y más para ir a desvanecerse, como las espirales de humo de su cigarro, en las regiones a donde no alcanzaban sus ideas.

Marta, por su parte, sostenía una lucha igual consigo misma, lucha en la cual predominaban sus escrúpulos de mujer incapaz de hacer el mal a nadie. Quería a Alfredo, le adoraba, veía en él la satisfacción de sus deseos y la realización de sus planes; pero una preocupación social se interponía entre ella y su ídolo. La lucha era en ella más cruenta, más penosa, porque era mayor la debilidad de su espíritu; la indecisión era atroz.

Sabía Marta que no era hija de don Antonio y doña Anselma; pero si en el pueblo no se tenía noticia de su verdadero origen, no lo ignoraba ella. Una conversación que por casualidad sorprendió entre los esposos Ramos, la había puesto en conocimiento de un secreto terrible: ella, la reina de la belleza en Guarapaná, la envidiada por más de una y admirada por muchos, la que sus amigas consideraban protegida de la dicha, era una expósita, la víctima de uno de esos corazones de piedra, de una de esas almas insensibles que son incapaces de ser madres, porque si cumplen con la misión orgánica de la hembra cuando entra en relación con el macho, no poseen esa hermosura moral santa ni sienten ese cariño infinito que caracteriza la naturaleza psíquica de aquella que nos dio el ser. El acto de la reproducción es una de sus funciones, el amor acendrado y peculiar es el complemento inmediato e irremediable que la eleva a la categoría de madre. Sus padres, monstruos quizás, la habían abandonado al azar, a las volubles disposiciones de la suerte, porque el conocimiento de su existencia les era sin duda importuno, y un criado de don Antonio la había recogido, entre los rigores de una noche tempestuosa, cuando en servicio de su arrió pasaba por una quebrada cercana al hato “El Encantado”, propiedad del señor Ramos. Hasta allí sabía la joven;

¿pero dónde estaba el que la había engendrado?, ¿dónde la que la había concebido?, ¿cuáles de los que a diario veía conocían necesariamente el secreto de su nacimiento?, ¿quiénes eran? Estas preguntas se las hacía Marta sin llegar a encontrar una contestación precisa, y en ello veía un inconveniente insuperable para aceptar a Alfredo. No le podía engañar, no le engañaría nunca. Al aceptarle como esposo tendría que hacerle esa dolorosa confesión, ¿y no cambiaría ella la conducta de Alfredo? Si él, a pesar de todo, despreciaba esa preocupación, ¿haría lo mismo misia Matilde?, ¿no se vería expuesto a que la sociedad le señalara con el dedo?... ¿No equivalía eso a hacerle desgraciado?... ¿Merecía él eso? ¡No!

Marta y Alfredo parecían ser dos víctimas de una misma falta completamente ajena a ellos. ¿Qué podían esperar?

La sociedad es exigente, y algunas veces hasta intransigente. Dispuesta siempre a rechazar la falta, la condena con la austeridad del desprecio, sin reflexionar que de su mismo seno emanó. La prostitución de los tiempos, un egoísmo innato que parece poseerla, una perfidia que se la absorbe, una falacia constante que la invade, la hacen marchar camino de una decadencia en que las virtudes nada abogan, la maldad se señorea, y en que más puede una calumnia bien urdida que hechos comprobantes. La hipocresía que se esconde en ella, la ignorancia completa de sus defectos en que vive, engreída como se halla de su poder, el virus de la ficción que la envenena, la corrompen gradualmente hasta aniquilar en ella los más grandes sentimientos. Y así vemos a muchas mujeres como a muchos hombres que, sosteniendo una vida alimentada por ese ambiente que los rodea, resumen todo en la fórmula de la conveniencia; nada les importa sacrificar su mayor afecto, ni llegar a la mayor de las abominaciones toda vez que ello, en su provecho, encubra una falta, permitiéndoles así continuar gozando de consideraciones que no merecen, embriagándose con el vino de la mentira en la bacanal del vicio. No reflexionan al cometer el delito, obran como locos; y bien podría esa inconsciencia valerles el perdón, si no aumentaran aquel con acciones criminales que los hacen esclavos de una depravación moral. No ven el carácter del defecto, no miden la acción antes de ejecutarla, y muchas veces entre los jueces de hoy hay acusados de ayer que con astucia han sabido echar un velo sobre sus hechos, encubriéndolos con otro mayor.

¡Hombres, cumplid con vuestra misión, pero sin usar careta! ¡Mujeres, sed hembras, pero aprended a ser madres! ¡Oh, sociedad, despójate, si tienes valor para ello, de las vistosas ropas que vistes, y muestra al mundo tus formas tal como ellas son!... ¿No te atreves?... ¿Te horrorizas de ti misma?... ¿Tienes miedo de lucir tus llagas?... Si se hace la punción, ¿chorrearán pus y sangre?... ¿Te duelen las úlceras?

Marta, pues, creía que alguno había que conociese su origen, y que si hasta ahora lo había ocultado, podría mañana por algún evento, por efecto de una de esas mismas maldades, señalarla con el dedo para castigar en ella, con el desprecio de unos y la irrisión de otros, la falta de sus padres que ante ella aparecían descendiendo a un nivel inferior al de los brutos habitantes de la selva, pues si algunos de ellos devoran a sus propios hijos, no los abandonan jamás para que sirvan de pasto a otras fieras. Si se efectuaban sus relaciones con Alfredo, si llegaban a formar un hogar, el día que tanto temía no sería ella solamente la mira de esos moralistas falsos, sino que también el joven Blanco, y le quería mucho para someterlo a semejante prueba que le haría desgraciado sin merecerlo. Mejor era callar su amor, retraerse si se quiere en las manifestaciones que hacía de él sin darse cuenta, y soportar el suplicio ella sola, sin infligirlo sobre otro inocente.

¿Pero no contribuía con su negación a que la salud de éste se quebrantase cada día más y más, quebranto que le podía llevar al sepulcro?... Sí, pero ella confiaba en que un espíritu fuerte como el de Alfredo sabría dominarse, y que su próxima ida para Caracas contribuiría a que esa pasión se extinguiera. Las diversiones, los estudios, la vida de la capital, influirían en su ánimo, y entonces moriría lo que el joven Blanco creía eterno. Lejos estaba Marta de suponer que su pretendiente no pensaba en ninguna de las dos cosas.

Ambos giraban en órbitas diversas; cada uno se hacía sus reflexiones, arreglándose a su modo. Aquel se proponía vencer, confiado en lo que había visto y comprendido; ésta creía en lo contrario, embaucada como se hallaba con sus ideas.

Alfredo, por más que quería hacerse superior a su flaqueza, no lo conseguía; la pasión crecía, las contrariedades se sucedían y su salud aminoraba. Marta, a pesar de sus propósitos, no podía ver a Alfredo ni sentirlo cerca siquiera, sin hacer ostensible su amor. Los dos

se atraían. La ignorancia de un hecho y el escrúpulo de una grande alma se aunaban para interponerse entre la felicidad de dos seres.
Esa era la situación de los dos jóvenes.

VI

En Guarapaná, como en todo pueblo pequeño, los acontecimientos sensacionales son sumamente extraños, y de ahí que las noticias, necesarias a la vida de las multitudes, se forjaran al gusto de cada quien, contándose de antemano con la protección incondicional de ciertos circulitos donde eran acogidas y comentadas.

Esas reuniones se verificaban con más frecuencia en casa de la viuda del general González, que poseía la facultad de escudriñar y averiguar todo lo que pasaba, y que por consiguiente tenía siempre temas y nuevas de esa especie, corregidas y aumentadas según su leal saber y entender. Allí se formaban matrimonios, se hablaba de política, se criticaba a más y mejor, y hasta salían a lucir de vez en cuando los trapitos sucios que, al decir de los concurrentes, se escondían en la respetabilidad de algunas reputaciones parroquiales. La salita de la casa en cuestión era el *rendez-vous* constante de los criticones oficiosos de alta alcurnia del pueblo. Ese circulito era mixto.

Presidía las sesiones nuestra viuda, jamona entrada en los treinta y cinco, que no perdía todavía la esperanza de aprisionar en la atarriya matrimonial sino a otro pez grande como el general extinto, a lo menos a un oficialite de esos que gastan cuello parado, pechera tiesa,

bigote retorcido y perfume en el pañuelo, y que poseyese además algunas lochas, aunque estas provinieran de alguna transacción aduanera o de adquisición *non sancta* en una que otra escaramuza militar; no importaba el origen, lo primordial era que las monedas existieran. Tenía la primacía en la dirección, porque además de ser la más vieja, su lengua venenosa no respetaba nada ni dejaba hueso sano cuando se cebaba en alguno, el retrato se hacía de cuerpo entero. Con su carácter arbitrario y dominante hacía prevalecer su opinión sobre las de sus compañeras, quienes, más por miedo de que las triturara a ellas también que porque creyeran realmente en la razón de su perpetua directora, doblaban la cabeza y se inclinaban contritas en señal de asentimiento.

No pasaba en esa republiquita de malas lenguas lo que en algunas de las nuestras, que el magistrado impone indirectamente los candidatos para los puestos superiores. ¡No, señor! Allí había elecciones libres; la votación era pública y en nada de lo que a esto se refiere tomaba parte la señora de González. Por eso no se podía considerar como favoritismo que ocupase el segundo lugar Carmencita, la hija mayor de la casa, que a no ser por la edad habría entrado en competencia con su madre, pues a decir verdad la aventajaba en el arte de la murmuración. Grande injusticia cometeríamos si la despojásemos de sus prendas, al César lo que es del César. Delgada y larga como mástil de navío, con la cara siempre llena de afeites para hacer gala de encantos que estaba muy lejos de tener, y exageradas sus formas por una colección de artificios, era la princesita de aquella corte.

Seguía a ésta el señor don Justo Calatrava, sujeto que frisaba en los cuarenta y ocho; rechoncho, mofletudo, de carácter engreído, muchas veces agrio y jamás condescendiente; egoísta, presuntuoso, y egotista hasta la exageración; su adoración por el yo era repugnante. Siempre encontraba peros en lo que hacían los demás y creía irreprochable sus acciones; era uno de esos tipos que se imaginan infalibles, que ayunan tres veces por semana, rezan diez al día, y que no pierden ocasión para hacer ostentación de sus riquezas y de pregonar con entusiasmo las heroicidades de su juventud, no sin exagerarlas a su arbitrio. Su mayor orgullo lo cifraba en haber sido el muchacho más tremendo de Guarapaná y en ser para entonces el acaudalado más poderoso del pueblo.

El resto de la asociación lo formaban las pocas amigas íntimas de la casa, uno o dos enamorados de las tertuliantes y el sobrino del padre Ambrosio, que se hacía necesario por aquello de la recomendación de los H.

Cuando no se veía a Bartolomé en la tertulia se le mandaba a buscar, pues Carmencita pedía ya de por Dios un novio, y como a ninguno de los guarapaneros creía la viuda digno de la mano descarada y resbalosa de su hija, cifraba sus esperanzas en que el sobrino del párroco entrase a formar parte de la familia, lo cual la honraría indudablemente, pues su origen esclarecido —como que era de sangre azul— y su conducta intachable llenaban el molde de sus deseos.

Yépez no había dejado de comprender el motivo de tanta atención, y como la ocasión la pintan calva, no perdía tiempo de galantear a la joven González, aunque bastante lejos estaba de él la idea del matrimonio. Quería pasar el tiempo divertido, y llegar si posible le fuere a alguna de sus fechorías. Carmencita recibía los galanteos del joven con una marcada coquetería aprendida en el bufete de la viuda que cuando muchacha era, según las crónicas, de las de adelante en la materia, y con gestos y sonrisitas picarescas daba a entender que no le era desagradable la coyuntura.

Bartolomé, práctico en el arte de la seducción, discípulo aventajado de la asechanza y sectario furibundo de la maldad, viendo que la chica le inducía, no tardó en declararse, sin perder de vista sus proyectos. Hubo muchas morisquetas por parte de la hija de la viuda, admiración afectada porque un joven tan elegante como él y digno de una mujer más hermosa se hubiese enamorado de ella tan perdidamente, protestas de que los hombres actuales eran muy olvidadizos, y que pasado el tiempo, ni siquiera se tomaban el trabajo de recordar a la paloma seducida, jueguitos con el pañuelo, palabritas casi imperceptibles, suspiros entrecortados, y miles cosas más; pero al fin Carmencita cedió, y Bartolomé empezó a desarrollar sus planes.

Desde entonces no faltaba a las reuniones de la viuda, y de vez en cuando iba a beber donde ella el café negro del mediodía que en Guarapaná es clásico.

Carmencita, casi fuera de sí y aunque su presunto amante no le había hablado todavía de matrimonio, no pudo prescindir de hacer

partícipe de su futura dicha a sus amigas y hasta de entrar en proyectos demasiado avanzados, como la elección de la tela para el viaje de boda, las personas que habían de apadrinarla y otras cosas más por el estilo. Era una loquilla, una personita irreflexiva que ningún inconveniente veía y que creía como cosa hecha ya la realización de sus anhelos de esposa en perspectiva. Algunas de sus amigas solteras la envidiaban, y al decir de la gente, más de una había hecho promesas a san Antonio para que, lejos de proteger, diese al traste con el proyectado matrimonio; y aunque en presencia de la preferida de Bartolomé eran unas santas que con la mejor buena intención del mundo alababan el gusto del novio y la dicha envidiable de la novia, cuando le daban la espalda ponían en práctica las lecciones de la materia: hablaban improperios, botaban sapos y culebras por la boca, se burlaban a más y mejor de Carmencita, y hasta llegaban a asegurar, de un modo que hubiera convencido al más incrédulo, que el sobrino del cura no estaba enamorado de la hija sino de la madre, y que si hacía ostensible su deferencia por la primera, era por disimular sus verdaderas intenciones, pues nada bueno se podía proponer, toda vez que si la señora de González era una viuda apetitosa, ningún aliciente moral tenía para pretender que pudiese ser el báculo de un hogar virtuoso. Lo habían notado así, y nadie mejor que ellas tenía razón para asegurarlo; se hubieran atrevido a meter la mano en la candela y no se habrían quemado. La opinión empezaba a faltarle a Carmencita, y a la viuda le pasaba aquello de “cría cuervos para que te saquen los ojos”.

—Vean a la mocosa —decía Julia a Elena—. ¡Pretender que Bartolomé se case con ella! ¿Habrán usted visto mayor presunción?

—Ella afirma que Bartolomé se lo ha dicho.

—Mentiras, invenciones de esa flacuchenta.

—Sin embargo, ¿quién quita?

—Antes de escogerla a ella hubiera elegido a alguna de las que vamos donde doña Mónica, porque a decir verdad y sin presunción ninguna, entre nosotras hay mejores que Carmencita.

—No se la pasa sino en el espejo.

—El presupuesto es ahora mayor, pues todo el santo día se lo ha de pasar con la cara embadurnada por si al novio se le ocurre presentarse a una hora imprevista.

—Aseguran que los paqueticos de carmín y de polvo no son suficientes; ha habido necesidad de la crema Neuman para los chichotes de la cara. Y mira que tiene bastantes, un pote no alcanza por semana.

—Malos humores hereditarios; el general González, a quien Dios haya perdonado, no era muy santo.

—¿Pero te has fijado en lo fea que está?

—¡Horrible, chica, horrible!

—Y hasta presuntuosa se ha puesto.

—Como ya se cree superior a las demás...

—¡Vaya con la tal Carmencita! ¿Pero quién le dijo lo de la crema?

—Claudio, el boticario.

—Y lo debe de saber.

—Ya lo creo.

Diálogos como éste en que servía de testigo inocente, no digo Claudio, que ni siquiera había visto a la interlocutora, sino hasta quien no conocía, eran los que se sostenían, acompañados de carcajadas burlonas, entre las asistentes a las veladas de la viuda desde que Carmencita había cometido la imprudencia de confiarles su secreto.

De más está decir que el rumor de tales amores se había esparcido por el pueblo con una velocidad asombrosa, pues ¿qué mejor sitio para el pregón que la sala de la viuda, hubiese o no tenida? ¿Quién ignoraba en Guarapaná que allí estaba el foco de todas las noticias? No se necesitaba de mucho para hacer del dominio público lo que interesaba se supiese, porque nuestra heroína en difamación era, como su hija, una mujer incompatible con la reserva, los secretos le hacían cosquillas. Su lengua era un periódico de noticias donde se podía poner avisos en la seguridad de que no habría gato ni perro en Guarapaná que no lo supiera, y para gozar de un reclamo, no había más que pasarle la mano, pregonando su probidad y buenas costumbres, ensalzando su conducta, expresándose con respeto hasta de las fechorías de los H. y alabando el gusto de Bartolomé, por lo que a Carmencita se refería. Quien tal hacía era para ella la persona más sensata del pueblo y salía colmado de gloria de las sesiones cotidianas...

Como Alfredo no la adulara, era en su concepto un ente despreciable; y aun cuando aquél conocía la opinión de la viuda sobre

él, no dejaba de visitar la casa, pero no con frecuencia. Allí le llevaba solamente el deseo de pulsar los ánimos, no sin usar a veces de cierto estilo cáustico que contrariaba a la señora de González y que hacía voltear los ojos a Carmencita, gesto con que la niña daba a comprender su soberbia.

El sobrino del párroco continuaba perdidamente enamorado de Marta; y aunque no había logrado de ella ni siquiera una atención, a pesar de su empeño en hacérsele simpático, abrigaba cierta esperanza y no desmayaba en sus propósitos, impulsado por su amor propio lastimado.

Las siete marcaba el plateado reloj de don Justo, cuando la sala de la viuda se vio invadida por sus obsecuentes visitantes. Aquella noche sería mayor el gasto de kerosene, por lo mucho que había que tratar.

Un ¿qué tenemos de nuevo? lanzado por don Justo fue como el toque de campanilla anunciador de la apertura de la sesión. Nuestra viuda se arrellanó en un mecedor, se arregló las faldas, midió con la vista a su auditorio y como profesor que se dispusiera a dar una clase de moral, se raspó el pecho y contestó:

—Algo gordo, querido don Justo, y malo a la vez.

—Veamos.

—Veamos —repitieron a coro los asistentes.

—Parece que los enemigos del gobierno se preparan, y se teme que el golpe sea pronto; ya tenemos la guerra encima.

—¿Y quién le ha dicho a usted eso? —exclamó el señor Calatrava, dando un salto en la silla como empujado por un resorte.

—No ignora usted que tengo amigos en la capital del Estado que, como adictos a la situación actual, no dejan de olfatear algo y de comunicármelo bajo reserva. Además, aquí donde ustedes me ven, sin salir a ninguna parte, sirvo a mis queridos amigos los H., y con ellos al gobierno; tengo mis espías para todas aquellas casas que me sean maliciosas, y no duden ustedes que por ellos nos pongamos el día menos pensado en conocimiento de algo gordo.

—¿Quiere usted algo más gordo que la noticia de la guerra? —continuó don Justo, pensando en sus corrales de chivos y en las cuentas que tenía pendientes.

—Sí, sorprender los planes revolucionarios.

—Con tal que no sea demasiado tarde.

—No, don Justo; muy pronto, muy pronto, antes que la cosa reviente.

—Entonces, ¿sabe ya usted algo?

—Todavía no, pero sabré.

—¡Ah!

—Si es así, debemos felicitarlos, y pregonar su celo por la causa —dijo Bartolomé.

—¡Bah!, ¡lo que me importa la causa! Si hago eso es por los H., pues ¿qué puedo esperar del gobierno?

—Todo lo bueno —contestó el señor Calatrava—. Si por medio de usted se pone el general en algún hilo de la conspiración, no dude ni por un momento que le espera un empleíto cónsono con su sexo. Él sabe recompensar los servicios que se le prestan, y a los grandes de usted con mayor razón.

—Téngalo usted por seguro.

—Sin embargo...

—Cuenta con mi apoyo decidido, y prosiga en sus propósitos.

—¡Gracias, don Justo!

—¿Y qué más hay de nuevo?

—¿Le parece a usted poco?... Sólo me falta averiguar quiénes son los que alientan aquí la cosa, para dar al traste con sus planes.

—Creo que se debe vigilar mucho a Alfredo Blanco —dijo Bartolomé al oído de don Justo.

—Ciertamente —contestó este.

—¿Qué decía Bartolomé, don Justo? —preguntó la señora de González.

—El aludido se inclinó, y pronunció en voz muy baja el nombre que acababa de iniciar el sobrino del cura.

—¿Ese mentecato? —continuó la viuda—. No se atreve a matar una pulga, cuanto más a meterse en esos berenjenales.

—Pues vea usted —repuso Bartolomé, llamando más la atención sobre el joven Blanco—. Aunque no le trato, porque, como a casi todos ustedes, se me hizo antipático desde la noche aquella en que usted me lo presentó, le he encontrado varias veces en compañía de ese Manuel Mendoza, que es otro mentecato, y me ha parecido adivinar en ellos cierto misterio que no se puede relacionar sino con su noticia.

—Sin embargo... ¿Quién sabe?

—Sí, hay que vigilarlo —agregó don Justo.

—Lo haré así, ya que ustedes se empeñan; pero no espero alcanzar ningún resultado —contestó la viuda.

—De donde menos se piensa salta el conejo, doña Mónica.

—Es verdad. A ustedes que son hombres les toca atisbar sus actos más de cerca.

—Sin duda; pero como quiera que él no frecuenta nuestro círculo ni nosotros el suyo, nos será difícil ponernos en expectativa sin despertar malicia. A usted, que tiene su cuerpo de espías organizado, le es la cosa más fácil. Despliegue su actividad que nosotros la secundaremos.

—Desde mañana empezaré.

—Por supuesto que no será él solo, debe de haber otros que le acompañen.

—Pero sin duda que es la cabeza, y apachurrándola se mata la culebra —exclamó Bartolomé.

—La cuestión está en sorprenderlos —continuó don Justo—. Trate de averiguar el lugar donde se reúnen.

—Está bien.

—Sobre todo, hacerse la desentendida y no hablar ni una palabra, porque las paredes oyen y una imprudencia puede trastornar nuestros planes. Mucho tiento, doña Mónica.

—No es por alabarme, pero en eso creo tener más experiencia que ustedes, con perdón de sus profundos conocimientos políticos.

—No lo dudo, pero oiga mis consejos, porque si no podemos obrar en falso.

—Pierda usted todo cuidado, que no es ese el tipo que se la juega a Mónica de González.

—Ya lo creo —apoyó el sobrino del cura, halagando a la viuda.

—Mi marido, que en paz descansa, era guerrero y político; y si no me dejó ni un centavo partido por la mitad, me regaló en cambio con mucho al darme a conocer las entradas y salidas de esas guachafitas. Aprovecharé sus lecciones, y ya verán esos señores revolucionarios con quién se las van a entender. Déjelos de mi cargo, que con la ayuda de ustedes, no pasarán muchos días sin que les desbaratemos el castillo que sin duda tienen ya formado.

—Los que fomentan la guerra son unos criminales. El país está ya cansado de esas cosas.

—Así parece, pero nunca faltan algunos amigos que los acompañen.

—¡Ya, ya!... Por aquello de las gratificaciones, haya o no triunfo.

—Seguramente. Los más van a los campamentos revolucionarios por robar que por defender un partido, y si ahora revienta una, sí que será tremenda, don Justo. ¡Imagínese a los suaristas con las armas en la mano!... ¿Quién los aguanta, ¡Dios mío!?

—Está en nuestro bien ayudar al gobierno, pues lo que son esos canallas nos arruinan.

—Hasta el pellejo nos lo quitan.

Las otras concurrentes, tan pronto como se dieron cuenta de que la viuda quería tratar de política, la dejaron sola con don Justo y Bartolomé, y formaron otro grupo con los incansables y montunos enamorados que fueron más de una vez los monos de la fiesta. Si en aquel era la directora doña Mónica, en éste era Carmencita.

—¿Y qué hay del baile? —dijo ésta.

—Dentro de pocos días nos divertiremos, ya las Martínez se preparan.

—No creo que quede muy bueno, porque no son ellos tan generosos que digamos.

—Sin embargo...

—Ya lo verás, chica. No te hagas muchas ilusiones, conozco a los tipos.

—¿Me cede usted el primer turno? —exclamó uno de los enamorados.

—¡Ay, Dios! —repuso Carmencita— ¡Si usted supiera!... pero no, no se vaya a decir...

—¡Vamos, chica, dilo! —dijo una de las amigas—. ¿La tienes comprometida?

—Sí.

—Era de esperarse.

—¿Con quién? —agregó el jovencito.

—Con Bartolomé —repuso al fin, exhalando un suspiro e inclinando la cabeza como ruborosa.

—¡Al fin te decidiste! —dijo otra amiga—. Chica, ¡a quien Dios se lo dé, san Pedro se lo bendiga!

—¿Puedo contar entonces con el tercero?

—¡Pero qué casualidad!... Se ha antojado usted de los que ya tengo ofrecidos.

—¿También está comprometido?

—Sí, señor.

—¿El quinto entonces?

—Ese... sí. Puede contar con él.

—¡Gracias a Dios que atiné!

—Estoy deseosa de que llegue esa noche, porque al fin tendremos algo de que hablar.

—De qué hablar hay siempre. Yo que casi nunca salgo de casa sé más que ustedes.

—¿Qué se ruge?

—Muchas cosas, mujer, muchas cosas.

—¡Bota lo que sepas!

—Hay quien dice que Alfredo Blanco está muy enamorado de Marta Ramos, pero parece que ella no lo quiere.

—¿Pero qué tendrá esa mujer para que todo el mundo se enamore de ella?

—Nada, chica, ni simpática es.

—Sin embargo, no es fea.

—¡Bah!... No pareces mujer, eres poco maliciosa o te quieres hacer la que nada sabes.

—Ni lo uno ni lo otro.

—No dudes que esos colorcitos que luce se quedan por la noche en las almohadas.

—Participo de la opinión de Carmencita —dijo el jovencito.

—¿Me han de creer ustedes?... Curiosidad tuve una vez de averiguar si eran verdaderos los encantos de la tal Marta, y con el pretexto de pasear la mañana, me fui a casa de doña Anselma. Como quien no quiere la cosa entré al cuarto de la chica que aún no se había levantado, y ¡qué decepción!... ¡me espanté de la palidez de su rostro! ¡Aquello no era carne sino huesos! Todo es engaño, chica, te lo digo yo que lo vi con estos ojos que se ha de comer la tierra.

Así mentía la hija de la viuda.

—Sin duda que irá al baile.

—Ya lo creo, ¿cuándo es que ella pierde fiesta? Ya la verás más esponjada que un pavo.

—Y con razón.

—¿Por qué?

—Porque los hombres le han hecho comprender que es muy bonita con sus continuos piropos.

—¿Y los habrá creído?

—No estaría tan engreída, si así no fuese.

—¡La pobrecita!... ¡No comprende que es una burla!

—Está poseída de que todo es cierto.

—En el baile podríamos averiguar si es cierta la noticia de Carmencita. Si Alfredo la pretende, algo deben de dejar entrever.

—¡Buena idea!

La conversación se generalizó, expandiéndose cada quien en sus nuevas y resaltando más y más en la murmuración. Puede decirse que casi nadie se quedó atrás. Hasta Pepito, uno de los enamorados, que a duras penas hablaba, se desató contra un pobre pulpero que le había vendido, según él, cigarrillos falsificados.

Como ya se hacía algo tarde, la reunión se dispuso a dispersarse, y entre apretones de mano por parte de los caballeros y abrazos y besos por la de las niñas, cada quien tomó el camino de su casa, sin dejar de echar antes, a manera de postdata, unos tantos parrafillos en la puerta de la calle, donde se cortaron otras chupas y se repitieron los besos, que en la mayor parte escondían el veneno de los labios de Judas.

Doña Mónica pensaba en sus planes políticos; don Justo en lo mal que le iría si estallaba la revolución, pues su conciencia no estaba nada tranquila; Carmencita, en el descubrimiento que esperaba hacer y Bartolomé en inutilizar a Alfredo, pues ya le odiaba como el reptil al águila, como la estupidez a la inteligencia, como lo pequeño a lo grande, como lo ruin a lo noble, como la putrefacción a la antisepsia.

VII

Cuatro días después, se festejaba en casa de los esposos Martínez —familia acomodada del pueblo— el cumpleaños de Mercedita, la hija mayor del matrimonio.

Desde por la mañana se notaba en ella un movimiento nada común. Peones cargados de sillas, lámparas y mesas, entraban y salían; las niñas limpiaban cuidadosamente la sala, arreglaban los muebles y colocaban las cortinas, mientras la madre de la agraciada se ocupaba en lavar platos, copas y cucharas, acomodarlos con orden sobre una larga mesa cubierta por un mantel blanco, al mismo tiempo que atendía la cocina donde se preparaban los brindis, pues las sirvientas son siempre muy descuidadas, y temía ella mucho que quedaran malos. Hubiera sido una gran pena para la señora de Martínez que en su casa se ofreciese a los invitados una conserva baja de punto, un bizcochuelo quemado o cualquier otro dulce fuera de condición.

Los regalos para Mercedita habían empezado a llegar desde temprano. Ningún miembro de la aristocracia guarapanera había dejado de mandar el suyo; hasta los que nunca se acordaban de la

joven Martínez la obsequiaban, sabían que por la noche habría baile, y el regalo era un reclamo de la invitación. Cada uno que llegaba se iba poniendo en el tocador, en tanto que la portadora recibía recaditos como este:

—Diga usted al señor fulano o la niña zutana que está muy bonito su regalo, que le doy un millón de gracias, y que ya sabe que esta noche tenemos unas vueltecitas, que lo esperamos sin falta, que no deje de venir, porque me pongo brava.

Los preparativos continuaron durante el día, y ya a las siete de la noche las luces que iluminaban la sala de los esposos Martínez, el aspecto engalanado de ésta y los convidados que comenzaban a acudir, traían a las ventanas abiertas de par en par esa multitud de curiosos que se contentan con participar de las fiestas de alta categoría con la vista, entre charlas y opiniones sobre los comensales.

El salón, en su conjunto, parecía un jardincito rico en galas, desde el cual todas las bellas flores humanas de Guarapaná exhalaban los sutiles aromas de su aliento embriagante, y lucían la regia hermosura de sus formas. La profusión de luces, los cuadros artísticamente colocados, las blancas cortinas recogidas por lazos rojos, la limpieza del recinto, todo, en fin, invitaba a gozar de aquellas horas que se iban a pasar entre el loco entusiasmo de la danza.

Todos nuestros conocidos eran asistentes; hasta el padre Ambrosio presenciaba desde uno de los corredores, arrellanado en una poltrona y lanzando grandes bocanadas de humo, la fiesta de los esposos Martínez.

Cuando Marta y Dalia entraron en compañía de doña Anselma, todas las miradas, como sucedía siempre, se posaron sobre los atractivos de sus bellezas que, contrastando entre sí, llevaban por dondequiera la admiración, como diosas triunfadoras que uncieran a su carro victorioso los anhelos caprichosos del amor.

Carmencita, que desde temprano se había trasladado a la casa del baile, sintió honda contrariedad y rabia cuando la atención de los asistentes empezó a ocuparse con avidez de las dos amigas; la envidia y la mala educación que había recibido le impedían ver con buenos ojos el triunfo de las otras; se creía la única merecedora de la distinción; un áspid le mordía el corazón y estuvo a punto de que las lágrimas le saltaran a los ojos a impulsos de la soberbia. Hubiera querido

abandonar la sala, no bailar, irse a su casa, pero la detenía allí la curiosidad de averiguar lo que de Alfredo y Marta se decía, curiosidad que era superior a sus sufrimientos de mujer contrariada.

—¡Que emperifolladas vienen las presuntuosas! —dijo a su madre que se hallaba a su lado.

—Los ricos adornos que gastan son los que las hacen aparecer hermosas. Ellas se las arreglan con sus perendengues.

—Y mira, mamá, qué ocupados están los parejos con ellas. ¡Como que temen quedarse sin una pieza!

—¡Déjalos, hija, déjalos! Algún día se han de convencer de las lagas que ocultan esos vestidos.

—Milagro que no ha venido el tal Alfredo. Por lo que se dice, presumo que no faltará.

—Ya lo creo, el mono nunca falta donde está la mona.

—¿Serán ciertos esos amores?

—Pues mira, hija, no dudo que Alfredo se haya enamorado de Marta, porque los burros se juntan para rascarse, pero esa píldora de que la chica no le haya aceptado, sí que no me la trago yo. Marta es de las que andan en caza de un novio desde hace tiempo, y no habrá sido de las que desprecian la ocasión.

—Esta noche nos convenceremos de lo que hay.

—A lo menos vislumbraremos la verdad.

—Deje eso de mi cargo, que ya le contaré.

Aquí llegaba el diálogo entre madre e hija, cuando se presentó Alfredo, quien —presumiendo que la viuda, Carmencita y Bartolomé, que ya había ocupado su puesto de honor al lado de la familia del extinto general González, habrían cambiado por esa noche el salón de sesiones—, no se dignó ni siquiera a mirar el grupo, y se dirigió directamente a donde se encontraban Dalia y Marta.

—Ya se colocó —dijo Carmencita.

—Desde aquí le podemos vigilar —agregó la viuda.

—No olvide su promesa, Carmencita —exclamó Bartolomé.

—Pierda usted cuidado, mi palabra es de rey.

—De reina querrá usted decir.

—No tengo facha de tal.

—Sostengo lo contrario, y más esta noche, que se halla imperial.

—Gracias.

—¿Conque palabra de reina?

—O de lo que usted quiera.

—¿En todo?

—Absolutamente en todo —contestó la joven González, acompañando sus palabras con una de esas sonrisitas picaronas que usaba cuando quería hacerse entender.

—Y usted, doña Mónica, tampoco se olvide de su asunto —continuó el sobrino del párroco, dirigiéndose a la viuda.

—No me duermo en las pajas, Bartolomé. Esta mañana mandé, y ahora lo haré yo misma. ¿Me entiende usted?

—¡Ya, ya!

—¿De qué se trata? —preguntó Carmencita.

—Después lo sabrás —contestó la viuda.

—Si es que no merezco la confianza de ustedes, avísenmelo para retirarme, porque no me gusta servir de estorbo a nadie, y mucho menos meterme en las cosas ajenas que no me han de dar ni quitar —replicó la señorita González, casi fuera de sí.

—Esta chica es un cherere —dijo para sí el sobrino del cura.

La viuda, que por nada del mundo hubiera contrariado a su hija, pero temiendo que su lengua cometiese una indiscreción si llegaba a saberse el asunto a que se refería Bartolomé, quiso satisfacer su curiosidad con una mentira.

—Fue por verte brava, hija, que hablábamos enigmáticamente Bartolomé y yo —le dijo con mimo, acariciándole la cabeza—. Nos referíamos a lo mismo que tratábamos tú y yo ahora poco.

—¿De los amores entre Alfredo y Marta?

—Sí —repuso doña Mónica, guiñándole el ojo a Yépez como aconsejándole el asentimiento—. ¿No es verdad, Bartolomé?

—Sí, es cierto —contestó el aludido, sin poder disimular cierta contrariedad mezclada de despecho.

En efecto, la noticia de los amores entre los dos jóvenes había disgustado hondamente a Bartolomé; las palabras de Carmencita habían helado la sangre de sus venas, su corazón palpité con violencia y hasta creyó que la respiración le faltaba. Marta, a quien tanto había suplicado, la mujer de quien hacía tiempo estaba profundamente enamorado, amaba a otro hombre, y ese hombre era su mayor enemigo, porque, aunque nada le había hecho, lo odiaba con todas

sus fuerzas. Ya ese odio se desbordaba; érale, pues, necesario emplear cuantos medios estuviesen a su alcance para inutilizar por completo a Alfredo, para hacerlo indigno a los ojos de la señorita Ramos, para separarlo de ella, aunque para eso tuviera que acudir a la calumnia, a la traición, a la asechanza... al crimen, si preciso fuera. En sus manos tenía un modo para hacerlo ir a una prisión; pero eso era simplemente una sospecha que necesitaba pruebas. Doña Mónica se las había ofrecido, ¿pero para cuándo? En tanto que no las tuviera, aquellos dos seres seguirían viéndose diariamente, fomentándose mutuamente el amor, hablando a solas, contándose sus proyectos, y esto le crispaba los nervios, le hacía temblar de rabia, le paraba los pelos de punta. No podía permanecer cruzado de brazos pensando en esas cosas que le atormentaban... ¿Pero qué hacer?... Alfredo despreciaba la calumnia, no haría caso de lo que él pudiera inventar para deshonrarlo ante la sociedad. Además, Marta no era una niña inexperta fácil de engañar ni incapaz de conocer suficientemente a su amante; ¿y qué ganaba con que los guarapaneros le creyeran si ella no hacía caso de sus invenciones? Luego, aquella sonrisita de Alfredo que lo dominaba como una corriente magnética que invadiera su sistema nervioso, y si el joven Blanco le pedía cuenta de la ofensa, no tendría fuerzas para enfrentársele, porque conocía perfectamente que era un cobarde. ¡Ah, el crimen... el crimen! Este era el único medio que encontraba el depravado sobrino del padre Ambrosio para aniquilar a Alfredo y librarse de él; pero el malvado tiembla también ante la idea del asesinato: la misma corrupción de su alma lo hace esclavo del miedo; su misma conciencia prostituida lo hace volver atrás en los momentos de crisis... Además, ¿no podía ser eso muy bien una nueva invención de Carmencita? ¿No se sabían a cada paso noticias falsas de esa especie en las reuniones de doña Mónica?... Sin embargo, vigilaría a Marta, a Alfredo, a todos, a ver si sorprendía algo. Estaba enajenado por los celos, en cada semblante le parecía ver un delator de lo que tanto temía; la desesperación lo llevaba a la irreflexión que, como creación infernal, infiltraba más veneno en su espíritu canceroso, dándole vida a los vicios que en él se escondían, y su odio hacia Alfredo crecía y crecía, como aumentan los hedores miasmáticos diariamente en las aguas estancadas.

En esas meditaciones le sorprendió el primer valse que tenía comprometido con Carmencita, y bien hubiera querido dejarlo pasar desapercibido, pero temía perder con ello el terreno que llevaba ganado en los proyectos que tenía formados sobre la hija de la viuda, y —como dice el refrán— “más vale pájaro en mano que buitre volando”. Abandonó su asiento, y ofreció el brazo a su pareja. Casi al mismo tiempo salían Manuel con Dalia y Alfredo con Marta.

Las primeras notas del magnífico valse “Sobre las olas”, que se estrenaba esa noche en Guarapaná, fueron como un botón eléctrico que pusiera en movimiento al mismo tiempo a las parejas, y hombres y mujeres se lanzaron al torbellino del baile, ya tropezando por lo estrecho de la sala, ora abanicándose por el calor que hacía, bien sonriendo a una que otra chanza que se decían los mozos y las muchachas mutuamente. Los enamorados aprovechaban el bullicio para contarse sus quejas y caprichos o recordar alguna promesa, los mirones de las ventanas y de los corredores lanzaban ad líbitum su opinión sobre el modo de bailar de cada uno, los abanicos seguían cumpliendo su misión, la exasperación de los que aguardaban su turno aumentaba, y la orquesta continuaba halagando los oídos con sus preludios cadenciosos, e invitando más y más a soñar mientras se aprisionaba la cintura de alguna linda guarapanera y se aspiraban de cerca los perfumes extraños que surgían de sus formas. Los espíritus se ilusionaban y las esperanzas sonreían a los cristalinos ecos de las notas que con belleza y maestría coordinara la rica fantasía de Juventino Rosas.

Ni Bartolomé ni Carmencita perdían de vista a Marta y Alfredo. Ambos se proponían averiguar lo mismo, aunque con diferente fin; los envolvían en sus miradas como queriendo sondear los corazones de los dos jóvenes y trataban siempre de quedar al lado de ellos en los momentos de descanso. Doña Mónica atisbaba todos los movimientos de Alfredo desde la puerta del camarín que había escogido para presenciar la fiesta, tanto por el fresco como por lo que favorecía sus planes. Poco le importaba Marta; ningún interés tenía en que se casase o no con el joven Blanco; quien le preocupaba era éste. A la sola idea de que su observación sorprendiese alguno de los planes revolucionarios, se le hacía la boca agua y se frotaba las manos en señal de gozo. Hacer un servicio a los H. era para ella una grande honra. Además, bien podía tener razón don Justo cuando le hizo vislumbrar

la consecución de un empleo cónsono con su sexo. El general era agradecido, el señor Calatrava se lo había dicho.

Nuestros dos enamorados no se apercebían de la expiación de que eran objeto. Extasiados ante su amor mutuo, soñando despiertos, se habían detenido en uno de los extremos de la sala; y entre las nuevas súplicas de Alfredo y los aplazamientos de Marta, se pasaban las horas, sin que ninguno de los dos llegase al fin del objeto que se proponían.

Nada que despierte más sensaciones que el baile cuando públicamente nos pone en contacto con la mujer. El brazo aterciopelado que descansa lánguidamente sobre el nuestro transmitiéndonos su calor; la cabeza que se inclina involuntariamente sobre nosotros, como queriendo dormir sobre nuestros hombros el sueño del éxtasis; la mirada que nos abarca con sus efluvios ardientes; el bucle inquieto que tropieza de vez en cuando nuestra frente; los labios que se detienen a corta distancia de los nuestros, como invitándonos a la delicia del beso; el seno turgente que se acerca, como anhelando descansar sobre nuestro pecho, juntar los corazones y palpitar de amor; el balanceo suave de la cintura aprisionada por nuestra mano, y hasta la misma identidad de los pies cuando miden el compás, son motores de las diferentes transiciones que se suceden en el conjunto del ser cuando se echa en brazos de la locura sublime. El joven Blanco, alentado a cada instante más y más por su pasión, había aprovechado esos momentos para exigir de la señorita Ramos una contestación categórica; pero ésta se había contentado con entretenerle, y cuando quería destruir de un golpe la pasión de su pretendiente, sus intenciones se desvanecían, volaban como avejillas importunas, cuando las miradas de Alfredo se posaban sobre ella, quemándole el alma y despertando la intensidad del amor invencible que sentía por el joven. Tenía miedo de hacerlo completamente suyo por la preocupación que la atormentaba, y pavor de perderlo para siempre. ¿Qué hacer? ¿No habían nacido el uno para el otro? ¿No se adoraban? ¿Por qué entonces se atravesaba la incertidumbre entre ella y su dicha?... Aquella lucha entre el deber y el amor se iba haciendo insostenible, su espíritu de mujer flaqueaba, sus débiles fuerzas aminoraban a cada instante.

Vestida de rosado pálido con adornos crema, con el cuello y parte del seno desnudos, y los mórbidos brazos ocultos por anchas mangas

hasta el codo, de donde remataba un guante de cabritilla gris perla sujeto por una finísima pulsera de oro, con la abundante cabellera recogida sobre la nuca y cayendo en cortina sobre sus orejas pequeñas y sonrosadas con sus ojos negros y sus labios rojos, como fresas recién desprendidas de la rama, simulaba la creación plástica del amor envuelta en los arreboles de una mañana de tintes tropicales, y agasajada por los cantos constantes y tiernos de un turpial que, entre triste y anhelante, entonara en el alma de Alfredo el himno de los deseos sobre la enramada multicolora de los ideales.

La pasión contemplativa, la pasión mística que se apodera del artista extasiado ante la visión soñada, la pasión del creyente que implora de hinojos a la virgencita de su altar, se agitaba en el corazón del joven Blanco, cuyos sueños hasta cierto punto confusos, iban como pajarillos que empezasen a sentir la inclemencia del frío, a buscar calor en las pupilas de Marta. ¿Había de perder toda su esperanza?

Al terminar la tercera parte de la pieza, Dalia y Manuel quedaron por una casualidad al lado de los dos jóvenes. La hermosa rubia lucía un traje ricamente guarnecido con encajes, en el cual se notaba una vistosa combinación de colores; delicada muselina de seda lilamate caía sobre un entrevestido azul turquí que a su vez cubría un vestido de debajo de tafetán blanco; el encaje, adornando cuerpo y falda, bordeaba como entredós el escote, semejando una chaquetilla con una segunda tira, mientras una fina cinta de terciopelo aprisionaba la cintura, rodeándola con gracia, yendo a terminar en la falda, anudada en lazo.

—¿Qué tal les va pareciendo la fiesta? —dijo Manuel.

—¡Magnífica! —repuso Marta.

—Pero bailan muchos a la vez —observó Alfredo— y estrecha como es la sala, casi se hace imposible dar un paso.

—Es verdad —agregó Dalia—. Debiera bailarse por turnos de a cuatro; propóngalo usted, Alfredo.

—Lo haré para el segundo valse, aunque creo que sería mejor irnos a bailar al corredor. Invadamos, como conquistadores, el recinto de las viejas.

—Aceptado —contestaron a un tiempo los tres.

—¿Y qué te parece, Alfredo, la facha de nuestro amigo? —preguntó Manuel.

—No te ocupes de él; no merece la pena que uno le haga caso.
—¿A quién se refieren ustedes? —dijo Dalia.
—A Bartolomé Yépez, el sobrino del cura.
—Ese hombre me ha sido siempre antipático.
—A mí, demasiado repulsivo —agregó Marta—. A veces le tengo hasta miedo, pues me parece que su existencia ha de serme funesta.

—Déjate ahora de presentimientos —repuso su amiga.
—Si le estorba, ordene, que sus mandatos son ley para mí —exclamó el joven Blanco, dirigiéndose a Marta.
—Muchas gracias, no me estorba. Y aseguran que se casa con Carmencita la hija de doña Mónica... ¿No fuiste tú quien me lo dijo, Dalia?

—Sí, no me acuerdo a quien se lo oí.
—El matrimonio es virulento, y lo pongo en cuarentena —dijo Alfredo, con ese lenguaje cáustico que muchas veces poseía.

—¿Por qué?
—Los dos son malos: he allí la viruela; sin duda que la noticia ha salido de casa de la viuda: por eso hay que mandarla al degredo de la verdad. ¡Dios quiera que a la viuda no le pese la tal amistad!

—Si algo le pasa, la culpa será de ella —agregó Manuel—. No sería malo que le dieran una leccioncita.

—¡Pobrecita! —dijo Marta—. ¡No sea usted tan malo, Manuel!
—No es maldad, Marta. Si usted estuviera como yo en conocimiento de la conducta de esa señora, sin duda que no abogarí por ella.

—Pero si ni siquiera sale de su casa; es que se habla mucho.
—Casualmente, esas que no salen son las peores. Sin duda que ignora usted las reuniones cotidianas de la viuda, son célebres en el pueblo.

—He oído hablar de ellas, pero sin minuciosidades.
—Pues bien, son el foco de todas las invenciones que se saben en el pueblo; allí se deshonoran familias con la lengua, se ultrajan reputaciones acrisoladas, se averigua lo más insignificante y se destroza lo inmejorable con la crítica soez y repugnante.

—¡Ay, Dios mío!

—Sí, Marta. Todos esos horrores se ven en la salita de doña Mónica; y casi estoy seguro de que no hay uno aquí en el baile que no haya sido anatematizado por la viuda, y cuya reputación no haya pasado por el ascua de la lengua de don Justo, Bartolomé, Carmencita y sus demás contertulianos.

—¿Don Justo también?

—No falta ni una noche.

—Y tan religioso que parece.

—Ahí tienen una muestra de la hipocresía de sus santurriones —exclamó Alfredo—. A cuenta de que rezan el rosario, se dan golpes de pecho y pasan horas enteras en la iglesia, se hacen de una fama intachable ante las mujeres, engañando a la sociedad y haciendo un ídolo de la maldad, escudados por la apariencia de su modo de ser. Son los más adiestrados histriones sociales.

—¿No te ha exigido Bartolomé ninguna pieza? —dijo Dalia, dirigiéndose a Marta.

—¡Cómo no!; pero le hice perder las esperanzas completamente. ¿Y a ti?

—Lo mismo, chica. Ya saben, Manuel y Alfredo, que con ustedes contamos para no quedar mal.

—Sin duda alguna —contestaron a un tiempo los dos jóvenes.

—Adivino lo que le había dicho Marta, que tiene todas las piezas comprometidas. Igual cosa hice yo. Así pues, nuestros programas los acabaremos de llenar con sus nombres —y como viera que Alfredo sonreía maliciosamente, agregó—: intercalando por supuesto. ¿De qué se ríe usted, Alfredo?

—¿Yo?... de nada.

—No sea tan malicioso.

—Si en mi sonrisa ha visto la malicia, usted sabrá por qué.

El sobrino del párroco y su pareja se habían fijado en que nuestros cuatro amigos conversaban con mucha cautela, y trataron de acercarse al grupo; pero como quiera que Alfredo les conociese las intenciones, propuso que siguieran bailando, y las dos parejas se perdieron de nuevo entre los danzantes.

Terminó el primer valse, y los brindis comenzaron. Las bandejas de refrescos, los dulces y el chocolate para las niñas entraban a la

sala; en tanto que los hombres, prefiriendo cerveza o brandy, iban a tomarlo al mismo bufet.

Alfredo no esperaba bailar de nuevo con Marta hasta la cuarta pieza. Permaneció un rato a su lado; pero comprendiendo que quizás tendría ella que hacer algo en el tocador, a donde había acudido la mayor parte de las parejas, no quiso estorbarla; y previa la venia de costumbre, se dirigió al corredor, encendió su cigarro mientras meditaba mucho sobre sus esperanzas como en aquellas horas en que le sugerían múltiples reflexiones sus deseos, y se incorporó a un grupo de amigos que presidía don Antonio, divirtiéndolos con sus chistes oportunos. Diego Rosales, el cumplido caballero de caminar pausado y balanceador, hablaba de cosas varias; Anselmo Ochoa, el de mediana estatura y cuerpo algo inclinado, reía de sus mismas jovialidades; Francisco Rico, el de las eternas diligencias y mente olvidadiza, exaltaba la hermosura de dos árboles que existen en una de sus posesiones; el Dr. Méndez, el bueno, aunque casi siempre bravo, defendía cierto principio médico; Jaime Osorio, el de cabellos algo canos, de cuerpo pequeño y regordete, nuevo Jeremías de la situación, se lamentaba de la sequía que azotaba las sementeras; Amadeo Ferrer, el de carnes gordas y anteojos azules, como no poseía ganado ni cosa que se pareciera, se preocupaba muy poco por las quejas de su vecino y pasaba el tiempo junto a Fernando Sánchez, Evaristo Rubio y otros tratando sobre asuntos diversos mientras recordaban los versos del baile “La Cachuchita” que necesitaban conocer. Fernando se reía, Evaristo parecía presa de una especie de modorra, y todos charlaban a más y mejor, no sin repetir de vez en cuando, como una indirecta lanzada al bufet, el ¡”tengo frío”! con que termina un poeta colombiano ya célebre una de sus estrofas, cuando se presentó Pepe Rodríguez, el gallero tenaz y bailador ídem, a invitarlos a escanciar algo. ¡Santa palabra! Todos se levantaron como impelidos por un resorte y se aunaron a los que se habían quedado rezagados en la sala, y que seguían la misma ruta.

Doña Mónica, que había visto salir al joven Blanco de la sala, le siguió al corredor cada vez más esperanzada de lograr esa misma noche su objeto. Allí entró en conversación con las demás señoras que sin tomar parte presenciaban el baile, cuando se fijó en que Alfredo conversaba en voz baja con un amigo. Sus miradas se

multiplicaron entonces, abarcando con astucia a los dos interlocutores; en cada movimiento de sus labios le parecía ver la relación de un nuevo plan revolucionario, cada gesto que hacían lo creía un insulto contra el gobierno, y cuando nada notaba era que sin duda meditaban alguna barbaridad. Ya la viuda se suponía dueña absoluta de la situación política de Guarapaná. Para ella, ya Alfredo estaba preso, metido en un castillo, cargado de grillos, sus planes frustrados y la revolución debelada. Bartolomé y Carmencita se habían quedado en el salón, vigilando a Marta y a Dalia entre risitas, burlas y opiniones completamente incompatibles con la conducta irreprochable de la imperial morena y de la encantadora rubia de formas cinceladas.

...

La familia Martínez, como una especialidad en las fiestas de esa índole que se daban en Guarapaná, había preparado convenientemente el espacioso jardín de su casa para que los invitados pudiesen gozar, a su albedrío, del fresco cuando el cansancio lo reclamara. Con unas silletas y unos farolitos de colores, que más por adorno que como surtidores de luz, colgaban de los árboles, habían hecho de él un sitio pintoresco para la expansión de las parejas, en medio del cual se levantaba un pequeño kiosco improvisado con una enramada entretrejida de madreselvas y los ramos de dos mamones que caían sobre ella.

Casi a la mitad del cuarto valse, Marta manifestó a Alfredo que sentía mucho calor y a la invitación de éste para pasar al jardín, nuestros dos amantes fueron, sumidos en pensamientos varios y como inspirados por dulces presentimientos, a ocupar un puesto entre los árboles que apenas se movían, queriendo así venerar con su silencio aquel amor, y dejar percibir por los lirios y jazmines recién abiertos las palpitations apasionadas e intermitentes de aquellos dos corazones jóvenes.

Ya lejos del bullicio, y muy aparte de que podían ser espíados, Alfredo entabló la conversación.

—¿Con que todavía está usted renuente, Marta?

—Ya usted conoce mi resolución.

—Sí, ya lo veo... Tenerme esperando quién sabe hasta cuándo, despertando en mi alma ilusiones, pero destrozando al mismo tiempo mi corazón.

—No lo crea usted, Alfredo.

—¿Debemos entonces desconfiar de lo mismo que palpamos?

—No todo es aparente: pero si he halagado sus esperanzas con algo, no ha sido con el objeto de hacerle sufrir. ¡Quizás llegue un día en que pueda contestarle categóricamente!

—¡Quizás!... ¡Eso implica duda! ¿Por qué no lo afirma?

—Porque no puedo.

—Si usted cree que ese día llegará tarde o temprano, ¿por qué no contestarme de una vez?

—Porque no se puede.

—¿Qué lo impide?

—Una valla que está colocada entre usted y yo.

—¿Una valla?... Pues venzámosla: todo lo alcanza la fuerza del amor.

—¿Y si es infranqueable?

—Sería el hombre más inútil o la víctima más grande del infortunio si no pudiera vencerla. Dígame que me quiere, y esa valla desaparecerá.

—¿Quién sabe!

—¿Es, por ventura, que no le parezco digno de usted, Marta? ¿Ha encontrado usted en mí algo irreprochable que le avergüence de confiarme su amor?... Señale la falta que sabré remediarla. Los mayores pecados se perdonan; absuélvame, pues, y sea mi penitencia adorarla eternamente.

—Usted, Alfredo, es digno entre los dignos; el reproche no puede profanar sus actos, porque en ellos se han aunado siempre la nobleza, la sinceridad y el valor

—¿Entonces?...

—No me obligue a decir lo que no puedo.

—Luego usted es indiferente al remedio.

—En absoluto. Hace dos años que por una indiscreción de mi parte, entré en posesión de un secreto que ojalá jamás hubiera conocido. Lo he ocultado durante todo ese tiempo, lo he guardado en el fondo de mi pecho, como se esconde en un cofre herméticamente

cerrado una joya de triste recordación; no me haga faltar a mis intenciones, no me haga quebrantar mi juramento para luego despreciarme o a lo menos tenerme lástima.

—¿Despreciarla?... ¡Oh, Marta, eso nunca! ¿Se puede despreciar la vida? ¿Se puede dejar de querer la fortuna? ¿Se puede rehusar la felicidad propia?... Usted ha sido mi única ilusión, mi solo ideal; en su amor vislumbro un porvenir color de rosa junto a una dicha envidiable; a ninguna otra mujer he querido tanto; la he puesto al parangón de mi madre, que para mí es compararla a Dios; ya ve que la he llevado a lo sublime, porque mis sueños se condensan en usted. ¿Por qué cree entonces que pueda llegar a despreciarla?

—El corazón humano es muy voluble. Hoy se forja unos ideales y mañana otros, hoy cree y mañana duda, porque el prisma se cambia. Déjeme cargar yo sola con la pena que me tortura, no quiera hacerse partícipe de ella; es muy terrible.

—Bástame saber que usted sufre para sufrir yo también, porque la amo con toda el alma, con el amor idealmente intenso que puede despertar en un corazón joven y ardiente... ¿No me ama usted?

—¿Que si le amo?...

—Sí, sáqueme de esta duda que me hiere y que muchas veces me trastorna. Hay momentos en que me pierdo en mis reflexiones, examinándome, buscándola en mi pensamiento, y llego a creerla cruel al medir su actitud. ¿No ve usted mi estado?... ¿No se da usted cuenta de mis sufrimientos?... ¡Deme la vida o máteme de un golpe, pero no me someta al suplicio! ¡Ensanche mi corazón para la felicidad, o arránquemelo del pecho para siempre!

—No se exalte usted, Alfredo... Cállese, reflexione, y comprenderá que yo no podré querer nunca su mal.

—¿Pero qué mal me puede causar su amor? Antes por el contrario, en él veo un bien tan grande como mi mayor fortuna.

—Soy víctima inocente de una falta, y de ningún modo aceptaría que lo fuese usted también, pudiendo impedirlo. Créame, Alfredo; le suplico ¡por Dios! que no me obligue a destruir mis sueños.

—Si hay falta, se le quita la careta a los verdaderos culpables; para eso hay hombres honrados todavía en el mundo.

—La sociedad siempre me señalaría.

—¿Señalarla a usted, la pureza misma, la virtud acrisolada?...
¿Qué es entonces la sociedad, un juez o un verdugo victimario que no admite razones?

—¿No la conoce usted?

—Sí, sé que es mala, pero no la creo capaz de tanta maldad hasta llegar a condenar a usted, la inocencia personificada.

—Sus mismos sueños sufrirían, ya se lo he dicho.

—¡Mis sueños!... Ellos se extinguirán, junto con mi vida si usted persiste en no acceder a mis súplicas.

—Querámonos como hermanos.

—Ya más de una vez le he explicado cómo no se puede ni se podrá limitar nunca mi amor a ese cariño. ¿Me cree usted un hombre honrado?

—Honradísimo.

—¿Capaz de guardar un secreto?

—De eso y mucho más.

—Confíeme, pues, el suyo.

Alfredo se excitaba más y más a cada frase, mandaba con sus ideas, recobraba más fuerzas con el diálogo. Marta vacilaba, no podía luchar más, se veía impotente para ocultarle por más tiempo su secreto. Cuando el joven Blanco pronunció las últimas palabras era tan convincente su voz, tan dominadora su mirada, que aunque quiso replicarle, no pudo resistir por más tiempo; se sintió abandonada por sus energías anteriores, y dejó caer la cabeza sobre el pecho, como tímida paloma vencida.

—¿Qué me responde usted, Marta?

—Oiga, pues, Alfredo, conozca mi secreto, ya que usted se empeña; vea desvanecerse todo lo que se ha forjado; reciba el golpe... No me quiera usted, soy indigna de su amor... ¡Soy una desgraciada... una expósita!

—¡Expósita... expósita! —repitió Alfredo de un modo vago.

—¡Expósita... víctima de una culpa... juguete del infortunio! —continuó la joven.

—Y mientras se enjugaba dos lágrimas que corrían lentamente por sus mejillas, como cristalinas gotas de rocío que se deslizaran sobre delicados pétalos de rosa recién abierta, hasta la brisa calló, y el éxtasis pareció imperar con más melancolía, y los corazones hablaron

de un sentimiento triste protegidos por el lánguido mutismo de un dolor somnoliento.

—Ya ve usted —continuó Marta, después de un momento de silencio— cómo era cierto lo que le decía ahora poco; pero no quiso oírme... Una sola palabra ha bastado para acabar con sus esperanzas... ¡Expósita!... ¡qué mal suena! ¿no es verdad?

—¡Qué dulce cuando la pronuncian sus labios!...

—¡Qué armoniosa cuando es su sufrimiento que la dicta!

—Me sabe a hiel, es como un sinónimo de desgracia... ¡qué sé yo!...

—¿Desgracia?...

—Sí, porque así como el cierzo destruye las flores del jardincito alegre, ella ha marchitado los sueños más azules de su alma, después de haber agostado los lirios del jarrón de mi dicha. ¡Oh, espíritu humano, a cuántas transiciones estás sometido!... ¡Alejémonos de aquí, Alfredo!... Dejemos a estos árboles para que a solas se cuenten el secreto de mis tristezas, y puedan conservar puro el recuerdo de mi amor sacrificado.

—¡Oh, no, Marta! De aquí no nos iremos hasta que usted no haya pronunciado la palabra que le piden mis súplicas. ¿No la invitan a ello la quietud nostálgica de esas hojas, la negligencia de las rosas que se marchitan, la idílica soledad del huerto adormecido?... ¿Me ama usted?

—Pero si ya usted no puede ver en mí sino a la desgraciada mujer que, por mandato irrisorio de la sociedad, no tiene derecho a la única dicha que ansía, por el solo hecho de no saber quiénes son sus padres... ¡Compadézcame usted, ya que a su compasión solamente puedo aspirar!...

—No, Marta, no es compasión, es amor lo que le brindo, amor grande, amor sublime, independiente de esas conveniencias sociales. Las odio, porque en ellas se oculta una tiranía atroz; las aborrezco, porque ellas esconden, bajo el velo de una apariencia detestable, la víbora venenosa de un egoísmo horrible. Mi alma no se aviene a sus mandatos, ¡no!... ¡Ella es libre, no imita cantos ajenos, vuela con alas propias y se posa en la rama que su capricho le designe...! Al fijarme en usted no busqué el rango sino a la mujer virtuosa, pura y digna... ¿Que no sabe usted quiénes son sus padres? Yo lo presumo; se han de hallar,

si viven aún, en las capas más altas de nuestra sociedad, en nuestra autocracia raquítica, porque los hijos del pueblo no abandonan a sus hijos; ellos no gastan frac ni joyas, pero debajo de sus blusas y entre las valiosísimas prendas de sus pechos, palpita un corazón que quiere, un alma noble que entregada a ese abandono con que nosotros, ignorantes y perversos, la insultamos, sabe erguirse de cierta manera para darnos en el rostro y gritarnos para nuestra vergüenza: ¡“Os burláis de nosotros, nos insultáis con vuestra superioridad, y sin embargo somos más grandes, porque sentimos más; vuestras virtudes son aprendidas, las nuestras son innatas; vuestros vicios se esconden, porque temen, los nuestros se pasean libremente, porque tienen valor para delatarse”!

—Eso piensa usted... ¿Y doña Matilde?

—Jamás un ángel deja de abrir sus brazos a un querube... Mamá es de mi opinión, mi gusto es el de ella; y no porque influya yo en su espíritu, sino porque piensa, como yo, y como yo quiero... Quiérame usted, adóreme con la adoración que en mí se desborda, y el hogar que mañana formemos lo cobijará la dicha, entre las caricias de un amor inmutable y las santas bendiciones de una madrecita inmejorable... ¿Me ama usted, Marta?

—Sí, Alfredo, le amo hoy más que ayer; le amaré siempre.

Una de las manos de Marta quedó presa entre las de Alfredo, y éste, casi de hinojos y extasiado como se hallaba, imprimió sobre ella el primer beso de su amor, que fue para un hombre que los espía desde un árbol cercano como una puñalada que le dieran en el corazón y que así como hizo vagar por sus labios una sonrisa amarga, llevó a su mente una idea siniestra, mientras sus ojos brillaban tras el follaje con un brillo satánico, cual los del lobo cuando atisban la oveja amenazada... Aquel hombre era Bartolomé, el espía de la calumnia.

...

La brisa susurró dulcemente, las notas de la orquesta callaron, y la luna, desgarrando las aéreas muselinas del cielo, sonrió con la sonrisa pálida de sus rayos, en tanto que, junto al crimen que expiaba, terminaba el idilio con la ideal antifonía de dos almas:

—¡Amor mío!

—¡Vida mía!

VIII

Razón tenía Bartolomé al imaginarse que Alfredo se hallaba complicado en la revolución que se tramaba, después que supo la importante noticia política por la viuda del general González.

No era solamente el acendrado amor que sentía por Marta lo que detenía al joven Blanco en Guarapaná. Su carácter no le permitía ocuparse solamente de su dicha, sino que le impulsaba y hasta le ordenaba contribuir al bien del conjunto; el pueblo, y la humanidad misma, reclamaban sus esfuerzos. Quería, pues, concurrir a todas las luchas, allí le llevaban sus ideas y sus principios completamente liberales.

La rebelión, ese derecho inalienable del hombre, se imponía por entonces; los horrores de la guerra civil se hacían necesarios, como la tempestad cuando la atmósfera está cargada en demasía; los espíritus fuertes debían lanzar su protesta. Preciso era que el labrador trocarse su herramienta de trabajo por el fusil, y que el suelo cuyo calor alimentaba el germinante grano se viera sembrado de cadáveres que fueran como el nuevo pedestal de las instituciones caídas, ya que no es posible cruzar el vía crucis sin que los guijarros lastimen los pies y las rodillas, ni pronunciar el ¡sed tengo! del mártir que pedía justicia

sin que las espinas se claven en la frente, ni alcanzar la redención sin que la sangre corra, ni llegar al fin del sacrificio sin que haya convulsiones que, como el temblor bíblico, anuncien al mundo que hay quienes se inmolan en pro de un derecho perdido para que sobre sus escombros se levante el templo del derecho conquistado.

La tiranía, ese verdugo de las instituciones libres, esa madre de las hondas desgracias de los pueblos, la esposa adulterina del error e hija predilecta del servilismo y la depravación, hacía tiempo que clavaba sus garras de buitres hambrientos en las entrañas de la Patria.

Las masas querían libertad, anhelaban esa tan cantada igualdad ante la ley que nuestros gobiernos convierten en un mito; se veían esclavas de una camarilla estúpida y libertina, de un círculo vicioso y estrecho, y deseaban la reacción. Como una reprobación, como una protesta iracunda, se imponía la guerra con sus neurosis variables, sus sacudidas de león y sus alaridos de combate.

Alfredo, educado en la escuela de los grandes sentimientos, hacía de la patria un dios, y le era imposible permanecer con los brazos cruzados ante la lucha en perspectiva; no podía ver impasible sus sufrimientos sin contribuir a remediarlos.

No podía caer vencida la causa a que daban vida el pueblo y los elementos sanos del país, no podía fracasar la causa de los grandes ideales, y si acaso, por una de esas tantas aberraciones del destino, sus creencias fallaban, nada le importaba la situación en que quedaría ante la tiranía triunfante. Peor era consumirse poco a poco, presenciar la ruina sin reclamar nada, recibir el golpe tremendo sin combatir. ¡La inacción es el germen de cierto abatimiento que embrutece los espíritus, es el alma con que se suicidan los grandes caracteres, es el virus de una muerte moral!

Se le atacaba en su modo de ser, porque al adulterar la libertad se atacaban su carácter y sus principios; ¿por qué entonces no defenderse?... Se envenenaban sus creencias, porque al pisotearse los derechos más grandes y más sagrados se herían las ideas que los pregonaban, y que buscaban la justicia, el aniquilamiento del error hasta donde fuera posible, la eterna proscripción del despotismo y la institución perdurable del bien, pero no de un bien exclusivista sino de un bien general que abarcara todos los intereses, empapando todas las capas

de la atmósfera social. ¿Por qué entonces no apurar el antídoto de semejante tóxico?

El pueblo se hallaba como otro Tántalo, hambriento y sitibundo; era, pues, necesario el sacrificio antes que perdurar en el suplicio, el esfuerzo antes que la apatía, ya que si nadie está obligado a vencer, sí lo está a luchar. ¡Los pueblos inactivos son pueblos débiles, los pueblos serviles son pueblos cobardes, los pueblos que no saben reclamar sus derechos son pueblos ignorantes, indignos del progreso y de la admiración de los tiempos; no merecen el honor de la historia; son como la apostasía de la ley universal!

Alfredo, olvidando por un momento su amor a Marta, como le pasaba siempre que llegaba al punto de sus disertaciones revolucionarias, había pronunciado el *alea jacta est* del emperador romano y entró a formar parte del comité revolucionario de Guarapaná, en el cual era el ardor juvenil, la fuerza impulsora de las masas, la palabra convincente, el sectario de la verdad. Su suerte estaba echada. Empezaba a atravesar con fe el rubicón de sus ideales. ¿Llegaría al capitolio de sus esperanzas?

Doña Mónica y Bartolomé desplegaban entre tanto todo su empeño en sorprenderle para poderle aniquilar, aquélla por el honor que se dispensaría sirviendo a la familia H., y éste por interés propio; pero los días pasaban sin que hubiesen logrado nada, todos sus proyectos habían fracasado hasta entonces, mas no por eso perdían la esperanza. ¡La constancia vence! Todos los espías de la viuda se habían puesto en movimiento.

Era una noche oscura de noviembre, soplaban un viento frío y fastidioso, todo Guarapaná dormía; sólo en la casa de la viuda se notaba la luz de una bujía que acababan de encender y que parecía dirigirse a la puerta de la calle. Se corrió el cerrojo al fin, y entró una mujer joven, trigueña, pequeña y cuidadosamente vestida. La puerta volvió a cerrarse.

—¡Buenas noches, señora Mónica! —dijo la recién llegada.

—¡Buenas te las dé Dios! —contestó la viuda—. Noticias graves debemos de tener cuando me has tocado a estas horas.

—Muy graves.

—Pasemos entonces a la sala, porque aquí me incomoda ese viento.

—¡Qué hielo hace esta noche!

Las dos interlocutoras se dirigieron a la pieza designada por la viuda para sus conferencias, y llegado que hubieron a ella, la difamadora perpetua, arrellanándose en un mecedor y cruzando las manos sobre las piernas con aquel aire imperativo de autocracia que nunca la abandonaba, entabló la conversación, no sin antes asegurarse de que nadie las podría escuchar.

—Veamos lo que hay de nuevo —exclamó.

—¡Suelta todo lo que traigas en el agaje!

—El señor Alfredo es revolucionario.

—¿Cómo lo sabes?

—Por Chico.

—¿Quién es ese Chico?

—El pión de don Rafai, que es que le hace toas las deligencias.

—Explícate.

—Hace tres meses que Chico anda atrás de mí —según me dice, está más enamoraó que el diablo. Ahorita estaba yo casa de ña Dolores, y como era tarde cogí el camino de casa, no sin miedo, porque la noche ta muy oscura. Como a la mitá de la vereá vi un hombre que me se iba acercando. Le debo decir que sentí mieo, porque creí que era un alma del otro mundo de las que dicen que salen por esos laos. Me hice la santa cruz tres veces y seguí caminando. El corazón me se saltaba por la boca y sentía un frío por toitiquito el cuerpo.

—Déjate de preámbulos, y vamos al grano.

—¿Qué es eso de preámbulos, señora Mónica?

—Lo que estás diciendo, cosas inútiles que nada tienen que ver con nuestro asunto.

—Pero por alguna parte debemos comenzar.

—Bueno, pero abrevia.

—¿Cómo que abrevie?

—Que digas lo que sepas en menos palabras.

—¡Ajá!... Pues como le iba diciendo, el corazón me se salía por la boca y un frío me corría por toitiquito el cuerpo porque, por esos laos espantan, señora Mónica; me lo ha dicho la misma ña Dolores que una noche venía pa su casa y vio abajo de un cují una mujer vestía e blanco.

—Convenido.

—Yo caminaba, y el hombre me se acercaba. Pero, ¡ay, señora Mónica de mi alma! ¡qué sorpresa la mía cuando vi que era Chico! ¡Ah susto, niña! Me se paró por delante, y a boca e jarro me largó este trabucazo: “De aquí no pasas vos hasta que no me digas que sí”. Él venía un poco ajumao, y yo me dije pa mis aentros que decirle que no era meterse con el mismo diablo, porque el condenaio tiene más fuerza que un toro padrote. “Ya te he contestao hombre e Dios”, le dije sin embargo. No acababa de pronunciar la última palabra, cuando me agarró por la mano y me dijo: “Mirá, indina: no me querás, pero tené entendío que en la que viene no te van a quedar ni plumas de gallina”, y como me echara a reír tratándolo de loco y de borracho que no sabía lo que hacía, me contestó, sacando una carta: “Reíte cuantas veces querás; si no me querés creer, que te lo diga ésta; entro e poco vamos a cabar con esa partía e goos sucios, y ¡ay del que se nos atravesie, porque nos lo comemos vivo!”. Yo que estaba prevenía por usté, pensé que halagando a Chico podía sacarle algo en bien de usté. “¡De menos las ha hecho Dios”, dije pa mis aentros; y contesta aquí y contesta allá complací a Chico. A fuerza de darle y preguntarle me confesó que muy pronto se iban a alzar en el pueblo, y quien le mandaba a llevar cartas era el señor Alfredo. No me contenté con eso, y en una descuidaa que se dio le saqué del bolsillo la carta que me había enseñao; aquí la tiene usté.

La viuda tomó la carta con avidéz, arrugó el entrecejo, como persona escasa de vista, y leyó lo siguiente:

—“J: Acude donde N. por los encargos que me hiciste, y ten listo todo. Pronto hablaremos. A”.

—Aunque nada importante nos dice esta carta —dijo la señora de González—, te doy las gracias por el empeño que tomas en cumplir la comisión que te encargué.

—Siempre a las órdenes.

—Gracias; no dejes de comunicarme lo que sepas.

—Pierda usté cuidao.

—Hazme el favor de ir bien de mañana donde el padre, y decirle a Bartolomé que necesito hablar con él lo más pronto posible. Si no lo encuentras allí, ve casa de don Justo, que es lo mismo.

—Está bien.

—Cuenta con que si se debela la revolución, tendrás tu ganancia con el triunfo.

—Se que usted me quiere.

Nuestra viuda casi no pudo dormir aquella noche, tantos eran los pensamientos que a su mente acudían. Con ese apasionamiento por la familia H., una fiebre de entusiasmo se había apoderado de ella al saber la noticia de Luisa, y ya solo pensaba en el fiasco que esperaba a los revolucionarios, en la cara satisfechísima del jefe civil, y sobre todo en el empleito cónsono con su sexo que le había pronosticado don Justo si la causa del Gobierno llegaba a triunfar. Cuando despertó por la mañana, sus grandes ojeras delataban las horas de insomnio de la noche anterior.

De más está decir que Bartolomé fue puntual tan pronto como Luisa le notificó los deseos de la señora de González. Se vistió precipitadamente, presumiendo la gravedad del asunto, y cuando supo que se trataba de Alfredo, llegó al colmo de ese entusiasmo que se apodera de la maldad cuando ve el bien entregado a los rigores de una tempestad de acechanzas, mientras que ella, vistiendo la máscara de la hipocresía, se pasea a la vista de los embaucados, altiva y despreocupada, aunque de su ser emanen miasmas de una putrefacción moral, y por su frente crucen, como latigazos de una conciencia acusadora, esas ideas varias que atormentan a los réprobos, y que se retuercen en el cerebro como queriendo salir a delatar ante el tribunal de la opinión pública esas almas bajas que, como miembros corrompidos de un organismo canceroso, ruedan abandonadas sobre las mesas de la perfidia en el anfiteatro del crimen. Más bien voló que corrió el sobrino del párroco de Guarapaná a dar parte de lo que sabía al jefe civil, con la avidez del reptil que sube, arrastrándose, para ir a revolver el charco cuyo lodo salpique las alas del águila encumbra-da, trayendo en su apoyo, junto con la exageración, la mentira que usa, como arma alevosa, el enemigo pequeño contra el grande. No había duda para él. Los encargos de que hablaba la carta no podían ser sino bagajes de guerra, y aquella promesa de que pronto hablarían decía muy claro que eran instrucciones que tenían que comunicarle. Había, pues, que inutilizar al joven Blanco cuya culpabilidad estaba manifiesta. Bartolomé veía en ello no solamente un servicio hecho al gobierno, sino también un paso dado en pro de sus intereses

personales, en lo que a ellos incumbía con respecto a Marta; la fortuna parecía acompañarle, ya se veía triunfante. ¡Cuán ajeno estaba de vislumbrar siquiera los designios de la suerte!

Por fortuna, el joven Blanco había tenido tiempo de ser prevenido por uno de esos corazones nobles que se esconden en la masa del pueblo del peligro que le amenazaba. Un policía, a quien le había hecho algunos servicios, oyó la conversación de Bartolomé con el jefe civil, e impuesto de lo que se trataba se fue con maña a dar la noticia a misia Matilde.

Alfredo la supo en momentos en que pensaba en Marta, soñando junto a la pequeña ventana de su alcoba, reflexionando sobre su porvenir, en tanto que la naturaleza, luciendo su manto recamado de esmeraldas, le invitaba a deleitarse ante la belleza de sus perspectivas. Sus sueños subían con los aromas blancos de las azucenas que ostentaban su blancura inmaculada en el jardincito de su casa; sus ilusiones emanaban de su alma, cual suspiros que surgieran de los labios de un hada enamorada; pero allá en el cielo de sus esperanzas veía como un nubarrón negro que quisiera formarse para interponerse entre la aurora de su dicha presente y la tarde de su destino.

Cuando llegó la guardia a hacerlo preso, ya Alfredo no estaba en su casa. Se hizo un minucioso registro, pero todo fue inútil; ni un indicio que pudiera comprometerle, ni una huella que delatase el camino que había tomado. Con fe en la causa de la justicia, y abrigando grandes esperanzas e ideales sublimes en ver victorioso el imperio de la libertad, había huido; su única confidenta era misia Matilde.

Los cálculos de Bartolomé y de la viuda habían fracasado por lo pronto.

IX

Una semana había transcurrido desde que Alfredo escapó de las manos gubernamentales y de sus encarnizados enemigos que, a decir verdad, sólo miraban el lucro personal, el interés propio.

La rabia de Bartolomé rayaba en locura desde que tuvo conocimiento del suceso. El pájaro se le salía de las manos cuando más seguro lo creía y ello era una contrariedad muy grande para aquel corazón empedernido. Había supuesto librarse de Alfredo, y ahora lo veía erguido como el titán de la fábula con más fuerzas y más bríos.

Con el sobrino del cura rabiaba la viuda. Sus sueños dorados se desvanecían en un momento, después de haber empleado tanto tiempo en forjarlos. La fuga del joven Blanco era para ella como un aviso del destino que le pronosticaba nuevas contrariedades en el camino político que había emprendido. Se estrujaba los sesos y no llegaba a darse cuenta de lo sucedido sino por causa de la poca malicia de las autoridades y de Bartolomé. Algún judas debía haber en la cuestión. ¿Quién podía ser? La viuda no podía dar con él, y esto la mortificaba en extremo, porque ella pasaba entre sus amigos por perspicaz, y podía perder su fama conquistada.

El jefe civil, aunque contrariado también, no dejaba por eso de hacer alarde de su fantochería acostumbrada, ya consolando a don Justo, que veía inminente su ruina si estallaba la revolución, bien ofreciendo a sus amigos que si un pájaro se había escapado los otros caerían, pintándoles villas y castillos con una presunción quijotesca; ora ilusionando a la familia H., que no se atrevía a ver en su pariente un renegado de esa casta de sangre azul que tantos héroes había dado al mundo, y que en Guarapaná causaría terror con su empuje. Para ella, la rebelión, si reventaba, duraría solamente el tiempo que necesitara el jefe civil para organizarse y enfrentársele. Todo sería nada; lo decía ella, y había que creerlo a ojos cerrados... ¡Oh, poder de la vanidad! ¡Qué de errores fomenta el orgullo mal entendido!

En los circulitos ociosos del pueblo se habían exaltado los ánimos a la noticia de que se había descubierto un plan que hacía presumir un próximo movimiento reaccionario; y nuevas noticias salían de su seno, las cuales eran aceptadas o combatidas en las reuniones, según que las simpatías de los tertulianos se inclinaban de un lado o del otro. Al que pasaba por la calle se le llamaba, si era amigo, y con mucha cautela se le hacía confidente de algún secreto importante, no sin recomendarle una absoluta reserva con la clásica frase de ‘esto que no pase de nosotros’, ‘no se lo digas ni a tu mujer’. Y aquel que había entrado ignorante de los asuntos más triviales de la política militante, salía de allí esponjado, gozoso y sumamente honrado con la confianza que había merecido su discreción.

El lector puede darse cuenta de la situación de Marta. Su primero y único amor, apenas en el nido, le había sido arrebatado por el vendaval de las pasiones humanas. La suerte empezaba a serle contraria, el soñado cielo de su felicidad comenzaba a empañarse con las neblinas del pesar; el destino como que había esperado solamente que su alma y la de Alfredo se vieran libres de las preocupaciones que las torturaban, para arrojar sobre ellas el dardo del dolor; a la risa de la dicha sustituían los sollozos de la queja. El cuervo fatídico que interrumpió el silencio de la alcoba del poeta cuando las tristes reflexiones traían a su mente el recuerdo de su angelical Leonora, parecía anidarse en el alma de la niña, respondiendo a la felicidad que principiaba a ennegrecerse con su eterno ¡nunca más!

Don Antonio, su esposa, Manuel y Dalia participaban de los sinsabores de misia Matilde, que al dolor que le causaba la ausencia del hijo querido, aunaba la pena de verlo perseguido y el sobresalto con que la atormentaba la idea de que pudiese caer en manos de sus enemigos. Ninguno había dejado de comprender la parte importante que tomaran en ello la viuda y Bartolomé. Los conocían demasiado para dejar de sospechar sus actos.

...

El mutismo de la media noche, tres golpecitos dados a la puerta de la casa de don Antonio Ramos, el crujir del cerrojo al correrse y un hombre alto, vestido con la sencillez de nuestros campesinos, que entra.

Era Alfredo que venía a despedirse de nuestros conocidos, porque las circunstancias le obligaban a ausentarse de la patria.

Su salud dejaba mucho que desear, y esto le impedía llevar esa vida que le imponía la necesidad de su escondite. Además, la revolución dilataba mucho por estallar, y aun cuando ello fuese pronto no podría acompañar a sus amigos; su estado físico no le permitía entregarse a las faenas rudas de los campamentos, y más allá, fuera de Guarapaná podía muy bien ayudar a su causa con aquello que más posible le fuese. Su madre le había aconsejado lo mismo, y sus reflexiones le habían conducido a la determinación que tomaba. Partiría a una Antilla extranjera, y desde allí coadyuvaría con todos sus esfuerzos morales al triunfo de la justicia, y con ella al implantamiento de la verdad política y a la realización de los deseos del pueblo esclavizado por la tiranía.

Ya tomada esa resolución, con el corazón partido por un dolor agudo, fue a darle su adiós a los seres más queridos para él. Bien hubiera deseado quedarse para compartir con ellos las contrariedades y sobresaltos que les esperaban, pero era necesario partir. ¡El que desafía el peligro, en el peligro muere!

Misia Matilde le esperaba también en casa de don Antonio, donde permaneció como una hora hablando de sus proyectos y dando valor con la entereza de su carácter a su madre, que no podía contener las lágrimas que a raudales brotaban de sus ojos. De todos se despidió

sin que su espíritu flaqueara; pero cuando llegó donde Marta no pudo impedir que su alma se estremeciera ligeramente, como quien tiene miedo de perder para siempre sus más bellas esperanzas.

¿Qué podrían decirse esos dos seres que no fuera tiernamente doloroso? ¿De qué podrían hablar, sino de su amor que ya comenzaba a sufrir las contrariedades de la suerte? Ambos tenían fe, y no había de ser un incidente lo que influyera sobre la totalidad de sus ilusiones. El presente les presagiaba una lucha, quizás superior a cualquier otra; pero ¿no sería ella el anuncio de un porvenir venturoso? Marta no sólo sentía la separación de su amante, sino que también presentía con su ausencia grandes temores. Alfredo no se ocupaba de los trabajos a que se exponía, sometiéndose a una proscripción voluntaria; sólo pensaba en Marta.

La despedida fue tristísima, y cuando las manos se estrecharon y los corazones comprendieron que había llegado el momento supremo y terrible de la separación, Alfredo no pudo contener un suspiro ni la señorita Ramos las lágrimas que luchaban por saltar a sus ojos.

—¿Me amas, Marta?

—Con toda mi alma, Alfredo. ¿Eres tú quien me lo pregunta?

—Quería oírlo una vez más de tus labios. ¡Me es tan dulce oírlo repetir! ¿Me querrás siempre?

—Eternamente.

—¿No me olvidarás?

—Nunca.

—¿Me escribirás?

—Cuantas veces pueda. Y tú, ¿vendrás pronto?

—¡Quién sabe!

—¡Adiós, alma mía!

—¡Adiós, mi vida!

Alfredo salió con la velocidad de su determinación, y mientras él caminaba, volteando de vez en cuando para contemplar la casa donde dejaba sus mayores afectos, la puerta se cerraba, el cerrojo se corría, dos almas grandes ahogaban sus sollozos, las más negras sombras le protegían, la soledad seguía imperando más terrible que nunca a su alrededor, y Guarapaná dormía indiferente a su destino.

Pocas horas después, un botecito protegido por la oscuridad de la noche levaba anclas en una de las bahías de la costa y hacía rumbo a Curazao. En la popa iba Alfredo.

Después... las brisas marinas que lamían las velas, las ondas azules que se agitaban, las playas que desaparecían con lentitud, un suspiro que surgía de un alma y una estrofa que palpitaba:

“Mañana cuando raye el nuevo día,
no escucharás tu alondra en la enramada;
se dirige a otras tierras, vida mía,
más será siempre tuya, mi adorada.
¡Adiós, virgen mía!
¡Adiós, dulce amada!

X

En el libro de la vida de Marta había escrito el Destino una sentencia horrible, dictada en el tribunal de su suerte por un espectro diabólico.

Flor apenas acariciada por las brisas más suaves, al despertar la aurora de un amor todo ternura, empezaba a sentir cómo empapaba los pétalos de su espíritu el aljófara de las lágrimas, purificador a veces, pero siempre frío, cual el dolor cuando desgarrar el alma. Las espinas de la angustia más cruel se encajaban en su frente y el dardo de la desesperación, especie de venablo envenenado, hería su corazón, haciendo chorrear sangre... mucha sangre. Sola y triste, veía acercarse el momento terrible que le anunciaba aquel su presentimiento torturador. Alfredo se ausentaba y don Antonio y Manuel huían del pueblecito. ¿Quién la libraría de sus enemigos?

En este mundo en que las épocas se han venido sucediendo entre los clamores de la depravación, y en que la envidia y el vicio se alzan amenazantes, como otras espadas de Damocles, sobre la virtud, han vencido más de una vez la maldad en la lucha que sostiene con el bien, y la prostitución moral en su eterno combate con la honradez.

En aquella soledad que se envolvía en el manto del más intenso oscurantismo se ocultaba la infamia, y hacía del pueblecito la tétrica caverna donde pernoctaba el crimen.

No era solamente Bartolomé quien quería inutilizar a Alfredo, tronchando de un golpe sus más hermosas esperanzas y destruyendo sus ilusiones más dulces; no era solamente el sobrino del cura quien veía en Marta la víctima de sus inicuos planes y la realización de sus odiosos proyectos. El padre Ambrosio, el santo varón para la autocracia guarapanera, sentía también esa misma sed, y quizás con más ansias, por lo mismo que no podía pregonarla, sino ocultarla en el seno de la hipocresía más vil.

En el depravado corazón del párroco se había desarrollado hacia la señorita Ramos una de esas pasiones infernales que engendra la infamia en los sentimientos y que infiltra en el pensamiento el virus de la ruindad.

Bartolomé contribuía indirectamente al éxito de su empresa, ignorante como se hallaba de ello; pero el cura no partiría con él su más rico botín. Avaro de su presa, la quería para él solo. El gavilán hambriento sería el único victimario de aquella tórtola inocente... ¡Pobre Marta!

En el momento en que Alfredo abandonaba la casa de los esposos Ramos, y en que don Antonio y Manuel huían por una puerta escusada, Bartolomé se hallaba dedicado a sus ocupaciones nocturnas en uno de los garitos del pueblo, y el padre Ambrosio atisbaba todo lo que pasaba desde la ventana de una casa cercana.

Sus enemigos huían, dejándole solo el campo; la víctima estaba en sus manos. ¿Para qué esperar más? El crimen necesitaba satisfacerse enseguida y la vileza, mostrarse desnuda, como las meretrices cuando quieren provocar más y tienen sed de besos impuros y hambre de ese indefinible paroxismo de la materia.

Impuesto de lo acontecido, una sonrisa siniestra vagó por sus labios; un pensamiento negro cruzó por su cerebro; la infamia y el cinismo sacudieron su corazón, y llevando en sus ojos la expresión del oprobio, se encaminó precipitadamente a su casa; se vistió de paisano, y se dirigió luego al cuartel de policía.

El jefe de este cuerpo era muy amigo del párroco. Como él, era infame; como él, hipócrita y como él, cobarde. Le comunicó sin

escrúpulos su proyecto, y con el pretexto de hacer preso a Alfredo que se hallaba oculto en casa de los esposos Ramos, encaminaron sus pasos a ese santuario de la honradez y de la virtud para trocarlo en mansión de la desgracia.

...

La luz apenas perceptible de una lámpara se notaba en la casa de don Antonio; doña Anselma y misia Matilde se habían recogido y Marta permanecía aún en la sala, pensando en Alfredo, presa de ese insomnio que se apodera de la mujer que quiere cuando ve alejarse al ser amado, cual si su misma suerte la colocara en el patíbulo adonde se acercaban sus verdugos.

Unos golpecitos dados en el portón la hicieron despertar de su sueño de tristezas.

—¿Quién? —preguntó con timidez.

—Alfredo —contestó una voz.

—Quería verle de nuevo, deseaba despedirse de él otra vez, y sin reflexionar, llevada solamente por su anhelo, abrió la puerta.

¡Hora infausta, hora terrible, hora odiosa!... En vez de las cariñosas manos de Alfredo, la sujetaron dos robustos brazos, la arrastraron a la sala donde ya había sido apagada la luz por los secuaces del victimario, y entre un ¡ay! desgarrador que forjaron sus labios en el laboratorio del miedo cayó desmayada en brazos del párroco, quien aprovechando el momento, rasgó los vestidos de la niña infeliz y satisfaciendo sus deseos de bestia, entre el sonido de un beso impuro y las convulsiones del delirio, despojó la pureza que como blanco lirio se condensaba en Marta, la linda guarapanera.

¡El sátiro del crimen, el fauno de la infamia, representado en el padre Ambrosio, violaba la virtud y la inocencia!

...

Un ligero estremecimiento nervioso sacudió el cuerpo de la señorita Ramos; volvió en sí, y una carcajada indescriptible repercutió en la sala, haciendo huir a los victimarios.

¡Marta estaba loca!

Índice

<i>Marta</i> , historia de una insumisión, por Juan Calzadilla	7
León Bienvenido Weffer, poeta maldito, por Isaac López	11
Mi prólogo, por León Bienvenido Weffer	21
I	23
II	35
III	41
IV	57
V	69
VI	77
VII	89
VIII	107
IX	115
X	121

Marta
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
agosto de 2023





Marta (1907) refleja un discurso vehemente y rebelde por medio de un relato sobre la moral, doctrina y abusos de autoridad de la Iglesia católica en la sociedad colonial decimonónica. Weffer –con una expresión intelectual y poética, propia de su filosofía positivista– nos devela los prejuicios, polémicas e imperfecciones de la sociedad de Guarapaná (estado Falcón), donde el protagonista, Alfredo Blanco, se ve inmerso en una revolución en la cual no desea participar. En esta novela se construye un mensaje político y social intrépido, brindándonos un autorretrato cargado de denuncias sobre una realidad civil no impoluta y sus hábitos míseros, heredados de las esferas de poder eclesiástico colonial. Buscando una corrección de las injusticias, Weffer nos otorga una conciencia ante los males de una sociedad, desnudando con gallardía una verdad palpable.

León Bienvenido Weffer (1885-1917)

Nació en Pueblo Nuevo de Paraguaná, estado Falcón, Venezuela. Periodista, editor y poeta destacado de su región, pero escasamente conocido en la literatura nacional, fue un escritor relacionado con las causas populares; siempre poseyó una conciencia social y crítica sobre su entorno, participando en varios movimientos estéticos y artísticos de su tiempo y de su región. Amigo del gran poeta coriano Elías David Curiel, y de otras figuras como Virginia Gil de Hermoso y Eugenio Blanco Salcedo. También participó en movimientos artísticos de la ciudad de Coro y fue colaborador de los diarios *Nardos*, *El Águila* y *La Prensa*. Puede ser considerado uno de los principales representantes del posromanticismo venezolano, de una poesía hermética y metafísica, acorde con la estética de los tiempos. Además de sus numerosos artículos, publicó *Peregrinación* (1905), un notable poema de largo aliento donde se dan cita complejos símbolos de la lucha entre la modernidad y los mitos, entre razón y religión, entre el bien y el mal.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA